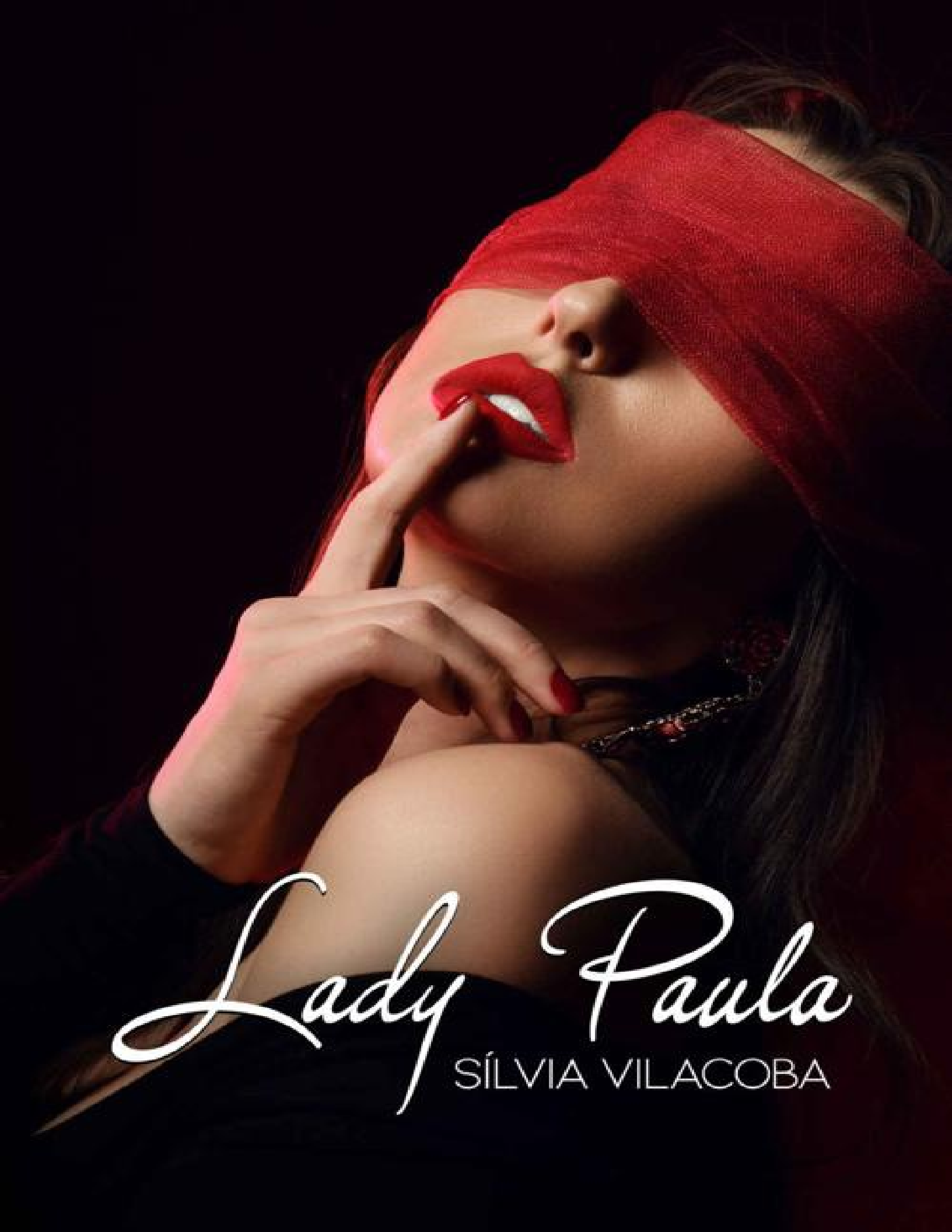

Lady Paula
SÍLVIA VILACOBA

Lady Paula

SÍLVIA VILACOBA

ISBN: 9788409479474

Título: Lady Paula
© 2023 Sílvia Vilacoba

Cubierta: Rachel Design
Maquetación: Sandra García. @correccionessandrag

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

A mis hijas,
que nunca se nos rompa la confianza.

«Amurallar el propio sufrimiento es arriesgarse a que te devore desde el interior».

«...Te mereces un amante que te escuche cuando cantas,
que te apoye cuando estés avergonzada y que respete tu libertad.
... Y te traiga esperanza, café y poesía».

Frida Kahlo

Capítulo 1

Septiembre.
Deseo hacer una vida normal, pero no puedo.
¿Qué más debo hacer?

«Mierda».

La pesadilla hizo que se despertase sobresaltada y empapada de sudor. Por un momento se sintió desconcertada. Era solo una cuestión de segundos, que su mente y sus ojos la devolviesen a la realidad de su habitación. Luego, unos pocos segundos más, para que su cuerpo, su respiración y su corazón se acompasasen y tranquilizasen.

Había aprendido a no gritar. Su secreto y su miedo eran solo suyos. Por suerte, las pesadillas se habían ido espaciando con el tiempo.

Se levantó de la cama, aún a oscuras, y se acercó al baño. Dejó que el agua caliente le resbalase por su cuerpo. Buscó el calor que le hacía falta, que la quemase y que le gotease abrasándola por toda su piel. Se quedó unos cuantos minutos en la ducha, mientras se sobreponía. Después de secarse, se dirigió a la cocina y se preparó un café con leche. Intentó hacer el mínimo ruido posible: su amiga, aún dormía.

Llevaba solo las bragas bajo la camisa de un pijama limpio con botones y doblado por las mangas. Era septiembre y el calor, pero, sobre todo, la humedad en Barcelona era agobiante. Le gustaba ir con ese tipo de pijamas, ya que en verano únicamente usaba la camisa y, en invierno, se lo ponía completo.

Se sentó en su taburete, en la barra de la cocina, mientras daba pequeños sorbos y con cada uno, se repetía su propósito.

«Respira, Paula. Es solo un sueño», se decía así misma para olvidar su drama. Un sueño repetitivo que la condicionaba como persona y la inhibía en sus relaciones.

Desde que acabó el máster hacía tres años, trabajaba en el despacho de abogados Capdevila-Majó, situado cerca de plaza Catalunya, en parte gracias a los contactos de su abuelo Luis, abogado ya retirado, y un viejo conocido de Josep M. Capdevila. Era un bufete de prestigio, especializado en temas fiscales y por haber tramitado con éxito algunos casos importantes y de clientes de cierto renombre.

En él, ya desde su etapa universitaria, había dedicado muchas horas y esfuerzo, por lo que había ascendido de forma rápida, pasando de ser una simple becaria a ser socia, junto a Jordi Majó y Carlos Capdevila, hijo.

El señor Josep M. Capdevila, padre, o el Sr. Capdevila, a secas, como le llamaban todos, se retiró hacía un par de años, pero aún pasaba por el despacho algunas mañanas supervisando tareas, y asesorando a sus clientes. Como él decía: para que sus neuronas no se le aburran o no se le fuesen muriendo a millones cada día que pasaba. Paula consideraba que era más activo que otros profesionales en edad laboral.

Ni la insistencia de su abuelo, ni la de su madre la motivaron para trabajar con ellos en su bufete. Paula no tuvo dudas en quedarse en Barcelona.

Además, disponía de su propio despacho. Sobrio, práctico y con algún que otro toque femenino, que ella expresamente escogió cuando se lo asignaron. A un lado, estaba parte de la biblioteca jurídica del bufete, y en unos estantes un par de marcos con fotografías de su familia.

En concreto, una, de la boda de sus padres; otra, con ella cuando era pequeña y otra, con sus abuelos, a quienes amaba con locura.

Al otro lado, una mesa de madera maciza para reuniones con sillas tapizadas de color azul marino. En una esquina, un sofá de dos plazas, de cuero blanco, con cojines y un foulard con el que se abrigaba, en alguna que otra ocasión cuando se le hacía tarde y se quedaba a dormir. Además, tenía colgados sus títulos y un par de cuadros de Josep Oliveras, uno de sus pintores preferidos y amigo de la familia.

Junto al sofá, un armario alto y estrecho lacado en blanco, que cerraba con llave, donde guardaba la toga, un paraguas, una camisa de repuesto, una americana negra y también un pequeño neceser con varios productos personales y de urgencia.

—De veras, con Olga me las apaño. Y, por lo demás, lo puedo hacer sola —le dijo al señor Capdevila una mañana en el despacho.

Olga era la secretaria del bufete. Se encargaba de atender el teléfono, concertar las entrevistas y de la facturación. A Paula le sorprendió que fuera tan joven como ella, y a excepción de la estatura porque Olga era algo más baja; compartían también las mismas medidas. Tenía los ojos de color avellana brillante, que le resaltaban en su tez blanca salpicada de pecas. Llevaba media melena de color castaño claro. Vestía con ropa cómoda, pero con estilo. Destacaba su voz calmada y sensual, excepto cuando reía. Su sonrisa contagiaba a quienes estaban a su alrededor. Además, se había convertido en una buena compañera.

—No lo dudo. Pero ella ya no puede asumir más trabajo y me interesa que esté contigo. Tengo muchas esperanzas puestas en Guillermo y quiero que aprenda a tu lado —le comentó el señor Capdevila.

Ella revisó de nuevo el currículum. Había acabado la carrera hacía dos años con excelentes calificaciones; además, de un máster en Derecho de la Empresa y Negocios en la UB. «Nada mal. Anda, Paula, tú también tuviste tu oportunidad, y si el Sr. Capdevila lo manda, tú acata», pensó para sí misma.

De eso hacía un par de años. Se acordaba cuando lo vio el primer día. Veinticinco años. Alto y un poco rechoncho. No era gordo, sino que tenía una constitución gruesa. Cabello negro, con la raya del pelo marcada a raíz de la gomina que se echaba. Sus facciones eran redondas, en las que sobresalían sus labios grandes y carnosos.

En un principio, a Paula le costó cogerle confianza, pero poco a poco, debía reconocer que se la había ido ganando. Era competente y profesional en el trabajo, y reservado con su vida privada. Tampoco es que ella fuera una mujer abierta para explicar sus cosas. Eso quizá es lo que le gustaba. No se preguntaban por cosas que no tenían que ver con el trabajo. Solo trabajo. Se pasaban largos ratos en el despacho y, cuando salían a comer, hablaban de los casos que tenían entre manos. Nada más.

Cuando la acompañaba en algún juicio, iba impolutamente vestido con traje. Mientras que, si trabajaba en el bufete, solía ir con ropa más casual, con camisa, y jersey, si hacía frío, y tejanos o pantalones oscuros.

Capítulo 2

25 AÑOS ATRÁS.
¿Por qué te fuiste? Te echo de menos.

Elisabeth Ferrer, su madre, era hija única. Atractiva, esbelta y de buena familia. Al morir su marido, volvió a trabajar en el bufete de abogados de su padre: el abuelo Luis, aunque estaba jubilado y con más de setenta años a sus espaldas, continuaba al frente del mismo. Se habían especializado, sobre todo, en derecho mercantil y fiscalidad. Elisabeth había cursado estudios de derecho y economía. Mientras que Paula optó por un Máster en Fiscalidad.

Miquel Puig, el padre de Paula, había sido un reconocido promotor-constructor. Murió de cáncer cuando ella era pequeña. Cuando ocurrió contaba con tres años, por lo que sus recuerdos eran escasos y fugaces; otros, fruto de las fotografías y de las historias que le habían contado. A raíz de su pérdida, su madre se volcó en su cuidado. Su padre había previsto su futuro y había suscrito una póliza para que, cuando cumpliera dieciocho años, pudiera ir a la universidad, aunque sabía que no le faltaría nada, pues los abuelos se ocuparían de ello. A él, le hacía especial ilusión poder asumir, en concreto, dicho coste.

Sus padres se conocían de toda la vida. Primero, fueron amigos; luego, se enamoraron, y del matrimonio nació Paula, un sueño hecho realidad, su "niñita". La felicidad les duró poco, ya que al año de nacer ella, a él le diagnosticaron un cáncer de hígado. Tuvo que dejar el trabajo y se dedicó a sus dos amores: Paula y Elisabeth. En ese tiempo pasó por una operación, muchas sesiones de quimio y varios ingresos hospitalarios. Nada sirvió. No había mejora. Cada día que pasaba se encontraba peor, hasta que llegó el momento del desenlace.

Durante esos meses, tuvo tiempo para preparar un pequeño vídeo de despedida que le entregó a Elisabeth, para cuando Paula fuera mayor y pudiera entender su pérdida. Le contó que le pesaba no poder estar más tiempo a su lado; le habló de lo importante que es vivir el momento; de querer a las personas que uno tiene a su lado y te ayudan; de que hiciera todo lo posible para que su madre también fuera feliz y pudiera rehacer su vida; que no olvidara nunca cuanto la había amado, a pesar del poco tiempo que habían compartido y que, desde el cielo, la cuidaría. Además, le dejó un colgante en forma de corazón con la inicial de ellos tres: «P» de Paula, «M» de Miquel y «E» de Elisabeth, entrelazados.

Era una tarde fría de enero. Había llovido durante toda la mañana. El cielo aún era gris y los árboles que por la mañana estaban llenos de escarcha, aún estaban húmedos, y las gotas de agua habían ido cayendo pausadamente, como de lentas y largas pasaban las horas. Toda su familia se encontraba alrededor de la cama, a su lado. Elisabeth lo cogió de una mano que acariciaba y la besaba a cada momento; mientras que su madre, la abuela Teresa, lo hacía con la otra.

Le hablaban de lo mucho que lo querían, de anécdotas y hechos que habían compartido juntos. Le dijeron que no se preocupase por ellos, que marchase tranquilo y que no tuviera miedo.

Elisabeth no quería que Paula presenciase aquel momento, por lo que estaba medio encerrada en su habitación con otros miembros de la familia y amigos cercanos, pero en un olvido, salió de su cuarto y corrió junto a su padre.

—¡Papá! —dijo mientras se subía encima de la cama—. ¿Estás dormido? —le preguntó.

Ninguno de ellos interrumpió este encuentro; se limitaban a observar emocionados. Miguel

parpadeó un momento y en sus labios apareció una tímida sonrisa. Era su último gesto. El último gesto para su niña. Todos los presentes se percataron de ello, con los ojos en lágrimas.

—Sí, cariño, papá está dormido —le contestó Elisabeth mientras estampó un beso en la mejilla de él, intentando evitar que le aflorasen las lágrimas, y acto seguido, otro en la frente, mientras le susurraba: adiós, amor mío.

La pequeña Paula vivió una infancia alegre junto a su familia. Tanto su madre como sus abuelos se hacían cargo de ella. No le faltó nada, excepto la presencia de su padre, que ellos intentaban suplir, hablando de él o enseñándole fotografías, de la forma más natural posible.

Al cabo de unos años, su madre intentó rehacer su vida con un par de hombres, y finalmente, lo consiguió con Ignasi Pujalt. Lo cierto era que se enamoró de él, justo al conocerlo. Paula ya tenía catorce años. Desde un primer momento, lo encontró simpático y abierto. Todos en la familia, incluso los abuelos paternos, vieron que trataba con mucho cariño no solo a su madre y a Paula, sino también a ellos. Ignasi provenía de una familia de arquitectos, muy conocida de Girona.

Capítulo 3

12 AÑOS ANTES.

¿Qué hago? Mamá me dijo que desde el cielo me protegerías, que no me pasaría nada.

Papá, ¿por qué lo has permitido?

Paula apenas comía, no tenía hambre. Su estómago se había cerrado. Solo le permitía algún zumo, sopa o café con leche. Se mostraba apática y triste con toda su familia. No salía de su habitación y no tenía ganas de hablar ni quedar con nadie, ni tan siquiera con su amiga, Olivia, con quien hacía casi una semana que no se hablaba. Le había dejado un par de mensajes de WhatsApp diciéndole que ya la llamaría, porque no se encontraba bien. Esa tarde, Olivia fue a verla. Eran amigas desde que iban a la guardería. Era dulce, delgada y pequeña, y con un gran corazón. Siempre tenía una palabra amable, dispuesta a echar una mano y, además, era de las que participaban activamente en clase.

Tras llamar al timbre, Olivia saludó a Elisabeth cuando le abrió la puerta.

—Hola, Olivia, ¡qué contenta estoy de verte! —dijo Elisabeth al verla—. Pasa. Necesito que hables con Paula. Hace días que está deprimida y apenas come. Me tiene realmente preocupada.

—¿Está en su habitación? —preguntó Olivia.

Elisabeth asintió con pesar.

—Está arriba —indicó mirando las escaleras.

Olivia subió las escaleras de dos en dos y llamó a la puerta antes de entrar. Se la encontró tumbada en la cama, vestida con el pijama y un batín. Se hallaba de espaldas y con los cascos de la música puestos, por lo que no la oyó, ni cuando se le acercó.

—¡Eh! Olivia, no te he oído. Perdona, ¿qué haces aquí? —dijo sorprendida, no sin antes pasarse un kleenex por los ojos.

—Chica, como no me dices nada, ni me llamas, ni nada, estaba preocupada y, por eso, he venido. ¿Qué te pasa?

—Nada. Un poco *depre*. Nada en especial. —Intentó disimular, a través de una tímida sonrisa, a la vez que forzada.

—A ver. Mírame —pidió su amiga, sentándose a su lado.

Paula la miró con los ojos enrojecidos y bolsas alrededor de ellos; procurando hacerse la valiente y no echarse a llorar.

—No te he visto nunca así. ¿Has visto la cara que traes?

Al escucharlo, Paula se puso en guardia.

—¿Cómo?

—Has llorado y mucho. ¿Qué te pasa? —le preguntó, con un tono suave, que denotaba cercanía.

—Nada. Ya te lo he dicho.

—Si no me lo quieres contar, tú misma, pero soy tu amiga y sé que te pasa algo gordo.

Olivia la miró. Se miraron. Mientras, Paula, por dentro, se debatía en si contárselo o no.

—No te atreves... No confías en mí —dijo adelantándose a una posible respuesta.

—No, no es eso. Es que... es muy grave.

Olivia se acomodó mejor a su lado, mientras ella se incorporó de la cama apoyando la

espalda en la cabecera. Se observaron. Eran amigas. Siempre habían estado juntas, por lo que se consideraban casi como hermanas.

—No sé si contártelo.

—Si lo haces, te encontrarás mejor. Confía en mí —le animó.

—De acuerdo, pero, antes de nada, tienes que jurarme que no se lo dirás nunca, nunca, a nadie. ¿Me lo prometes?

Olivia se quedó unos segundos callada tras notar la preocupación en la voz de Paula. Sabía que había ocurrido algo, pero no imaginaba a qué podía deberse tal misterio. Aun así, quiso que ella siguiera hablando.

—Claro que sí. Me asustas un poco, Paula. Pero te lo prometo.

Aunque le costaba, le explicó lo que le ocurrió en la fiesta que tuvo lugar en el pabellón deportivo del instituto, hacía pocos días. Olivia la escuchó sin decir nada, incrédula ante lo que su amiga le contaba y a medida que hablaba, no pudo reprimir que le bajasen las lágrimas.

—Lo siento mucho —dijo abrazándola.

—Lo sé —murmuró llorosa—. Lo cierto, es que estoy contenta de habértelo explicado, me estaba volviendo loca.

—¿Estás segura de que no quieres hablarlo con tu madre? Si quieres te acompaño.

—¡No! Olivia. No puedo.

Además, Paula, le hizo jurar que nunca se lo iba a contar a nadie. Pasara lo que pasase.

—Te lo prometo. Y, ¿qué piensas hacer? No puedes esconderte para siempre.

—Lo sé. Acabaré el curso como pueda, ya estamos a finales de mayo. Ahora mismo no sé cómo, pues tengo un miedo atroz de que me vuelva a pasar. No sé ni quién es… y si… y si… —comentó asustada y temblando.

—Yo te protegeré. Iremos juntas a todos lados. Si quieres quédate unos días más en casa. Dile a tu madre que estás enferma, dolores de cabeza, mareos y dolor en las articulaciones. Eso es muy típico de la primavera y de la adolescencia. Yo te traeré los deberes.

—Es una buena idea. De veras, te lo agradezco.

—Por algo mi madre es médica.

Paula le contó que estaba pensando en irse de Olot y cursar el bachillerato en Barcelona. Lejos. Necesitaba marcharse y cambiar de ambiente.

—Lo entiendes, ¿verdad?

—Claro. Creo que yo también lo haría si estuviera en tu situación. Pero, ¿has pensado, en qué harás este verano?

—Creo que me iré con mis abuelos a L’Escala. ¿Por qué no vienes a pasar unos días? Me vendrá bien tener compañía.

—Claro. Me encantará. Me lo paso muy bien siempre que voy. Y, ¿por qué no nos apuntamos a un curso de vela? Siempre decíamos que lo haríamos y no lo hemos probado aún.

—De acuerdo —respondió, aunque en esos momentos, sin demasiado entusiasmo.

—Siempre que me necesites estaré a tu lado. Recuérdalo —dijo Olivia, mientras se fundían en un nuevo abrazo.

Paula, se encontraba un poco más aliviada tras hablarlo con su amiga. También le había comentado que tiró el vestido a la basura, y que, de momento, su madre no se había dado cuenta. Lo que no le dijo, es que el colgante de su padre, que justo lo llevaba para ese baile, lo había dejado de nuevo, guardado en la caja, en el fondo de su cajón. Sentía que le había fallado.

Cuando se disponía a irse, Olivia le dijo a Elisabeth, que no tenía por qué preocuparse; que hablara con su madre, para que la llamase y le pudiese recetar alguna cosa, para levantar el

ánimo a su amiga.

Capítulo 4

12 AÑOS ANTES.
Quiero estar sola. Quiero irme y escaparme de este dolor que siento en el alma.

Sus estudios se resintieron en ese último trimestre. Y las notas de los exámenes finales fueron más bajas de lo habitual. Continuó encerrada en sí misma y sin salir de su habitación. Solo Olivia iba a verla a diario, y le traía las tareas de clase, pero le estaba costando sobreponerse y era incapaz de concentrarse. No podía poner atención en nada, ni tan siquiera en lo que sucedía a su alrededor. Evitaba cualquier contacto con nadie del instituto e incluso empezó a evitar a Ignasi, el novio de su madre.

Se dio cuenta de que su actitud y la relación con él, se enfriaba a medida que iban pasando los días, y, sobre todo, desde finales de junio cuando se trasladó a vivir con ellas. Veía que no podía corresponder a sus abrazos y a su afecto. Aun así, intentaba que no se le notase. No dudaba de él, era solo un tema de contacto. Por suerte, pasaría el verano con sus abuelos, y con Olivia.

Una noche, una vez el curso había acabado, su madre entró en la habitación, mientras ella estaba leyendo, para proponerle ir al cine, con ella e Ignasi; pero Paula no quiso.

—Hace semanas que no sales y me tienes preocupada.

—No es nada, ya te lo ha dicho la madre de Olivia —le aseguró un poco alterada.

—Ya, pero ¿estás segura de que no quieres, aunque sea para distraerte un rato? —insistió.

—Seguro. Otra cosa, mamá, quiero pedirte algo…

—Dime cariño —dijo mientras se le acercaba.

—Estoy pensando que me gustaría hacer el bachillerato en Barcelona. Creo que me iría bien un cambio.

—¡Ostras! Bueno... Esto lo tendremos que hablar y valorar tranquilamente. En todo caso, si te parece, lo dejamos para mañana, porque Ignasi me espera —dijo dándole un beso.

Elisabeth, al cerrar la puerta, quedó un poco sorprendida por esa propuesta.

—¿No viene? —le preguntó Ignasi.

—No. No le apetece. Me tiene preocupada. Al principio, creía que eran cosas de la edad, pero ha pasado un mes y continúa aún más callada y triste. No es mi Paula.

—Tranquila. Seguro que no es nada importante. Recuerda que está en plena adolescencia. —Intentó quitar hierro al asunto, abrazándola, al ver el estado de preocupación de ella.

—Sí, es cierto. Pero un cambio tan repentino... No sé, no es propio de ella. Además, tampoco quiere ir al médico. Le expliqué a Carmen, la madre de Olivia, los síntomas que me contó, y me dijo que no me preocupara.

—¿Lo ves?

—Sí, ya sé. Según me dijo, a algunas chicas les afecta más esta fase de cambios y de crecimiento, por lo que es normal que estuviera cansada y con dolor articular. Me propuso que cuando acabe con todos los exámenes y el curso, si no se le pasa, le pedirá una analítica. Por el momento, toma las vitaminas que le recetó. ¿Sabes?, me acaba de pedir que quiere ir a estudiar el bachillerato en Barcelona.

—Bueno. Se hace mayor. Además, puede que le vaya bien. Yo también lo hice… Pero es una decisión vuestra. No quiero involucrarme. Te daré mi apoyo en lo que decidáis, ya lo sabes.

—Gracias, cielo. Tengo mucha suerte de tenerte a mi lado. Te amo.

—Y yo.

A los dos días, mientras Ignasi aún no había regresado de un congreso, donde participaba como ponente, Elisabeth se encontraba en casa de sus padres. Tampoco esa vez, Paula había querido acompañarla con la excusa de ordenar su habitación; todos los libros y apuntes de clase. Ella no insistió, pues estaba muy irascible.

Los abuelos maternos vivían en un piso de alto *standing*, relativamente cerca de ellas. Se trasladaron cuando construyeron la nueva zona de la plaza Catalunya. Pensaron que era lo mejor. Menos trabajo para Lola, su madre y lo suficientemente céntrico, tanto del bufete como de los servicios que precisaban.

Los cuadros y obras de arte que tenían en su casa se los dieron a Elisabeth. Paula se reservó una cajonera, una vajilla blanca, un par de portarretratos; de candelabros y un cuadro, quizás el más moderno, que se guardó. Su abuela también le regaló algunas joyas, entre ellas, unos pendientes que habían sido de su madre y que ella, había lucido en su boda.

Mientras preparaban la comida y la mesa, habló con ellos de la propuesta de su hija.

—Paula quiere ir a Barcelona a estudiar y no sé si es buena idea.

—Y, ¿por qué no lo ves bien? —le preguntó su madre, Lola. Una mujer altiva y de buen ver con sus sesenta y tres años. Siempre se había cuidado mucho, ya fuera con la comida como haciendo ejercicio, que continuaba practicando a diario. Le gustaba vestir cómoda, pero con elegancia.

—Aún es pequeña.

—¿Dieciséis años? Puede que sí, pero se va a espabilar y cogerá experiencia —dijo su padre. Luis, tenía sesenta y seis. Era activo, ágil y con una mente privilegiada.

—Además, está en plena adolescencia y, si se acerca a compañías que no le convienen, no estaré para vigilarla.

—Elisabeth, en primer lugar, no puedes pretender tener a tu hija siempre a tu lado, ni atada a ti. En segundo lugar, Paula tiene la cabeza muy bien centrada, y además puede estar de interna en una residencia, donde estará controlada y vigilada. Y tercero, si ella lo pide, es que se ve preparada para dar este paso, ¿no crees? —Le hizo ver su padre.

—Es cierto, pero me duele que se haga mayor tan pronto —murmuró con voz triste. Nunca antes se habían separado. Le dolía cuando iba de excursión o con los abuelos en L'Escala y ella se tenía que quedar. Esperaba los fines de semana para estar con ella.

—¡Ay, hija mía! —suspiró su madre mientras la abrazaba—. Es la vida. Paula solo tiene que saber que tú estarás a su lado cuando te necesite.

Capítulo 5

Octubre.
No puedo dar el paso. Ningún hombre me amará.

Paula era muy profesional. Se había ganado gran prestigio en el bufete y entre sus colegas de carrera. Algunos de ellos, incluso, la temían. Le gustaba estudiar y preparar a fondo los casos, por ello, conseguía buenos resultados.

En su etapa universitaria, se relacionaba bien con todos, tanto con las chicas como con los chicos, aunque con estos mantenía cierta distancia. Acostumbraba a estudiar siempre; no salía, ni iba de fiesta ni de copas. Un día en la biblioteca entabló conversación con Bernat, un chico simpático y alegre, con quien se encontraba a menudo. Le comentó que estudiaba química. Y supo que era tan buen estudiante como ella. Más tarde, fuera de la universidad, tomando algún refresco aquí o un café allí. Se le mostraba detallista y atento. Le gustaba disfrutar de su compañía, pues le parecía que no tenía prisa en llevarla a la cama, a diferencia de otros compañeros que le hacían todo tipo de propuestas.

Bernat era de Granollers, cerca de Barcelona. Su padre trabajaba de mecánico y su madre, administrativa en una empresa textil. Tenía un hermano pequeño, Rafael, cuando lo conoció cursaba tercero de la ESO.

A Bernat le habían concedido una beca por sus notas y no quería desaprovechar la oportunidad de estudiar; ya que, a sus padres, les hubiera sido difícil sufragar los gastos de la carrera.

Era alto, moreno y llevaba unas gafas metálicas y redondas, que le daban un aire de intelectual despistado, que lo hacía sumamente atractivo. En un primer momento, ella no tenía claro querer intimar con él. Pero al cabo de unas semanas, no lo veía tan descabellado. Creía que, si él se mostraba dulce y atento como hasta entonces, le sería fácil.

—Si te apetece, este próximo sábado, podemos ver una película en mi piso y tomar una pizza.

—Es buena idea. Pero, y ¿tus compañeros? —le preguntó ella.

—No habrá nadie. Todos se van a casa.

—De acuerdo —le dijo un poco nerviosa e insegura, pero a la vez, confiada.

Le comentó a su madre que iría el domingo a Olot, para ver a los abuelos, pero que el sábado lo pasaría en Figueres en casa de Alexandra, su amiga del internado. Había hablado con ella de su cita y la iba a encubrir.

—De acuerdo. Así que, ¿el domingo vendrás en autocar? ¿No quieres que venga a buscarte? —le preguntó su madre.

—Sí. Y no te preocupes, voy a venir en el bus. Si quieres puedes recogerme en la estación de autobuses. Te avisaré cuando salga.

Elisabeth confiaba en ella, aunque su relación continuaba distante. Era consciente de que la marcha de Paula no fue fruto de su raciocinio, sino consecuencia de algún hecho concreto y que, aun habiendo pasado cuatro años, no había dado con la respuesta. De ese modo, Paula estaba relajada y contenta con los estudios. La veía feliz cuando hablaba de ellos. Sabía que había hecho una amiga, Alexandra, de quien le hablaba a menudo y que, en las últimas semanas, había un chico especial.

Estaba nerviosa todo el día, intentando no pensar en la cita. A medida que se acercaba la hora, empezó a dudar de cómo vestirse y de si ir o no. Se encontraba tan preocupada y dubitativa porque sabía lo que llevaría aquel encuentro. No era simplemente una sesión de cine. Creía que era el momento y él, la persona idónea para enterrar de una vez por todas, sus miedos a raíz de lo que le sucedió aquella noche.

—He ido a buscar "Casablanca". Un clásico —le comentó—. Ponte cómoda, mientras preparo unas palomitas en el microondas. ¿Qué quieres para beber?

—No sé. ¿Tienes Coca-Cola light?

—Sí. Me he fijado que la pides a menudo y he comprado un par de latas.

—Gracias.

Mientras ella daba un vistazo al salón. Era pequeño, pero comparado con su habitación de la residencia, todo un lujo. Tenía forma rectangular. En la parte estrecha estaba el televisor y un equipo de música; una estantería con un montón de CD's y libros de lectura, le extrañó que estuviesen tan bien ordenados. Seguro que era cosa de Bernat, pensó. Justo delante, un sofá de tres plazas, de color marrón, un par de mesillas bajas y dos taburetes plegables, y también un par de póster de los *Lakers* colgados.

—¿Son tuyos?

—No, de Santi, un compañero.

Y, más allá, tres puertas, que correspondían a sus habitaciones y al fondo, el baño. Se dio cuenta de que, aunque lo pintaron con una capa de pintura de colores atrevidos, solo habían conseguido darle un aire un tanto ecléctico. Los techos altos con molduras le daban cierta elegancia.

Se sentaron en el sofá delante del televisor. Se fijó que él se mostraba inquieto y no sabía cómo actuar. A ella, esa inusual timidez, le hacía gracia, a la vez que le daba confianza. Al cabo de un rato, la cogió de la mano. Ella se dejó. Más tarde, se le acercó a la mejilla y le dio un beso. Tampoco esa vez se apartó. El beso en la mejilla dio paso a un beso en los labios. Bernat le puso una mano en el pecho y, la otra, la deslizó por la pierna hasta la parte superior del muslo. Cuando empezó a bajarle la cremallera de los pantalones, Paula comenzó a angustiarse. Sintió que su respiración se aceleraba.

—¿Qué te pasa? —le preguntó él.

—No sé. Nada —respondió ella.

Él continuó desabrochándole los pantalones con una mano, a la vez que, con la otra, intentaba subirle la camisa.

—No puedo —comentó Paula.

—¿Cómo? ¿Qué te ocurre?

—Que no puedo hacer esto.

—¿He hecho algo que te ha molestado? ¿Voy demasiado rápido?

—¡No! No es por ti. Te lo aseguro. Pero he de irme —dijo mientras cogía su bolso y cerraba la puerta, dejándolo de pie y sin entender nada.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó la religiosa al cargo de la recepción—. Suponía que hoy estabas fuera.

—Bueno, sí. He vuelto antes de lo previsto.

—¿Pasa algo?

—No, nada. Mañana me voy a casa.

—Sí. Es lo que tengo aquí anotado —le aclaró ella—. Firma aquí el registro de entrada.

—De acuerdo.

Una vez en su habitación y vestida, se escondió bajo la sábana.

«Mierda, mierda». De pronto revivió lo sucedido. «Pobre, Bernat, ¿qué habrá pensado de mí? Yo ya sabía sus intenciones. Le he dado esperanzas de iniciar conmigo una relación y yo, con mis miedos, lo he echado todo a perder».

Él, por su parte, se quedó aturdido, pues creía que se gustaban y que Paula, al igual que él, quería aquello. Dar aquel paso con él. No entendía nada.

Al regresar el lunes a la universidad, Paula habló con él, pero tampoco le supo dar una explicación clara. No podía contar su secreto. Solo que era culpa suya, que no estaba preparada para dar el paso. Él le propuso esperar, pero ella lo tenía claro y no quiso continuar la relación.

Los días siguientes lo evitó siempre que pudo. Ponía distancia y si coincidían no se sentaban juntos, ni siquiera se hablaban.

Capítulo 6

Noviembre.
Ojalá pudiera ser como ella: libre y extrovertida.
Pero no lo soy.

En Barcelona, Paula, aparte de sus compañeros de despacho, solo tenía una amiga, Alexandra o Alex, como le gustaba que la llamasen y a quien había conocido justo al entrar en el internado. Ella, también, optó por hacer allí el bachillerato y los estudios universitarios. Era en la misma residencia donde se habían codeado y convertido en grandes amigas.

Y claro, Olivia. A nadie, hasta la fecha, le había explicado lo que a ella le había sucedido, aunque su relación se había ido enfriando, sobre todo, desde que se marchó a Londres, para continuar sus estudios de medicina. Era un secreto entre las dos. Un secreto que cada vez más le pesaba y le dolía, especialmente desde que decidió compartir piso con Alex, y no poder mostrarse confiada y transparente con su amiga. A ratos, sentía que la estaba engañando.

Alex era una persona abierta y simpática. Explosiva y sonriente. Aunque era más baja que Paula, lucía un buen cuerpo y unos exuberantes pechos. Los hombres, todo tipo de hombres: maduros, jóvenes, elegantes o hippies, todos, se le acercaban como moscas, y ella les sonreía entre una sonrisa pícara y, a su vez, transparente. Le gustaba lucirse delante de ellos, pero solo tenía ojos para los difíciles, para los que no le hacían caso y le suponían un reto.

Era de Figueres, y después de realizar el Ciclo Superior de Diseño y Moda, continuó sus estudios en Barcelona y, en esos momentos, trabajaba como estilista en una exclusiva *boutique* del paseo de Gracia.

Por el contrario, ella vio en Paula una mujer especial y diferente. Tímida e introvertida. Una mujer que no se relacionaba con nadie aparte de su trabajo y su familia. Se había dado cuenta de que se apartaba de cualquier contacto cercano e íntimo con los hombres. O ¿eran imaginaciones suyas? No. Lo tenía claro. Ella suponía que había algo en su pasado que la había marcado en ese aspecto. O podía ser que fuera lesbiana. No, eso tampoco. Lo habría notado.

En la residencia coincidían en la hora del desayuno y de la cena, pues la comida la tomaban en sus respectivas universidades. En esos ratos, que estaban juntas, compartían anécdotas, sobre sus compañeros, profesores y estudios. Y alguna que otra ocasión, habían salido a merendar o a tomar algo, siempre cuando las monjas les daban permiso. Pero aún con las restricciones, Alex se había escapado, más de una vez, con otras chicas del centro, y Paula las había encubierto. Sus habitaciones, en un primer momento, fueron individuales, pues ella la quiso así. Tenía miedo a gritar mientras soñaba, pues las pesadillas eran recurrentes, y que le preguntaran por ellas. Acabó callando sus miedos también en sus sueños, y al final, acabaron compartiéndola, por lo que les era fácil hablar de todo.

Cuando terminaron sus estudios, encontraron trabajo enseguida. Paula ya había realizado prácticas durante las vacaciones, en el bufete Capdevila-Majó y Alexandra había trabajado en distintos sitios, pero durante los últimos meses de carrera, una diseñadora se fijó en sus diseños y le planteó trabajar para su *boutique*, como estilista.

Las dos estaban contentas, pues tenían ante sí un futuro prometedor. Desde que se conocieron, se consideraban buenas amigas, por lo que para nadie le fue extraño que se plantearan compartir piso.

—Este me gusta —dijo Paula a Alex, después de dar una vuelta por el mismo.

—A mí también. Se nota que hace poco que ha sido reformado, y no necesitará ningún tipo de obras. Tan solo una capa de pintura. Tres habitaciones y dos baños completos, uno para cada una. La cocina abierta con el comedor, muy práctica, con una barra americana que la separa y podríamos poner taburetes, para comer. La sala de estar es lo suficientemente grande, para meter un buen sofá —comentó Alexandra.

—Además, tenemos una pequeña terraza, con el lavadero. Dos plazas de garaje cerradas, para nuestros coches, las bicis, y nos sobrará espacio para otros trastos. Creo que no necesitamos más —concretó Paula.

—Y, el precio me parece muy razonable, ¿no? —preguntó Alex, buscando su aprobación.

—Sí, yo también lo pienso y se ajusta a lo que habíamos convenido. Encima, la zona me parece agradable y bien comunicada, tanto para ir a tu trabajo, como al mío.

—¡Qué bien! Ya tenemos piso —exclamó Alex, abrazándola—. Ya estaba harta de ver tantos.

Las semanas siguientes fueron de locura. Después de establecer un presupuesto, Paula dejó que fuera su amiga quien lo amueblara a su gusto. Ella no era especial en ese sentido y a Alexandra le hacía ilusión decorarlo, pues tenía nociones de diseño de interiores. Lo único que le pidió es que fuera práctico y funcional.

La habitación de Paula la pintaron de color gris perla, excepto una pared de color salmón, que le daba un contraste cálido y elegante. Los muebles, de color blanco, resaltaban con una butaca de terciopelo granate, que a la vez hacía juego con las sábanas. Puso una cajonera antigua que cogió de casa y que había sido de sus abuelos y, encima de ella, unos marcos de fotos cromados, de su familia y donde siempre tenía velas que encendía de vez en cuando. En un rincón, su máquina elíptica, donde cada noche se ejercitaba durante un rato, mientras miraba el pequeño televisor que tenía colgado.

Alexandra optó por una cama japonesa y una cajonera de color negro que hacía juego con dos mesitas de noche, grandes, pero muy bajas. Además, varios pufs esparcidos por toda la habitación y un gran mural de tonos blancos y negros, que destacaba en la pared de color amarillo anaranjado. Todo el conjunto era peculiar y favorecedor.

En el comedor, aparte de un buen sofá y un mobiliario bajo para el televisor, el equipo de música y en un rincón, una biblioteca, donde habían colocado todos los libros de Paula, que no eran pocos. Justo a un lado, la terraza, y al fondo, una mesa ovalada para cuatro.

El baño completo, con una ducha grande a ras del suelo, se hallaba justo al lado de la habitación de Paula, y un aseo situado, cerca del comedor y justo delante de la habitación de Alex, completaba la distribución del piso.

—Me cago en la mar. ¡Cómo pesa esta cajonera!

—Ya lo creo —secundó Paula, respirando entrecortadamente mientras la subían por la escalera.

Un amigo de Alex les había dejado una furgoneta para recogerla en Olot y traérsela hasta el piso. El resto de los muebles ya los habían traído los de las respectivas tiendas donde los adquirieron.

—Porque es preciosa y es de tus abuelos, que si no…

—¡Qué! —espetó Paula.

—Me niego a subirla —respondió en tono burlón.

La verdad es que les había quedado muy bonito, teniendo en cuenta el gusto ecléctico de Alex. Era un espacio colorista, minimalista, pero con una sensación de confort única y especial.

Capítulo 7

Noviembre.
Intento abrirme. Me cuesta.
No puedo negarme de nuevo.
Ella es mi amiga.

Alexandra ya se había vestido para salir y, por enésima vez, le pidió a Paula que fuese con ella y su grupo de amigos a cenar y a tomar unas copas.

—No me apetece. Ya sabes que no me gusta —dijo, mientras se tumbaba en el sofá con un libro en las manos.

Paula, se pasaba sus ratos libres leyendo libros de historia contemporánea y novelas policíacas o de intriga. Autores como Francesc Roma, Josep Torrent estaban entre sus preferidos. Solo muy de vez en cuando, optaba por algún libro romántico.

—¡Eres una aburrida! Te lo he dicho mil veces. ¡Mírate! A punto de cumplir veintiocho años y prefieres quedarte sola en casa, en pijama, cuando aún solo son las ocho de la tarde. Acabarás siendo una tía soltera y amargada.

—¡Ostras, Alexandra, como eres! Hablas como mi madre.

—Te quiero mucho. Ya lo sabes. Pero no puedes continuar así —dijo mientras la cogía de la mano, sentándose a su lado.

—Es mi carácter. Mi manera de ser. No tengo la necesidad ni de salir, ni de buscar novio, ya lo sabes.

—No es el hecho de ir a buscar novio, aunque creo que te iría bien tener un rollo de una noche —comentó, sonriéndole—. Yo te propongo salir con gente, hablar, reír, hacer contactos. Ya me entiendes.

—¿Quieres que vaya? Si voy, ¿me dejarás tranquila una temporada?

—No quiero que hagas nada que no te apetezca.

—¡No, no! Ahora vengo. Dame diez minutos y estaré lista.

Se dirigió a su habitación y abrió el armario. Miró y repasó con la mano toda la ropa que tenía. No sabía qué ponerse. «No tengo nada informal que encaje para salir a cenar y menos para ir a tomar una copa», pensó para sí. Tenía el armario lleno de pantalones y unas pocas faldas largas, de chaquetas y camisas azules de diferentes tonos. Todo muy clásico. No podía ir así.

—¡Alexandra! ¿Me puedes dejar unos tejanos, por favor?

Se los puso con unos zapatos de tacón, y una camisa azul claro. Alexandra le desabrochó los botones de la misma hasta lucir el canalillo de sus pechos.

—¡Estás de miedo, chica! Me encanta esta Paula. Seguro que hoy ligas.

—¡Cómo te tengo que decir que no quiero ligar! Solo voy para que te calles de una vez por todas —le dijo sonriendo, abrochando de nuevo un botón de la camisa.

El restaurante tenía una entrada elegante. El maître las esperaba con varias cartas en la mano.

—Síganme, por favor.

Las condujo hasta una sala amplia, con una mesa ovalada en el centro. Eran las primeras en llegar.

—Les dejo nuestro menú para que vayan mirando. Cuando llegue el resto, vendrá un

camarero a atenderlos.

No pudo negarlo. Se lo pasó bien, realmente bien. Los amigos de Alexandra eran divertidos. Tuvo tiempo de observarlos y comprobar que eran buena gente.

Luis era propietario de una tienda de deportes en Mataró. Era delgado y con aires desgarbados. El pelo y los ojos negros, y lucía su piel bronceada por el sol. Era simpático y atento con todos y, en especial, con su chica, Laura, con quien salía desde hacía un par de años. Ella también era abierta y atractiva. Llevaba el pelo rubio oscuro, recogido en una coleta. Estudiaba periodismo.

Pau era peluquero, guapo y de carácter abierto. Era el *don Juan* del grupo. La verdad es que era muy atractivo, y lo sabía. Alto, de cabello castaño oscuro y con unos ojos verdes intensos como la albahaca. Vestía a la última, y sabía cómo conquistar a las mujeres con sus encantos, además de ser muy detallista. Y, también, estaba Cristina, muy amiga de Alex, ya que juntas, estudiaron diseño y moda.

—Trabajo en una revista de moda como fotógrafa, por lo que viajo bastante, para cubrir desfiles y pasarelas.

—¡Qué fascinante! —exclamó Paula.

Tenía una relación con Markus, un chico holandés, que trabajaba de fotógrafo como ella, pero en su caso para una revista de moda inglesa. Tenían una relación especial y complicada, a veces debido a sus respectivos trabajos. Ella tenía la piel clara surtida de pecas, con una melena rubia lisa y unos ojos azules grandes. Se diría que tiene unos rasgos más nórdicos que latinos. Abierta y habladora. Mientras que él, tenía el pelo negro como el azabache, y un poco largo y rizado.

Y, por último, Jonathan y Sergi. Una pareja abierta y simpática. Jonathan, por lo que le había explicado Alex, era un millonario inglés, que se enamoró y se trasladó a vivir en Cadaqués donde se dedicaba a la escultura. Era amigo de Markus, coincidieron en Barcelona hacía más de cinco años; mientras que Sergi, era de Port de la Selva y trabajaba en un bar de copas cuando conoció a Jonathan. Un par de años atrás, montaron una pequeña tienda donde vendían, a los turistas, todo tipo de regalos; algunos que creaban y elaboraban ellos mismos. De cuando en cuando, como aquel día, venían a Barcelona a pasar el fin de semana y se quedaban en casa de Markus.

—¿Vivir, aquí?, ni de coña. Estamos muy a gusto entre Port de la Selva y Cadaqués —comentó Sergi.

—Es cierto, tenemos la paz para pasear, para disfrutar del mar y donde hallamos nuestra inspiración artística —le dijo Jonathan, sonriendo.

—No me extraña. Cuando voy a L’Escala, donde mis abuelos tienen un apartamento, reconozco que es otro mundo.

Además, con todos ellos, Paula hablaba de política, arquitectura, de viajes, etc. No eran los típicos que solo hablaban de gilipolladas, de fútbol o de mujeres. A lo largo de la noche, rio y se distrajo.

Al llegar a casa, reconoció a Alex que se lo había pasado muy bien. Era probable que repitiese o que fuese unos días a casa de Jonathan y Sergi, a donde ya la habían invitado.

Capítulo 8

Marzo.
El trabajo es lo único que me motiva.
Me ayuda a no pensar.

Cada martes, con los compañeros del despacho, se reunían en un restaurante cercano para compartir una comida de trabajo, en un ambiente relajado y diferente. Les reservaban un salón para ellos solos. Ese día, acudían Carles y Jordi, con sus respectivos ayudantes, Gemma y Alfonso; Olga, la secretaria; Guillermo y ella.

Esa vez Paula los invitó a todos ellos, ya que el día anterior les notificaron la sentencia favorable por un caso difícil y complicado que tenían. Guillermo estaba eufórico y no era para menos. Habían trabajado muy duro durante meses. Él había dedicado un montón de horas para encontrar la jurisprudencia concreta al mismo; la había acompañado en el juicio, y le había pasado notas para ayudarla y que todo fuera bien.

Nada más saberlo, Paula había pasado por su despacho para notificarle, felicitarlo y agradecerle el trabajo realizado. Habían estado hablando un buen rato, reviviendo parte del proceso que había durado más de un año y que, por suerte, por fin, había terminado con una sentencia a su favor.

Muchas veces, la comida era la excusa perfecta para ponerse al día de las novedades familiares y escolares, de los hijos, de los maridos y de los compañeros.

—¿Sabéis?, al pequeño Jordi se le ha caído el primer diente.

—Tendrás que ponerle bajo el cojín, para que venga el ratoncito Pérez —le contó Olga, alegre.

—Sí. Cuando salga por la tarde pasaré por la juguetería a ver qué encuentro.

—Debe de estar muy entusiasmado —comentó Gemma.

—Sí. Es su primer diente y no para de contárselo a todo el mundo.

En otro momento de la comida, una vez les habían llevado los postres.

—Pues, al final, mi mujer y yo hemos planeado irnos de vacaciones: un crucero por el Mediterráneo, aprovechando las vacaciones de Semana Santa —les dijo Carles.

—Hace tiempo que pensáis hacerlo, ¿no? —preguntó Paula.

—Sí, hace tiempo que con Elena queríamos ir, pero por una razón u otra no hemos podido, pero esta vez ya tenemos los billetes. Así que no hay excusa.

—Y, ¿habéis previsto hacer muchas escalas? —preguntó Olga, interesándose.

—Unas cuantas. Aunque el Mediterráneo no lo parezca, es grande.

—Me han dicho que las islas griegas son muy bonitas —comentó Gemma.

—Sí. Está previsto que hagamos la última de ellas en Mikonos, pero también Nápoles, Génova, Estambul… Creo que en total son once escalas en trece días. No está mal.

—Os lo pasaréis muy bien —le animaron todos.

—¿Y tú qué harás? —le preguntó Jordi a Paula.

Ella les contó que tenía previsto ir un par de días a Olot, con su familia. Ellos ya sabían que su abuela Teresa estaba enferma. Y aprovecharían para celebrar su aniversario.

—¡Es cierto! Los cumples la próxima semana, ¿no?

—Sí, el día treinta, y este año coincide en sábado, por lo que haremos una pequeña fiesta.

Guillermo, de forma muy tímida, les comentó que había empezado a salir con una chica, que estaba a punto de finalizar la carrera de Filosofía e Historia y que conoció en la biblioteca de su barrio. A todos les había parecido también una buena noticia, y lo felicitaron, mientras él no pudo evitar ruborizarse.

Capítulo 9

Abril.
Emociones opuestas: felicidad y tristeza.
Rabia y alegría.

Era así. Su abuela Teresa estaba enferma. Hacía poco había cumplido ochenta años, y hacía cuatro meses que le diagnosticaron una insuficiencia renal en una fase avanzada, por el que recibía tratamiento de diálisis en días alternos, que la agotaba y, esos últimos días, se mostraba más apática y triste. Por ese motivo decidieron celebrar el aniversario de Paula, con la excusa de animarla un poco.

Era un día soleado. Llegó a media mañana y dejó su pequeña maleta en casa de su madre, que también era su casa, aunque ya no la sentía como tal. Esa vez dormiría en ella, aunque cuando entraba en su habitación, le venían de golpe recuerdos que no quería recordar. Una de las últimas veces que estuvo allí, fue cuando le contó a Olivia, su amiga de entonces, lo que le había sucedido en el instituto y era por lo que solo iba de paso. La mayoría de veces dormía en casa de sus abuelos.

Con el paso de los años, se sentía diferente y un poco más fuerte. El tiempo no la había ayudado a olvidar, pero sí a mitigar sus miedos. Para ella, era un mal sueño, que le aparecía de vez en cuando, ante el que había sabido armar una coraza para que no le hiciese daño, ni sentirse mal.

—¡Abuela!

—Hola, Paula, ¿cómo está mi niña?

—Yo bien, y ¿tú?

—Ya ves. Cada día un poco peor. La edad no perdona, hija. Siéntate a mi lado y cuéntame.

Se fijó en su abuela, hundida en su butaca. La encontró más pequeña y delgada que hacía menos de un mes, que fue la última vez que la vio. Tenía el cabello blanco arreglado hacia atrás, y lucía los pendientes de perlas. Sus ojos negros y pequeños, siempre le habían destacado sobre su tez pálida, quizás ahora más pálida y blanca, pero con la dulce sonrisa de siempre.

Paula le explicó anécdotas, casos que estaba llevando, noticias y novedades de sus compañeros que las hacían reír.

—Me alegra mucho que te vaya bien. Pero y tú, ¿cómo estás tú?

—Yo bien. Hago lo que me gusta.

—Engañarás al resto, pero no a tu abuela. Continúas sola. Y no me vale que digas que, así, estás bien.

—Bueno, pues te diré que el otro día salí con los amigos de Alexandra y me lo pasé muy bien. Además, dentro de unos días estoy invitada, ir a Port de la Selva a pasar el fin de semana, en casa de unos amigos.

—Esa es mi chica. Esto es lo que quiero oír. Que aparte de trabajar te diviertes. Mi madre me decía: no es fácil que la felicidad se quede a tu lado y, en cambio, la infelicidad se queda eternamente.

—Sé que la vida no te ha sido fácil, la muerte de papá y ahora, tu salud.

—No, no lo ha sido, pero he intentado pasarlo lo mejor posible, y que la gente de mi alrededor también lo estuviera.

—Y lo has conseguido, no lo dudes, abuela.

—Gracias, niñita —contestó mientras se abrazaban.

Paula se dirigió a la cocina, para echar una mano a su madre, mientras Teresa la observaba cómo se alejaba, al igual que lo hacía su salud y su vida. Le gustaría irse sabiendo que había encontrado a alguien que la hiciese feliz, pero era consciente de que no lo vería. Se conformaba con saber que había empezado a abrirse, a salir y a tener amigos fuera del trabajo.

—Hola, Ignasi —saludó, al abrir la puerta.

—Hola, Paula —respondió dándole dos besos—. ¿Cómo estás?

—Yo bien, y ¿tú?

—También, bien. Quiero comentarte una cosa.

—¿Qué pasa? —le pidió tras cerrarla.

—No, no pasa nada. Solo quería decirte que quiero volver a pedir a tu madre que se case conmigo —murmuró para que nadie le escuchase.

—¿Otra vez? Ya sabes que tienes mi aprobación —respondió ella, también en voz baja.

—Lo sé, lo sé, Paula. Pero creo que hoy es el momento idóneo. Me gustaría proponérselo delante de todos. ¿Qué te parece?

—De acuerdo, y ¿qué puedo hacer yo?

—Convencerla para que diga que sí…

—No sé por qué, pero pienso que esta vez te lo dirá.

Ignasi continuaba al lado de su madre. Dieciséis años, felices y enamorados como el primer día. Él le había propuesto un sinfín de veces que se casaran. Sabían que estaban hechos el uno para el otro, y le gustaría oficializarlo, aunque ella creía que no era necesario.

Todos sus seres queridos estaban alrededor de la mesa, y la abuela, aunque se la veía cansada, se mostraba contenta. La noticia de la boda de Elisabeth la colmaba de alegría. Para ellos, Ignasi ya era uno más de la familia. Se lo merecía. Se lo merecían. Y, esa vez, no se había negado. Quizás porque les habían comunicado que la abuela estaba mal y los médicos no les daban muchas esperanzas. Quizás porque era la última comida que pasasen juntos y lo querían celebrar a lo grande o porque querían que fuera un día bonito y alegre. Había sido un momento emotivo, alegre y lleno de esperanza.

Sus abuelos siempre habían sido muy atentos y cariñosos con Paula. La amaban mucho y no le había faltado nunca nada. Quizás los paternos eran más abiertos, más juguetones y más condescendientes con ella. Entonces, mientras miraba a su abuela, se trasladaba a cuando ella era pequeña, sobre su cama, a su lado, escuchándola… Le estaba leyendo, con aquella voz tierna y dulce, aquel libro de cuentos de tapas gruesas que tanto le gustaba.

Había historias que no se cansaba nunca de oír. La abuela lo hacía tan bien, con aquella voz suave. Además, sabía enfatizar las palabras cuando hacía falta, provocando momentos de tensión, y que a Paula le hacían saltar de la silla o de la cama, y ponerse a reír acto seguido.

También cuando jugaban a las cartas; paseando por la playa; haciendo castillos de arena; salir a comprar cualquier cosa, o ayudándola en la cocina. Sabía cuánto la iba a extrañar, pero no era el momento de pensar en ello y se concentró de nuevo, en el pastel que le acababan de traer.

—Venga, pide un deseo y a soplar —dijo su madre.

Paula miró a su abuela, guiñándole el ojo.

«Quiero lo mejor para ti, abuela».

Capítulo 10

Abril.
Nuevas oportunidades. Nuevos retos.
Nuevas historias.
¿Será la salida?

—Paula, ¿te apetecería salir el próximo viernes? Me han hablado de un nuevo local y me ha entrado las ganas de ir —le propuso Alexandra.

—De acuerdo. ¿Iremos todos?

—¡Cómo me gusta verte así…! Ya era hora, chica.

—Me lo pasé bien, y la verdad es que tienes razón, con veintiocho años recién cumplidos no me puedo quedar en casa. El otro día, con mi abuela Teresa, me di cuenta de que la vida es corta y que hay que disfrutarla. Así que, dime, ¿iremos todos? ¿Adónde?

—No. Yo pensaba ir las dos. Es un local que me ha comentado Patri. ¿Te acuerdas de Patricia? Aquella que estuvo con nosotras en la residencia durante un año y que le gustaba aquel chico tan antipático. ¿Cómo se llamaba? Ahora no me acuerdo.

—Sí, ya sé de quién hablas —le dijo mientras preparaba la cafetera—. Yo tampoco me acuerdo del nombre ahora mismo.

—Pues ayer vino a la tienda y estuvimos hablando un buen rato. Entre otras cosas, me comentó que hace un tiempo se abrió el local y me dio una tarjeta que tengo en la habitación. Es un lugar donde, además de tomar una copa, puedes encontrar pareja o liarte con quien quieras. Me dijo que había un montón de hombres guapos para pasar un buen rato.

—Y crees que es una buena idea…

—Si no vamos, no lo sabremos, ¿no? Además, nadie obliga a nadie a hacer nada que no quiera. Si acaso solo vamos a tomar una copa y a fisgonear.

Paula se quedó un poco paralizada. No sabía qué más decirle. Alex, a diferencia de ella, era tan lanzada, atrevida, abierta y progre. No sabía qué iba a encontrar, y lo que ella más detestaba, era no poder controlar la situación.

Se terminó el café con leche, mientras miraba a su amiga, sentada delante de la mesa, con sus tostadas y su zumo de naranja; vestida con su albornoz y con el cabello alborotado. Era un ave de noche y no se despertaba del todo hasta las nueve. Por suerte, no tenía que ir a la *boutique* hasta las diez. Además, en poco más de diez minutos, estaba impoluta; mientras que ella necesitaba un buen rato, para arreglarse y sentirse lo suficientemente fuerte y atractiva, para salir de casa. Esa era la razón por la que la mayoría de días solo le daba tiempo a tomar su café con leche. Por suerte, a media mañana, procuraba desayunar un poco.

Eran tan diferentes, y a la vez tan amigas.

Capítulo 11

Abril.
Sorprendida de ella misma y de lo que es capaz de hacer.

Se vistieron, un tanto provocativas, para salir y Paula se dejó aconsejar por su amiga. Optaron por faldas cortas de color negro, la de Alex supercorta, de cuero, mientras que la de Paula era más larga y de tiro alto, el tejido era mezcla de lino y tenía un detalle de falsos botones desde el frontal a un lateral. Terminó el *outfit* con medias negras tupidas a media pierna.

—Me tendré que comprar algo de ropa para salir. No puedo permitir ir siempre de prestada.

—Pásate por la tienda, verás que de prendas y conjuntos más bonitos tenemos. Mira, ponte esta camisa negra con los detalles de lentejuelas plateadas, que combinan con esos botones. Yo me pondré la de seda de color añil.

Solo unos pequeños pendientes y el reloj negro. Alexandra escogió unas botas altas hasta las rodillas, y Paula, zapatos con tacón de aguja. Un pequeño bolso cada una y ya estaban listas.

El estilo de Alexandra era sumamente más insinuante y provocador que el de Paula, que se mantenía en el punto de clásica elegancia. Llevaban sus melenas al aire. Una pelirroja, la de Alex y otra, castaña con reflejos rubios, la suya.

—¿Dónde me has traído? —le dijo Paula, al sentarse en un sofá de piel negra al lado izquierdo de la entrada.

—Es un local muy bonito, ¿verdad?

—No sé qué contestarte. Es extraño. Nunca había estado en ninguno así —respondió, mientras miraba todo lo que había a su alrededor.

Un espacio amplio donde se combinaba paneles de cristal, con otros opacos de color blanco y negro. Un espacio minimalista, pero, a la vez, con un toque chic. Mesas de cristal; iluminación, la justa para dar cierta áurea de misterio; terminaba el mobiliario con sofás y butacas colocados estratégicamente, que daban la intimidad y discreción necesarias.

Parejas que hablaban, gente que se mezclaba, parejas que se escabullían detrás de una gran cortina, mientras un vigilante o, mejor dicho, un gorila de dos metros, con cara de pocos amigos, controlaba quien entraba y salía.

Por lo pronto, divisó a cuatro camareros, dos chicas y dos chicos. Los cuatro vestidos de negro de forma elegante. Muy guapos todos ellos. Debían tener unos treinta largos años. No eran los jovencitos que había visto en los otros locales de copas que había ido.

Uno de ellos, se les acercó y le pidieron lo que querían tomar, después de mirar la carta.

—¿A qué es excitante? —preguntó Alex, cuando el camarero ya les había servido.

—¿Por qué lo dices?

—Por todo. Aquí, puedes escoger qué quieres hacer y con quién... Ya me entiendes.

—No. No te entiendo —susurró.

—Qué anticuada eres. Mira aquellos dos tíos de la barra. Hace rato que nos están observando.

—¿Tú crees? —preguntó, mientras intentaba mirarlos sin que se dieran cuenta.

—Sí. Ahora verás.

—¡Alex! ¿Dónde vas? ¡Vuelve!

Su amiga se levantó, recolocándose la falda y la camisa, y se dirigió con paso decidido

hacia ellos, poniéndose justo a su lado. Enseguida, le dieron conversación y, de vez en cuando, fijaban su vista en Paula, quien se sentía avergonzada. Los tres hablaban, reían y se susurraban cerca de la oreja. Ella se mostró incómoda, por lo que se levantó y se dirigió hacia la cortina. El gorila se giró un momento y sin pensárselo, la cruzó.

Estaba relativamente oscuro y sus ojos tardaron unos segundos en adaptarse. Caminó despacio con sigilo. Había varias puertas a cada lado de un largo pasillo tenuemente iluminado. Cada una con un número diferente. Estaban cerradas. No se veía nada. En el fondo, un poco de luz, de una puerta entreabierta. Se encaminó hacia allí, temblorosa, intuyendo lo que podía haber dentro, pero lo que vieron sus ojos, iba más allá de lo que había pensado e imaginado. Dos hombres estaban follándose a una mujer, encima de una cama redonda, grande y con una bola de cristal encima de ellos, que al girar iba proyectando trozos diminutos de sus cuerpos y de su piel. La escena no era punzante, ni pornográfica; todo lo contrario, la percibió como sensual y erótica, pues se dio cuenta de que los tres disfrutaban. De golpe, unos pasos detrás de ella, la alertaron.

—¿Espiando? —preguntó una voz masculina, y con acento italiano, que salió de la oscuridad.

—No. Bien… no quería —respondió medio avergonzada, queriendo disculparse.

—No pasa nada. Supongo que es la primera vez.

—Sí —susurró tímida.

—Y, ¿te ha gustado lo que has visto? —le pidió sin más.

—Bueno... Sí. No me lo imaginaba… No sé. Perdona —balbuceó, aún un poco aturdida.

—Dime, ¿qué te imaginabas?

—Quizás algo más sucio; más obsceno y diferente.

—Ven. Acompáñame —le mandó.

Paula, inconscientemente, ante lo que le había parecido una orden, se echó un poco para atrás.

—Mujer, no te haré nada que no quieras hacer —le dijo, mientras la cogía de la mano y se dejaba llevar.

Era un hombre de entre cuarenta y cinco y cincuenta años, moreno y con los cabellos negros, lisos y engominados hacia atrás. «Es atractivo», pensó.

La condujo hasta una habitación cercana que cerró tras de sí. Ella se quedó bloqueada, mirando lo que tenía enfrente. Era grande. Todas las paredes eran de color carmín en diferentes tonos de rojos.

Algunas cuerdas colgaban del techo y, a un lado, una especie de espalderas. Percheros con látigos y grilletes de distintas medidas y longitudes. Unas mesas auxiliares con ruedas y, encima de ellas, utensilios como collares, antifaces, vibradores, arneses, consoladores…

Ella, sola y sin presión alguna, la recorrió, despacio, sin percatarse tan siquiera de que él le iba hablando, ofreciéndole ciertas explicaciones.

—¿*Ti piace*? —le pidió al cabo de unos instantes.

—No sé qué contestar. Es del tipo de habitación que me viene a la mente. Especial.

—Aquí, todo es *speciale e único*, donde se pueden llevar a cabo tus fantasías sexuales.

—Y, ¿por qué piensas que quiero?

—Todo el mundo las tiene y las quiere. Por cierto, ¿puedo saber cómo te llamas o cómo quieres que te llame?

—Paula, me llamo Paula.

—Muy bien, Paula. Yo me llamo Giorgio. Por el acento, habrás deducido que soy italiano. Pero si quieres llamarme de otro modo no tengo ningún problema. Como te digo, aquí, todo es

un juego. Todo es fantasía.

—No, está bien. Pues, Giorgio, ¿me puedes explicar qué es exactamente este lugar?

Giorgio le contó que cuando lo abrió, hacía ya casi un año, quería que fuera no solo un lugar de copas, sino de *incontri tra adulti* que quieren hacer realidad sus fantasías sexuales, con quien quieran, y sin que nadie pregunte ni cuestione nada. Habitaciones cerradas, decoradas en función de la fantasía y con unas condiciones de privacidad y de respeto por parte de quienes vayan a utilizarlas. Así, cualquiera podía concertar un *incontri sessuale con chiunque* del local, se pactaba el qué y el cómo y, a partir de ahí, cada uno era libre.

—¡Ostras! No sabía que existiesen sitios así.

—Pues ya ves que sí. *Qual'è la tua fantasia*, Paula?

—No sé —respondió ruborizándose.

—Sí que la sabes. Siempre hay. Que no quieras compartirla es otra cosa. *Volete sapere la mia*?

—Si quieres… —contestó completamente ruborizada e intrigada a la vez.

—La mía, en este momento, al verte aquí conmigo, es que una ejecutiva, como tú, me posea, me domine y haga conmigo lo que le venga en gana. Es por eso que te he traído, en concreto, a esta.

—¿Sí? Y, ¿por qué crees que soy una ejecutiva?

—Sí. Por cómo vistes y cómo te mueves. Te he visto antes, con tu amiga. Ella es abierta, extrovertida, exuberante… En cambio, tú eres reservada, tímida e introvertida. Vistes, chic, pero de forma clásica, y casi podría afirmar también que algún hombre, en algún momento, te ha roto el corazón.

—¡Ah! Eres un buen observador e intuitivo. Conoces a la gente solo con verla. ¿Acaso eres psicólogo?

—No, pero aquí hay mucho de psicología —le dijo—. Y, ¿qué buscas tú aquí?

—Nada. He venido para acompañar a mi amiga y conocer el local —le respondió, poniéndose a la defensiva.

—S*icuro*? *Tu non vuoi essere la mia signora*? —preguntó cogiéndola de la cintura.

—No sé si sabría…

—Yo te podría ayudar… S*eguimi* —le dijo Giorgio.

No sabía cómo, pero de pronto, se encontró inmersa en una situación que, en otro momento o fuera de aquel contexto, le hubiera parecido imposible e inverosímil.

Capítulo 12

Abril.
De ella no me sorprende nada. Es libre.

En la habitación número seis, estaba su amiga. Los chicos de la barra, le habían propuesto hacer un trío.

—No lo hemos probado nunca, y solo pretendemos pasar un buen rato —le habían dicho.

A ella le parecían de confianza y que la tratarían bien. Además, los dos eran atractivos. Miki era más alto, un metro noventa, más o menos; con el cabello negro y la piel morena. Le dijo que tiene treinta y dos años. Parecía más abierto y extrovertido que David, que era un poco más bajo, quizá un metro setenta y cinco, calvo y blanco de piel. Jóvenes, deportistas y con un estilo casual.

Cuando ella quiso comentárselo a Paula ya no la vio. Imaginó que se había ido. No sería extraño que hubiera decidido irse a casa. Al día siguiente hablaría con ella. En ese momento, solo pensaba en pasarlo bien.

Habían establecido una serie de condiciones: la palabra rojo, parar; respeto en todos los sentidos; ella era la prioridad, y como no, la utilización de preservativos.

Los tres estaban excitados y, a la vez, expectantes. Optaron por una habitación relativamente clásica. Una cama de dos por dos, en medio de una sala llena de espejos.

Cuando cerraron la puerta tras de sí, Miki tomó la iniciativa y se puso enfrente de ella, dándole un beso intenso.

—Tienes una boca de escándalo —dijo este.

La boca de Alex la recibió y la lengua de él, no tardó en adentrarse, de nuevo, en la de ella. Oírla gemir de placer, ante su beso contundente y profundo, le excitaba.

Por su parte, a ella nunca la habían besado con semejante hambre. Cerró los ojos, tratando de controlarse para gozar y olvidar que estaba allí, en medio de dos hombres.

Aunque, poco a poco, la atmósfera se cargó de pasión y el aire se hizo denso. Enseguida se contagiaron del placer; se dejaron llevar por el frenesí, abducidos por la lascivia.

—Tranquila. No hay prisa —dijo Miki, besándola de nuevo. Esa vez su beso era diferente, pero increíblemente bueno. Quizá más pausado, más caliente, lento y tierno.

Ella se lo devolvió con uno intenso, apasionado y loco, mientras David, por detrás, le subía la camisa dándole besos en el cuello y en los hombros, para quitársela; a la vez, que le acariciaba el lado del tronco y la espalda.

—Preciosa —alabó Miki, contemplándola.

David le desabrochó el sujetador y le puso sus manos sobre los pechos, sin dejar de besarla en la nuca, a lo que ella emitió un suave gemido.

Cuatro manos la tocaban. Le tocaban cada parte de su piel, cada centímetro de ella. Empezaron succionándole los pezones, cada uno, uno de ellos y a la vez. Ella, por su parte, intentó no pensar, pero no pudo. «¿Cómo será lo que vendrá después? ¿Qué será sentir sus miembros dentro de mí, primero uno y después el otro, o los dos a la vez? Para, Alexandra, se repitió. Para y goza».

Sin la parte superior de su ropa, arrodillada entre ellos, que se desabrocharon rápidamente los pantalones, ella les acarició sus erecciones, primero por encima de la ropa, pero después ya

no. No pensó, no podría ser de otra manera y se dejó llevar por sus instintos. Primero, probó la de David, mientras Miki le apartaba su melena y le acariciaba los pechos. Al cabo de pocos segundos, era David, quien le recogía el cabello, mientras la besaba en la nuca y la parte superior de la espalda.

—Así, así. Un poco más, por favor —le pidió Miki gimiendo, cuando ella jugueteaba con su miembro en la boca, provocándole una arcada.

—Perdona…

Alex lo miró y asintió. Él volvió a introducir su miembro en su boca.

Unos instantes después, los tres desnudos se tumbaron encima de la cama. Mientras David le comía los pechos, Miki jugaba, con la lengua y con los dedos en su clítoris, mostrándose muy activo y al poco, ya la estaba penetrando. Mientras, ella continuaba chupando el miembro de David.

Al rato, cambiaron de postura y este se puso detrás de ella, manteniendo la postura del perrito, sus dedos empezaron a tocar su clítoris y su vagina. No paró de jugar con su sexo y ella, cada vez más, se moría de ganas.

—Estás muy húmeda... Me gusta —le dijo David.

Sus dedos continuaban deslizándose entre sus labios húmedos y su vagina, cada vez más a dentro. Y, en un gemido ronco, la penetró hasta el fondo. Miki no paró de meter y sacar su pene dentro de su boca, hasta que se corrió en ella. En un primer momento, a ella le supo cómo morder un tomate cherry viscoso y espeso, pero con un sabor un tanto salado y amargo, difícil de explicar.

Mientras, las embestidas de David, por detrás, eran cada vez más fuertes y aunque los brazos le pesaban, no deseaba que parase. Se sentía tan sexual y tan deseada. Quería más y más, hasta que llegó al éxtasis con un orgasmo que hizo que gritase de puro placer, quedando extenuada.

Miki y ella se dieron un beso corto, y se giró hacia su otro compañero de cama, que la recibió con una gran sonrisa y la besó de forma apasionada. Después, este se puso el preservativo para atacar y correrse en ella.

Tumbados, desnudos y Alexandra en medio de los dos, el sexo les siguió palpitando de deseo, recordando lo que acababa de suceder y mostrándose eufóricos y felices.

—¿Cómo te sientes? —le preguntaron.

—Fantásticamente bien —respondió ella, con una sonrisa abierta.

—Me ha gustado muchísimo —afirmó David, dándole un beso y cogiéndola de la mano.

—Y a mí. Creo que para ser “novatos”, no ha estado nada mal —les contestó ella, y con ese comentario todos se rieron. Se relajaron un rato más, antes de vestirse y salir.

En el taxi, de camino a casa, pensó en que todo había ido fluyendo, aunque convinieron que cada uno haría lo que le placiera, no hubo juicios, ni prejuicios, ni valores positivos ni negativos. Una fantástica experiencia y punto. Por suerte, había habido química. Para los tres, había sido su primer trío y habían disfrutado de él.

Capítulo 13

Abril.
Amigas y confidentes. Amigas hasta el fin. Aún no.

Eran las doce del mediodía cuando se levantaron, aunque hacía rato que Paula estaba despierta después de un sueño reparador que hacía tiempo no gozaba. Había permanecido debajo las sábanas de su cama pensando y rememorando todo lo que sucedió la pasada noche. De pronto, sintió la necesidad de contárselo a Alex, para que, desde su objetividad y con más criterio, le dijese que lo que había experimentado no era malo. En ese instante, sintió vergüenza y cierto pudor. Además de ridícula y quizás algo sucia, pero a la vez, sabía que le había gustado, que había sido una de las experiencias más increíbles de su vida: diferente, arriesgada, emocionante, divertida y quizás, también, peligrosa. De golpe, notó que tenía la boca seca.

Escuchó cómo su compañera salió de su habitación y ella hizo lo mismo. Las dos se mostraron adormiladas, mientras detrás de la barra de la cocina se preparaban el desayuno. Paula, con la tostadora, metiendo y sacando pan y Alexandra exprimiendo naranjas y llenando dos vasos. Al fondo, la cafetera ya estaba silbando.

—¿Te fuiste temprano? —preguntó Alex a Paula, nada más sentarse.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque al rato de hablar con Miki y David, los de la barra del bar, no te vi, y supuse que te habías ido.

—La verdad... es que no —le contestó balbuceando.

—¡¿No?! ¡No me digas que también te encerraste en una habitación!

—Pues, no sé si contártelo… pero sí —se lanzó.

—Explícame —suplicó con ganas de que le contase.

—¡Eh! Y, ¿tú qué?

—Yo te explico mi trío, después de ti.

—¡Ostras, Alex!

Paula no pudo quedarse sin contarle a su amiga el encuentro con Giorgio. Sabía que necesitaba hacerlo y que debía confiar en ella. Es su compañera y amiga desde hacía mucho tiempo.

—No saldrá de aquí, prométemelo —le pidió, como una adolescente.

—Te lo prometo. Soy tu amiga.

—Vale. A ver por donde empiezo. Fue tan extraño… Cuando estabas hablando con los chicos de la barra… ¿cómo has dicho que se llaman?

—Miki y David.

—Pues, mientras hablabas con ellos, crucé la cortina, aprovechando que el vigilante se había girado. No pude evitarlo, me picaba la curiosidad. Estaba espiando en una puerta entreabierta, cuando apareció Giorgio.

—¿Giorgio?

Le contó que era el propietario del local. Que era italiano, con una voz grave y ronca. Estuvieron hablando un momento y la llevó hacia una de las habitaciones. Una de color rojo.

—Como te lo diría… como la habitación prohibida de las cincuenta sombras de Grey, que vimos en su día en el cine.

—¡Ostras, vas fuerte!

—Para, Alex. Yo no soy de esas. Bien, creo que no... No he tenido nunca una fantasía de ese tipo. Lo que sí sé es que no quiero ser la sumisa de nadie. ¿Me entiendes?

—Sí, claro que te entiendo.

Paula continuó explicándole que una vez allí, Giorgio le planteó todo lo contrario. Que fuera ella su ama o señora.

—¡Uf!

—Así de pronto, no sabía exactamente lo que quería de mí.

—La verdad es que yo no he tenido ninguna experiencia de ese tipo —explicó Alex.

—Pues bien, me pidió que le hiciera lo que yo quisiera, lo que me viniera en gana. Me comentó que le podía atar, que le podía pegar, que le podía vendar los ojos, vaya, que le podía hacer de todo. Me quedé paralizada. No sabía qué decir, ni qué hacer.

—Yo también me hubiera quedado atónita —aclaró su amiga, expectante, a lo que Paula le contaba.

—Giorgio, para ayudarme, me besó y me hablaba de lo atractiva que era, de lo mucho que le gustaba…

Recordó cómo una descarga eléctrica le recorrió toda su columna, cuando sus labios encajaron. Qué beso. Ni demasiado húmedo, ni demasiado profundo, ni demasiado fuerte, ni demasiado blando. Simplemente, perfecto.

—Acto seguido, me pidió que me quitase la camisa y que después sería él quien se desnudaría ante mí. Y así lo hizo. Yo estaba sentada en una butaca, sonrojada y sin saber qué hacer ni donde mirar.

—Un poco de vergüenza…

Se sentía bien, de hecho, muy bien, aunque el corazón le latiera a mil por hora y tuviera miles de mariposas revoloteando en el estómago.

—Pues sí. Tenía un cuerpo de infarto. Todo en él era atractivo. Después de desnudarse, se arrodilló enfrente de mí, como un gatito, y me pidió qué quería que me hiciera. ¿Y sabes qué?

—¿Qué? Me tienes sumamente intrigada…

—Pues le pedí que se quedara quieto. Me levanté en busca de un pequeño látigo de cuero negro, con unas tiras suaves, en su extremo. Además, le até las manos y le vendé los ojos.

—Y…

Se subió la falda hasta la cintura. Por suerte que llevaba las medias a medio muslo, así que se abrió de piernas y le dijo que le besara los pies, las piernas y que fuera subiendo. Que ella ya le iría pidiendo lo que quería.

—Me dejas anonadada y, a su vez, qué escena más erótica y sensual, Paula.

—No pensaba que me pudiera sentir tan poderosa.

—Y él, ¿qué hizo? —le preguntó, con ganas de saber más detalles.

—Pues me fue besando el pie, las rodillas, primero una y después otra... ¡Uf!, Enseguida me noté húmeda. Mientras lo hacía, le azotaba con el látigo en su espalda suavemente. Al rato, me pidió que se lo hiciera un poco más fuerte y lo hice. Tenía miedo de hacerle daño, pero no era así. Cuando llegó a mi entrepierna, me pidió permiso.

—¿Permiso?

—Sí, permiso para quitarme las bragas y lamerme el sexo, ¿lo puedes creer? Me hizo sentir tan importante, grande y deseada. Fue fantástico.

—¿Y te corriste?

—¡Ostras! Sí. No lo hubiera imaginado.

Su amiga quería saber más detalles de lo que aconteció después.

—Le pregunté qué quería que yo le hiciera, y me contestó que nada. Que estaba más que satisfecho con haberme hecho pasar un rato agradable.

—Y… Me tienes asombrada. Venga, sigue.

—Le pedí que se pusiera de pie. Lo desaté y le quité la venda de los ojos. Tenía una mirada, no sabría cómo describírtela, brillante. Lo vi feliz. Le pedí que me abrazara y que me besara. ¿Y sabes? Besa, besa…

Paula se preguntó si aquello era lo que decían intimidad. Eso que nunca ella antes había sentido por nadie. Mostrarte como eres y decir lo que piensas sin mostrar vergüenza o rechazo.

—Huy, chica.

—Después, nos duchamos juntos, nos abrazamos, nos acariciamos, nos besamos... No sé, fue fantástico en todos los sentidos. Lo cierto es que me gustó.

—¿Lo ves? Y, ¿viniste en taxi?

—No. No quiso. Él me acompañó, ya eran más de las dos de la mañana.

—¡Ostras, me alegro por ti, Paula! ¿Habéis quedado para otro día?

—En principio no. Solo me dijo: «ya sabes dónde encontrarme». Bien. Yo ya te he explicado, ahora te toca a ti.

Alex le explicó su sesión con sus hombres, sin escatimar tampoco ningún detalle. Le comentó que ni habían quedado, ni tan siquiera intercambiaron los números de teléfono. Era su pacto: una sola vez y nada más. Quizás, si se encontraban de nuevo y les venía de gusto...

—¿Crees que es malo lo que hemos hecho? —preguntó Paula.

—¿Por qué habría de serlo? —le contestó Alexandra—. Paula eres una mojigata, te lo digo siempre. Ábrete y disfruta de la vida y de lo que venga…

En el fondo, ella, después de aquello, había estado pensado que quizás esta fuera la manera que tenía de abrirse a los hombres y al sexo. No conocía nada de ello. Sabía que no estaba realmente preparada para ni tan siquiera hablarlo y no sentirse abrumada, como lo estaba en ese momento. Aunque, después de hablarlo con Alex, se sentía contenta y liberada, también ese simple hecho, ya que Alexandra, en ningún momento, la había cuestionado, ni había emitido ningún juicio de valor. Por primera vez, se congratulaba de haber tenido la suficiente confianza y valentía para contar sus intimidades y para ella era un gran paso.

Se abrazaron y se hicieron la promesa de ser confidentes. Se juraron tenerse la suficiente confianza para contárselo todo, fuese bueno o malo; a Paula le vino a la mente lo que le sucedió hacía un montón de años, pero no le dijo nada. Sabía que tarde o temprano se lo explicaría, y por el bien de las dos y de su amistad, no tardaría mucho en hacerlo.

Se echó encima del sofá, y revivió, otra vez, su sesión con Giorgio. «Un tipo interesante», pensó. Le gustaría volver a verlo y quizás probar de nuevo. Querría ser lo suficientemente fuerte y atrevida. Pensó en cómo sería volver y en cómo se moriría de vergüenza. Y, peor aún, qué le diría: pasaba por aquí… y he entrado a saludarte. «¡Qué estupidez!».

Se levantó y encendió el ordenador. Tecleó el nombre del local. «Una página web realmente interesante y con gusto», pensó para sí. En ningún lugar figuraba su nombre. Se había acostado con un tipo del que no sabía nada, ni tan siquiera su apellido. «¿Cómo pudiste?», se recriminó. «¿Qué demonios has hecho?». Cerró todo y se fue a la cocina a prepararse otro café.

Capítulo 14

Abril.
La curiosidad me puede. Lugar mágico y diferente.

Por la tarde, volvió a sacar el tema con Alex. Ella consideraba que no era aconsejable ni prudente volver, o al menos, de inmediato. Coincidieron en que habían pasado un buen rato, una buena noche, pero que ahí debía de quedar.

—No sé. Por mi parte, creo que sería complicado encontrarme con compañeros de juego como los que tuve —le comentó su amiga.

Aunque, racional y fríamente, pensaba que no debía volver, no pudo dejar de pensar en Giorgio y el sexo que tuvieron. Tampoco sabía si volvería a hacer lo mismo u optar por otra experiencia diferente. Además, le preocupaba no estar a la altura si le planteaba algo distinto. Intuyó que había lugares en los que una vez se entra, una vez se pone los pies en ellos, ya no hay marcha atrás. Eran lugares poderosos que te atrapan, por lo que significan en un espacio de tiempo, mágicos, pero después de ese instante, ya nada volvía a ser igual.

Durante la siguiente semana no pudo olvidar, y había hecho uso de su Satisfayer para saciar sus ganas, en más de una ocasión.

Le venía a la memoria, el rubor y la vergüenza que pasó, cuando se animó a comprarlo por Internet, y el mensajero lo trajo a su casa y en voz alta, mencionó: Amantis Sex-Shop y se quedó mirándola.

Desde siempre, se había mostrado reacia a mantener cualquier contacto sexual con nadie. Solo su vibrador y consolador, de vez en cuando, le ayudaban a sentirse sexualmente realizada y activa. Lo que tuvo con Giorgio fue diferente. Aunque era novata, era ella quien dominaba la situación y, este hecho, le gustó. Después de pensarlo, creyó que podría dar otro paso. Una relación solo sexual, con alguien que la satisfaciera hasta donde ella quería. Sin ataduras, ni emociones, ni explicaciones de ningún tipo. Él había conseguido romperle una barrera: su miedo, su animadversión a un contacto íntimo con un hombre o, como mínimo, consideraba que había sido un inicio.

La curiosidad e interés, podían con ella. Por enésima vez se dijo, «Paula déjate de tonterías. Sí que quieres. Deja de ser la Paula mojigata, y lánzate». Así que esa tarde, salió antes del despacho y se fue. No quería que nadie lo supiese, pero antes de marchar se retocó el maquillaje; se cambió de ropa, poniéndose una falda; unos zapatos de más tacón; se dejó el pelo suelto y añadió un collar a su conjunto.

—¿Te vas? —le preguntó Olga, al pasar enfrente de ella.

—Sí. He quedado con unas amigas para tomar una copa —respondió.

—Vas muy guapa.

—¿Crees que voy demasiado…, ya sabes?

—No, para nada. Vas muy sexy. Nunca te había visto así de atractiva.

—Ya ves… —Intentó no ruborizarse. Era cierto que jamás había vestido de aquella forma y mucho menos en el despacho.

—Pues, que vaya muy bien. —Le deseó la secretaria, sin más.

Salió a paso ligero y cogió su coche. Lo estacionó en el aparcamiento del mismo local, preguntándose qué demonios estaba haciendo allí. Por un momento, se sintió ridícula, vestida

con una falda relativamente corta, que había cogido del armario de su amiga, de color azul marino, camiseta blanca y un collar de tonos turquesa. Con sus labios carmín, ojos maquillados, su *eyeliner* negro y su cabellera larga suelta.

Pensó en otro encuentro sexual con Giorgio y cada vez que lo hacía, mariposas en el estómago le revoloteaban y su sexo se contraía de placer.

Corrió, traspasó la puerta del garaje y subió, suplicando no encontrarse con nadie conocido. Estaba nerviosa y aprovechando el espejo del ascensor, se ajustó bien la falda y se repintó, de nuevo, los labios. Con paso fuerte y decidido se dirigió, directamente, a la barra del bar.

—¿Está Giorgio? —preguntó una vez sentada.

—No, pero no tardará en llegar —respondió el camarero mirando el reloj.

Al fondo, había una pareja de unos cincuenta años hablando con otra un poco más joven. Al lado de la barra donde ella se encontraba, había dos hombres maduros, de casi sesenta años, tomando una cerveza; enseguida le lanzaron algún que otro guiño. Uno, era bastante bajo y delgado, con gafas y una barba incipiente. Vestía informal, todo de negro. El otro era grande, con una tripa prominente y pelo corto casi blanco. Mejillas sonrosadas y nariz grande. Tenía tipo de leñador, o quizás fuese por la camisa de cuadros grandes encima de los tejanos. Cuando ella los miró, estos la repasaron de arriba abajo. «No. En definitiva, no son mi tipo». Se giró, no le interesaban. Solo lo quería a él. Se acabó el *gin-tonic* y cuando estaba a punto de irse, viendo que había pasado un buen rato, Giorgio entró.

Se le escapó una tímida sonrisa, y un leve rubor se le puso en sus mejillas, cuando se le acercó. No podía dejar de mirarlo. Era guapo, tenía un físico imponente y unas maneras elegantes que le agradaban. A diferencia del otro día, que casi ni se dio cuenta, se fijó en que vestía de forma informal con una camisa blanca que le salía por el cuello y por la parte de debajo de la cintura, de un jersey azul mar, de punto. Un pantalón azul marino y unas zapatillas Múnich. Muy casual, pero con clase. Le apreció una elegancia innata.

—*Così bella*? —le preguntó mientras le daba dos besos en la mejilla.

—Bien —respondió ella—. ¿Y tú?

—Contento de verte. ¡Estás fantástica! —Cogió sus manos y le dio un repaso visual de la cabeza a los pies.

—Gracias.

—No hace falta que te pregunte qué haces aquí, ¿no? —susurró en su oreja.

—Tenía ganas… Ganas de estar contigo —respondió ella con un murmullo.

—Así me gusta. Decidida.

Tirando de ella y abrazándola por la cintura, cruzaron la cortina. Los dos hombres de la barra se quedaron mirándolos estupefactos con la copa en la mano.

Capítulo 15

Abril.
Nueva experiencia. Me gusta.

Giorgio, la condujo hasta otra habitación, y ella se fijó que una cama grande presidía la sala, con sábanas de satén de color negro, un montón de cojines, blancos y negros, por encima de ella y esparcidos por el suelo y espejos en el techo.

—*Ti piace?* —le preguntó interesado.

—Es diferente. Quiero decir, diferente a la del otro día.

—Sí. Todas lo son. Esta es la número dos. *Vedere*, te muestro.

—¿Cuántas hay?

—*Dieci*.

—¿Las diseñaste tú?

—La verdad es que no. Me dejé aconsejar.

Dieron la vuelta por un lado de la cama. En una esquina, había una mesa auxiliar con diferentes consoladores, vibradores, antifaces, pañuelos para atar… de diferentes colores y medidas. «¡Uf! Cuántos juguetes», pensó ella.

—Estás muy guapa —dijo mientras la besaba en el cuello—. *Sei una donna molto attraente*, ¿lo sabes? ¿Qué querrás hacer conmigo hoy, *lady* Paula? —le preguntó sin esperar respuesta.

Su seguridad y su franqueza la descolocaban, haciéndola sentir un poco infantil. Le gustaba cuando la llamaba *lady* Paula con su voz y su acento. Es sumamente sensual.

—No lo sé. Querría que me mostraras más. No te vas a reír de mí si te digo que no tengo experiencia, ¿no? —le dijo al cabo de un rato.

—¿Por qué habría de hacerlo? —le preguntó—. Me encanta que lo digas; así, si te dejas, te muestro.

—Por eso he venido. Como apuntaste, quiero liberarme de algunos miedos y prejuicios.

—Que sepas que me encantará y más si vienes con la mente abierta —contestó mientras se inclinaba hacia ella y la volvió a besar con ganas—. Échate.

—Así, ¿tal cual?

—Sí —le respondió, cogiéndola de la mano y acercándola hasta el lecho.

Se estiraron, aún vestidos encima de la cama, y miraron como sus cuerpos se reflejaban y proyectaban en los espejos.

Paula se fijó mejor en él. Los ojos negros, brillantes, y sus cabellos azabaches, engominados hacia atrás; por las sienes le empezaban a asomar algunas canas. Sus labios eran grandes y carnosos y tenía los dientes blancos. Se mantenía bastante delgado. «Debe tener cerca de los cuarenta y cinco o un poco más. Su piel bronceada hace que parezca más joven. Quién sabe. Ahora mismo, poco me importa», pensó.

—*Vedere tutto*. Por todos los lados. ¿Crees que es morboso o ves sensualidad?

—No sé qué contestarte. Seguramente, las dos.

—Que sepas que esta habitación la suelen utilizar más de dos personas a la vez.

Ella recordó que era la misma que espió el primer día.

—¿Te has planteado alguna vez hacerlo con más de un hombre?

—No —le respondió secamente.

—Mi *lady*, tienes mucho camino por recorrer.

—Muéstrame —dijo ella, mientras se le acercaba, ofreciéndose.

Giorgio empezó a desnudarla, con delicadeza, mientras ella se dejaba. No le tenía miedo, ni vergüenza, ni pudor; al contrario, confiaba en él.

—Te voy a convertir en una buena amante, ya lo verás. Y, si tú quieres, todos los hombres se rendirán a tus pies y podrás hacer con ellos lo que te plazca.

Giorgio apagó su posible reacción, sin dar oportunidad a nada, y se abandonó sin ofrecer resistencia, queriendo deshacerse y desaparecer en sus manos; quedarse allí con la puerta cerrada.

No quería pensar. Lo que deseaba, en aquel momento, era disfrutar de sus primeras experiencias sexuales con él, al que consideraba un maestro.

La observaba por todos los lados, comentando con admiración la forma de sus pechos, de sus caderas; el brillo de su pelo, la suavidad de su piel, el olor a perfume y otras cosas de las que ella nunca había reparado.

Cuando él se dio cuenta de su tímido rubor, la llevó de la mano ante un gran espejo que le devolvió su imagen desnuda y un poco avergonzada. Paula era consciente que había decidido estar allí para aprender, costara lo que costase. Y se relajó porque en aquellos instantes ya no había vuelta atrás. Él la acompañó de nuevo a la cama. Pero, lo cierto es que le era fácil. Se mostraba abierta y expectante. Sin miedo. Acabó por desnudarla y la besó. Le puso las manos por encima de la cabeza, y le pidió que no se moviera.

Él no dejó de acariciarle los pechos, y enseguida fue bajando hacia su vientre y su sexo; casi sin percatarse le abrió las piernas. Ella se notaba mojada. En un primer instante, le dio cierto rubor, mientras la siguió tocando y besando. Lo miró a los ojos mientras lo hacía.

—¿Te gusta? —le preguntó.

—Sí —susurró ella, anonadada por el deseo.

—Déjate llevar —le pidió suavemente—. *Non pensare, solo a sentirlo. Godeteri.* Gózalo.

Paula cerró los ojos, dejando escapar un fuerte suspiro. Mientras, sus dedos la acariciaban con maestría. Sabía tocarla. Su clítoris y sus labios ardían de placer. La estaba derritiendo, y ella se dejaba hacer.

Giorgio se quitó la camisa, se arrodilló ante sus piernas y le levantó las rodillas hacia arriba. Ella abrió los ojos, atónita, pero a la vez llena de ganas.

—Así. Fantástico. Primero, te pondré los dedos. Después, veré.

Paula estaba en un plácido aturdimiento. «¿Qué querrá ponerme…?», se preguntó. Por un instante reparó en el contraste entre su torpeza, su atrevimiento lento y delicioso, sin esperar nada a cambio; con la maestría de él, pero con su esfuerzo para darle placer.

—Estás muy mojada. Me gusta —comentó mientras se ponía los dedos en su boca—. Buenísimo.

Paula se mordió el labio. «Qué imagen tan atrevida y tan morbosa», pensó para sí. Él volvió a ponerle sus dedos dentro de ella, sacándolos y entrando de nuevo. El tono de sus caricias subió, al igual que su calor y la temperatura de la habitación.

—Perdona, un momento. No te vas a mover, ¿a qué no? —dijo mientras iba hasta la mesa.

—No… —susurró.

—Confía en mí. Estoy aquí complacerte. Para saber lo que es y poder ofrecerlo después, tienes que saborearlo, olerlo, oírlo, gritarlo… Ahora, te taparé los ojos. ¿Sabes que con los ojos vendados se despiertan los demás sentidos? Así que, quiero que lo sientas y lo notes.

—De acuerdo.

Giorgio le puso un antifaz y Paula se dejó llevar, intentando sentir y disfrutar de todo lo que le hacía. Después de los dedos, le puso unas bolas chinas o algo parecido, sintió un tacto metálico, mientras, jugaba a ponérselas y quitárselas. Más dedos y, también, la lengua, más sedosa y húmeda... Paula no dejaba de excitarse, de una forma que nunca hubiera imaginado. Olía su piel y a un perfume, seco, a jengibre y tal vez, sándalo…

—¿Qué deseas, *my lady*? Dilo. No te cortes —le preguntó Giorgio, cuando vio que estaba gozando al máximo.

—Quiero que me folles —le pidió—. ¡Por favor, fóllame!

—¿Cómo te sientes al decirlo? —le preguntó.

Ella no dijo nada, porque no sabía qué responderle.

—Quiero enseñarte más… Más cosas que aún no sabes que te gustan.

Giorgio estaba contento de verla tan excitada y dispuesta. Hacía tiempo que no coincidía con alguien como ella. Le gustaba su entusiasmo, la disposición y a la vez, su inocencia y vergüenza con que se mostraba, y la libertad con que recibía su deseo, tan desinhibida.

Le agarró por sus nalgas, subiéndolas y recolocándose entre sus piernas. Cogió un condón y se lo puso rápido. Se tumbó sobre ella y la penetró con ganas.

—¡Oh, sí! —exclamó Paula arqueándose.

—Dispuesta y solícita. Vamos bien —dijo, mientras le quitaba un mechón de pelo de su cara y le pasaba un dedo por la mejilla.

Empujó con más fuerza, hasta llegar al fondo, a lo más hondo de ella. Sacó su miembro y lo volvió a meter, haciéndole estremecer cada centímetro de su piel, y poniendo en alerta, cada una de sus terminaciones nerviosas.

—Sigue, por favor… Así, por favor —gimió y rogó Paula, hasta no poder contenerse y llegó a un orgasmo de lo más placentero. Jamás había sentido tanto placer y descontrol.

—¿Nunca te habían follado duro? —le preguntó él, cuando le quitó el pañuelo.

—Nunca me habían follado —respondió ella.

—¿Qué quieres decir, Paula? —preguntó confuso, mientras la abrazaba y la besaba.

—Eso. Nunca he estado con nadie como he estado contigo.

Giorgio no acababa de entender su respuesta, virgen con treinta años, no le cuadraba, pero no le preguntó más y la besó con pasión.

—Lo que acabas de hacer y el modo como lo has experimentado, ha sido fantástico —le dijo Giorgio—, no se me va a olvidar en mucho tiempo.

Capítulo 16

Abril.
Un buen maestro. Nuevos juegos.

Como la otra vez, decidieron ducharse juntos. Desnudos, sudorosos y aún excitados, entraron en la ducha. Giorgio cogió el jabón y vertió un poco en su mano, mientras el agua templada le resbalaba por sus cuerpos. La enjabonó de arriba abajo. Ella nunca había vivido tanta sensualidad con otra persona. Se besaron, se acariciaron y se abrazaron, dándose mimos y arrumacos. Al acabar, se vistieron. Giorgio quería que se diese cuenta de que se podía disfrutar con ese tipo de juegos, sin preguntar, sin tabúes y sin complejos.

—Me gustas, *lady* Paula.

—Y usted a mí. Eres un buen maestro. Creo que estoy descubriendo el sexo con el mejor —le dijo con su pícara sonrisa.

—Aún tienes mucho camino por recorrer, pero apuntas maneras, y eso me gusta y te hace especial —comentó él, lanzándole un guiño.

—Seguro que puedes enseñarme —dijo con una curiosa sensación de ganas.

—Claro que puedo, pero no sé lo lejos que querrás llegar. Un culo y unos pechos como los tuyos… Sería una pena si no los aprovechas.

Giorgio no dejaba de observarla con… devoción. Aún después de la ducha, olía su perfume.

—La próxima vez, si te dejas, haremos un trío. Te buscaré un buen compañero y tocarás las estrellas.

—¡Uf! —suspiró, a la vez que se sonrojaba.

—Ven —dijo mientras la sentaba en su regazo—. Estás muy sexy y *bellisima* así recién follada, mirándome con esos ojos brillantes que dicen quiero más y más.

—¿Sí? Pues que sepas que volvería a hacerlo.

—Lo sé. Pero todo a su tiempo. Está bien tener ganas de ir probando. ¿Te gusta el sexo fuerte?

—¿Cómo de fuerte? —preguntó ella.

—Tirones de pelo, que te follen fuerte, a lo bestia… que te aten, te peguen…

—No sé. Supongo que hasta cierto punto —le respondió.

—¿Probarías el sexo anal?

—No lo sé, no lo he probado nunca.

—Y, supongo que no te has follado a ninguna mujer, ¿no?

—Ya te he dicho que no. Nunca he follado. No puedo ser más clara.

—Perdona. Lo que quiero saber es hasta dónde te gustaría llegar. Nada más, mi *lady* Paula —dijo mientras la besaba.

—Es que... Es que dicho así, tan abiertamente, parece vicioso y sucio.

—No. Todo lo contrario. *Sto solo cercando* de ser claro, *punto.* El sexo también tiene esa parte de sucio. Pero solo podrás llegar donde quieras, si sabes lo que representa y tienes las ideas claras. Yo las tengo, y si me dejas te llevaré a ver el cielo y las estrellas.

En ese punto, Paula le comentó que no le gustaba mucho esa conversación. Ella le propuso que preferiría ir experimentando y si había algo que no le gustaba, decirlo y ya.

—De acuerdo. Solo una última pregunta, porque supongo que tienes fantasías sexuales,

¿no? ¿Con qué fantaseas, con qué sueñas, *my lady*?

—Me haces sonrojar hablándome así. No estoy acostumbrada.

—Pues no tendrías. Eso forma parte del tabú y de las ideas tradicionales que nos han inculcado.

—Ya, seguramente. Bueno, pues para ser sincera, estos últimos días con sexo fuerte, con lo que acabamos de hacer y para ser franca, alguna vez he soñado con hacer un trío. Hacerlo con dos hombres a la vez. Con mujeres, la verdad, es que no me atrae.

Ante aquella confesión, Giorgio le dijo:

—Paula, grábate esto: los seres humanos nunca somos lo que parecemos, pero tampoco somos lo que creemos que somos.

Ya en casa, Paula rememora la sesión. Para ella había sido una experiencia perfecta, donde solo había deseo simple y puro; placer absoluto.

Capítulo 17

Mayo.
Nuevas sensaciones. Abierta a nuevos sentimientos, pero con él, imposible.

Paula, aún medio dormida, salió de su habitación, descalza, y vestida solo con la camisa del pijama. No se dio cuenta de que Miki estaba en el salón, limpiando el suelo con la fregona. Solo cuando se encontraba a pocos metros reparó en su presencia.

—Perdona, no te había oído —dijo este al girarse.

—¿Qué haces? —preguntó ella, al verlo, con los calzoncillos negros de licra y las *hawaianas*. Lo cierto era que le quedaba de lo más divino.

—Ya ves. Limpiando. Ayer por la noche se me vertió parte del *gin-tonic* y antes de que se levante Alexandra y me regañe, lo estoy dejando impoluto. —Sonrió.

Justo en ese instante, encontrándose uno frente al otro, la imagen que proyectaban era de lo más erótica. Paula, al darse cuenta de ello, se sonrojó y apartó la vista mirando hacia abajo. Los pies de él, los dedos y las uñas sumamente cuidadas. Sus piernas curtidas por la práctica del ciclismo y, cómo no, depiladas. Además, mientras subía la vista, se percató de que los calzoncillos negros le marcaban todo. De hecho, se le notaba todo y más. La cinturilla amplia de los mismos, en la parte baja de sus abdominales; unos abdominales de tableta, a base de gimnasio y de bici y por donde le surcaban algunas gotas de sudor... Y unos brazos fuertes, en tensión, con el *tatoo* que se le salía del músculo. «¡Uf!», pensó ella.

Su barba bien arreglada y su sonrisa en sus labios húmedos y una mirada... Una mirada brillante, que se entrecruzaba al momento con sus ojos. “Pillada” o tendrían que haberse dicho “pillados”; pues él tampoco había podido dejar de fijarse en sus largas y esculturales piernas, ni obviar el canalillo que le salía del botón abierto del pijama... Un pijama, color salmón y abotonado, de los que solía usar ella, y que como era primavera, lo llevaba doblado de las mangas y sin los pantalones.

—¿Quieres que lo haga yo? —se ofreció de inmediato, intentando salir airosa de una situación que se le había hecho incómoda.

—Me vendría bien una mano femenina. La verdad es que no tengo nada de práctica.

—¿Has puesto un poco de lejía en el agua? Estas cosas, si las dejas secar, quedan muy pringosas y cuesta sacarlas.

—Sí. Unas pocas gotas.

—A ver si es suficiente —dijo Paula mientras le cogía la fregona de las manos.

Sus manos y sus brazos, por un segundo, se tocaron y un escalofrío le recorrió hasta la espalda, mientras que, a Miki, se le erizó el vello con el contacto. No se miraron. No podían mirarse. La vista de Paula había ido, de nuevo, de rebote hacia el suelo y la mancha, mientras, Miki salía de estampida hacia la cocina.

«¿Qué les pasa, que les está sucediendo?», se preguntaron los dos.

Miki se sentó en uno de los taburetes, mientras el café se calentaba. La miró de reojo, no fuera a ser que ella lo pillase. El pijama se le había resbalado un poco y se le había bajado del hombro derecho. Además, mientras frotaba, se le subía y se le bajaba con el movimiento rítmico que le daba, dejando entrever no solo parte de la nalga, sino también parte de la entrepierna. «Es una imagen de lo más erótica. Está guapísima», pensó.

Él le dio la espalda, cuando notó que su miembro se tensaba. No lo pudo evitar. «Piiiii» se oyó el sonido de la cafetera. Se levantó e intentó disimular su erección ajustándose los calzoncillos lo mejor que pudo, mientras, Paula se acercó con el cubo y la fregona.

Lo miró y se fijó en sus partes. Había sido una reacción instantánea o se había tocado...

—¡Hola, chicos! ¡Buenos días! —exclamó Alexandra, con su camiseta y pantalones cortos, la cara medio dormida y los cabellos revueltos.

—¡Hola! —respondieron al mismo tiempo.

—Ahora vuelvo —dijo Paula, mientras se dirigía a su habitación, dejando el cubo y la fregona en el suelo.

—¿Qué le pasa a esa? —le preguntó a Miki, mientras le estampaba un beso en la boca.

—No sé. Se habrá olvidado algo, vete a saber —le respondió él.

—¿Cómo está mi chico? —le preguntó.

—Estupendamente.

—Ya veo —respondió abrazándolo, y poniéndole una mano en su paquete por encima de los calzoncillos—. ¿No tuviste suficiente anoche?

—Claro que sí, pero te he visto y me han entrado de nuevo las ganas.

—¿Pasamos de desayunar y volvemos a la cama? —propuso cariñosamente ella, abrazándolo con más entusiasmo.

—Me gustaría muchísimo, pero no puedo. Quiero comer algo y he de irme, ya sabes que Juan me espera para ir en bici —le contestó. Entonces, cualquier pretexto era bueno para salir de allí. Tampoco podría estar con ella, cuando en su mente estaba Paula.

Ella se había encerrado y tumbado en la cama. «¿Cómo ha podido suceder?», se preguntaba. «Es Miki, el novio de mi amiga, de mi amiga del alma», se dijo a sí misma. Ya habían coincidido un par de veces. Justo hacía quince días que se quedaba a dormir y hacía un par, los tres fueron a la playa a tomar el sol. Pero aquella mañana, al verlo de aquella guisa le había puesto. Lo había mirado de otra forma. «¡Para, Paula!». Su cabeza estaba a punto de estallar.

Cuando salió de su cuarto, le pareció que la puerta del apartamento se acababa de cerrar.

—¿Se ha ido? —le preguntó a Alex.

—Sí. Tenía que ir en bici, ya sabes. —Puso cara de fastidio—. ¿Te pasa alguna cosa? —le pidió extrañada.

—¿Por qué lo dices?

—No, por nada. Como te has ido de sopetón cuando he salido y os he saludado.

—No. Nada en concreto. Pensaba que querrías un poco de intimidad con tu chico. —Intentó excusar su comportamiento.

—Gracias. Eres muy detallista. Pero que sepas que no nos incomoda que estés aquí con nosotros. Por cierto, ¿qué te apetece hacer hoy? ¿Tienes planes?

—Ahora, por la mañana, pensaba arreglar un poco la habitación y después, relajarme leyendo y, por la tarde, creo que voy a salir un rato —contestó mientras se servía un café y se preparaba una tostada. Le comentó que había quedado con Olga, para ir a tomar algo, pero lo cierto era que tenía pensado ir, de nuevo, a ver a Giorgio.

En ese preciso instante, necesitaba relajarse y no pensar. Por suerte, su amiga se fue a la ducha, no sin decirle que comería con Miki en casa de los padres de este y por la tarde, irían al cine.

Capítulo 18

Mayo.
Deseo investigar, jugar y experimentar.

«Va a creer que soy una adicta al sexo, y no es eso, o puede que sí. Total, solo lo he hecho dos veces y esta será la tercera. Tampoco hay para tanto», pensó Paula.

El encuentro de esa mañana con Miki la había descolocado. No sabía lo que le ocurría. El pensamiento erótico que tuvo hacía que se cuestionase si es una pura atracción, deseo o apetencia sexual, porque otra cosa no creía que fuera.

Al entrar en el local, y ver a Giorgio detrás de la barra del bar, se sintió aliviada.

—¡Eh, *lady* Paula! ¿*Come stai*? No sabía si volverías o si, por el contrario, te rajarías.

—¿Por qué lo tendría que hacer? —Se puso a la defensiva.

—No lo sé. Porque quizá la propuesta que te hice el otro día sería demasiado para ti... Que quizá no querrías. Pero, l*ei mi ha sorpreso piacevolmente* —respondió Giorgio, sin ningún tipo de reparo al comentario, solo que le había sorprendido dulcemente.

—La verdad es que yo también lo estoy, sobre todo por mi actitud al respecto.

—Ven. *Seguimi.* Te tengo que decir que estás de suerte porque tengo el *partne*r ideal.

El gorila de la puerta, Héctor, los saludó secamente con un leve movimiento de cabeza y con los brazos en cruz. Giorgio le dijo algo al oído que ella no acababa de entender.

La habitación, donde la llevaba esa vez, estaba presidida por una cama central y, justo al lado, había una especie de camilla, semejante a las que usan los masajistas, pero un poco más grande. No se fijó demasiado en ella, pues Giorgio la siguió besando y le comentó que para esa sesión solo necesitaría taparle los ojos.

—He mandado llamar a Bernat y ahora vendrá. Mientras lo esperamos, te pongo el antifaz. No quiero que lo veas. Confía en mí. Es joven y tan o más atractivo que yo —dijo Giorgio de forma abierta.

—¿Bernat? Sabes que tuve un novio, o mejor digamos que no llegó ni a eso, que se llamaba así. Era un buen amigo —le comentó, intentando no pensar en lo que vendría a continuación.

—Y, ¿qué pasó? —le pidió intrigado queriendo saber más de ella.

—Pues..., que yo no estaba preparada para tener ninguna relación sexual, ni con él, ni con ningún otro hombre. Un hombre me hizo daño cuando era joven y fue el motivo por el que no pude seguir con él.

Justo en ese preciso instante, entró él y escuchó la conversación. Cuando la vio, le encantó que fuese ella. Aún inocente, pero más bella de cómo la recordaba. Un cuerpo escultural y más mujer. Y, además, se había enterado del porqué de su ruptura.

—Acércate, Bernat. Ella es Paula. Es mi amiga especial y, por lo tanto, recibirá de tu parte, lo mejor. Él te desnudará. Hazlo despacio, por favor. Yo estaré aquí, justo detrás de ti. Inclínate hacia mí. Cuando quieras puedes empezar. Voy a mirar cómo disfrutas y os guiaré.

Paula tembló cuando empezó a quitarle la ropa. Primero, la camisa, después le bajó la falda con suma delicadeza, casi sin rozar la piel.

—¿Estás bien, Paula? —le preguntó Giorgio al verla temblorosa.

—Sí —respondió, a secas, intentando, a la vez, respirar con normalidad, pues su corazón había empezado a latir más rápido.

—Quiero que le desabroches el sujetador y le lamas los pechos, suavemente. Los pezones, solo, rózalos.

Al escuchar a Giorgio dar las indicaciones, ella enrojeció. «Oh, cómo me gusta. Sus labios húmedos en mis pechos, y un aroma a… ¿A qué me recuerda?».

—Ahora, quiero que le bajes y le quites el tanga. Gírate hacia mí, Paula. *¿Vista*, Bernat, qué culo más redondo y firme tiene?

Mientras, Giorgio se sacaba su pene. Hacía que Paula se inclinase hacia él y lo tomase en su boca. A su otro *partner*, a los pocos instantes, le ordenó que le acariciase el culo y el clítoris. Bernat se arrodilló y siguió sus instrucciones.

—Mmm… —gimió ella ya entregada al placer.

Giorgio se dio cuenta cómo le gustaba.

—Bernat, ¿por qué no dices nada? —preguntó Paula, pues aún no había oído su voz.

—Le he dicho que no lo haga —contestó en el acto Giorgio—. Él, en esta sesión, obedece mis órdenes. *Fa parte del gioco*. Ahora, Bernat deberías separarle bien las piernas, creo que ya debe estar lo suficientemente húmeda.

—¡Oh, sí! —gimió ella, totalmente expuesta.

—Ahora te penetrará poco a poco hasta el fondo. Ya verás cómo te gusta. Bernat asintió, a la vez que pensó como el destino caprichoso se había cruzado en sus vidas y por fin, podría gozar de Paula. «¿Cuántas veces había soñado con ella?». No la pudo odiar, pero tampoco la olvidó.

Le apuntó el pene, en su más que abierto sexo, y cada vez más adentro y con ello, las embestidas se volvieron más intensas.

—¿Disfrutas, *lady*? —preguntó Giorgio, con ansias de que Paula tuviese una buena sesión —. ¿Lo quieres más fuerte?

—Sí, sí, un poco más —contestó, llena de deseo.

—Ya la has oído. *I più forti, più profondo*. Quiero oírla gritar con más ganas, ya me entiendes, Bernat.

El sudor le empapaba la piel. Se notaba tan mojada y caliente que, el miembro de este le resbalaba dentro de su sexo como la seda. Se le iban escapando gritos y gemidos de placer a medida que llegaba al final. Entraba tan a dentro que casi no podía soportar su delirio.

Se esforzó en mantenerse firme y evitar caerse con sus embestidas. Se balanceó, se contrajo, vibró toda ella y a punto para el orgasmo, completamente excitada y sin poder parar de poner y quitar el pene de Giorgio de su boca. En algún momento perdió la cabeza, los instintos más primitivos se imponían, y su cuerpo era el único que mandaba. No pudo centrarse en nada más; solo en la necesidad de ser follada.

—¡Qué bueno es esto! —exclamó totalmente entregada—. ¡Ya no aguanto más!

—Claro que sí. Espera —le ordenó Giorgio, quien pidió a Bernat que se fuese, con un simple gesto de cabeza.

Una vez se salió de la estancia, Giorgio la poseyó, no sin antes ponerse un preservativo, y sin apenas esfuerzo, llegaron juntos a la cima del placer.

Cuando las respiraciones se equilibraron y se suavizaron, la cogió de la cara, le retiró con mimo la máscara, y le dio un beso en los labios.

—¡Paula, oh mi *lady* Paula! —exclamó, mientras la abrazaba.

—¡Guau! —gritó ella, aún con el pelo alborotado, las mejillas sonrosadas y los ojos brillantes.

—Has estado fantástica —comentó él—. Sumamente encantadora, sexy y predispuesta.

Giorgio le apartó de la cara el pelo húmedo, y le pasó los dedos por su rostro, casi con veneración. La miró, estudiándola, de forma especial. Quedó atónito y agradecido con sus cálidos ojos. Ella le sonrió aturdida, y eufórica a su vez.

—No me gustaría romper este momento tan especial… —le susurró Giorgio.

—¿Pero? —preguntó ella.

—He de irme. Me esperan.

Ella solo asintió. No deseaba preguntarle nada. Quizá le haría daño saber que se iba a otra habitación para satisfacer a otra mujer. Se separó de él, despacio, mordiéndose el labio.

—Espera un momento —dijo mientras iba en busca de una toalla con la que le limpió entre las piernas con delicadeza. Era un acto sumamente íntimo, que ya habían compartido las dos veces anteriores, pero aún esa vez, para ella no dejaba de ser sensual y erótico en sí mismo.

Capítulo 19

Mayo.
El pasado siempre vuelve. A veces para bien.

Paula tomó una ducha rápida y al salir, se encontró a Bernat, a su Bernat, sentado en la barra.

«No ha cambiado tanto», pensó en su interior, cuando lo vio. Continuaba con los cabellos negros muy cortos; con los labios grandes que tanto le habían fascinado. Aunque no llevaba gafas, aún mantenía aquel aire de científico despistado. Sus facciones se mostraban más marcadas. Más maduro y más hombre. Vestía una camiseta blanca y unos tejanos. «Está realmente atractivo», concluyó para sí.

—¿Eras tú? —preguntó, aún incrédula, cuando se le acercó.

—Sí, era yo —respondió él, entre una sonrisa tímida y pícara.

—Me alegro. No sé por qué, pero lo intuí… ha sido tu perfume. Aunque ahora mismo aún estoy sorprendida. Lo cierto es que no me lo esperaba. —Se ruborizó un poco y puso las manos en la cara.

—Lo imagino. Yo tampoco me esperaba encontrarte aquí, o, mejor dicho, en un lugar como este.

Por un instante, se miraron a los ojos. Unos ojos que, en otro tiempo, se habían buscado y mirado con devoción.

—Ya ves. Perdona, ¿qué te apetece tomar? —preguntó él.

—Tomaré primero, agua que tengo sed, y después, un mojito, gracias —respondió.

El camarero le sirvió, y cuando se apartó, preguntó después de dar un buen sorbo a su vaso:

—¿Qué es de tu vida?

—Pues no hay mucho que contar. Trabajo de químico en una empresa farmacéutica en Granollers y, de vez en cuando, me dejo caer por aquí. Y ¿tú?

—Yo en un bufete de abogados aquí en Barcelona. Hace unas semanas vine con una amiga y, desde entonces, con esta han sido tres veces. ¡Dios mío, dicho así, suena un poco mal!

—Si te consuela, yo he venido unas cuantas más —comentó riendo abiertamente.

—Me alegro ver que estás bien —se sinceró Paula, aún anonadada por este inesperado reencuentro.

—Y yo. Te tengo que decir que he oído la conversación previa a la sesión, en la que hablabas de mí con Giorgio.

—¡Ostras! Es así. No estaba preparada y no fue culpa tuya. Tampoco sabía qué decirte. Era joven e inexperta...

—Aunque me dijiste que no era culpa mía, no me lo podía creer. Pensaba que había ido demasiado rápido… No sé. Pero bueno, ya es pasado y ahora, sé la verdad.

—No quería hacerte daño, en serio. Fuimos tan amigos, que acabar de aquella forma me dolió muchísimo.

—Y a mí. Pero mira donde estamos —le dijo.

Los dos asintieron, y confirmaron que ese encuentro, aunque inesperado y un poco extraño, había sido fantástico para los dos.

—Amigos —dijeron fundiéndose en un gran abrazo y dándose un beso en los labios.

Mientras tomaban sus copas, continuaban conversando sobre sus vidas. Sabía que el trabajo

lo mantenía ocupado y que no tenía pareja.

—Aún soy joven. Ya habrá tiempo —le dijo sonriendo.

—Claro —respondió Paula, pensando que a los chicos el tiempo para formar una familia era más largo que para ellas. Tampoco ella aún pensaba en ello; al menos en un futuro inmediato.

Capítulo 20

Junio.
¿Existen las almas gemelas? Quizás sea él.

Al entrar por la puerta, Olga le comentó que el señor Capdevila, quería que fuese enseguida a su despacho.

—¿Sabes por qué? —preguntó, mientras iba deshaciéndose de los botones de su americana de primavera, y cogía las cartas que le daba.

—No, pero está con una visita. Supongo que tendrá algo que ver.

—Buenos días. Señor Capdevila, ¿me ha hecho llamar? —preguntó, después de golpear la puerta, no sin antes haber dejado su bolso y sus cosas en la mesa de su despacho.

—Sí, Paula. Entra, por favor. Quería presentarte al señor Marc Comas, un buen amigo.

«Dios mío. El corazón me golpea y mi respiración se acelera. Al momento, me siento mareada. Paralizada, sin más, mirando a ese hombre, mientras él, a su vez, me mira. Viste una camisa blanca impoluta, abierta por dos botones que deja ver un poco el vello de su pecho y unos pantalones de color gris oscuro, que le sientan de forma seductora sobre las caderas. Al verlo de cerca, se me seca en un segundo la boca», pensó.

Marc era alto y amplio de hombros. Llevaba el cabello negro y bastante corto, aunque se le marcaban algunos rizos, en la parte alta de la cabeza. Los ojos verdes, brillantes e intensos, se clavaban en los suyos. Estaba ligeramente bronceado. Una barba de un par de días. A medida que se aproximaba para saludarla, sintió su olor a ropa recién lavada y a un gel caro. Embriagador. Ella, inconscientemente, lo inhaló.

—Hola, mucho gusto de conocerlo —saludó Paula, mientras le estrechaba la mano.

—Gracias. El placer es mío.

«Es guapísima», pensó él y se tensó de la cabeza a los pies. Una mirada curiosa apareció en el rostro de ella. La miró fijamente a los ojos y por un momento, o puede que, durante una eternidad, ella le mantuvo la mirada, inquieta y ardiente, que al final, bajó y centró su atención en su boca. El labio superior era más fino, mientras que el inferior era grueso y rosado. Marc, por un momento, deseó sentir esos labios sobre los suyos.

—Siéntate, Paula. Te he avisado porque quiero que te encargues, personalmente, del caso de Marc. Es un tema, digamos, un poco complejo y enrevesado —comentó el señor Capdevila, a la vez que señalaba la butaca de cuero marrón a su lado.

—Más bien, yo diría, complejo y personal —corroboró él—. Además, estoy muy contento de que pueda ser mi abogada. Su reputación le precede.

—Gracias, pero ya sabe que en este mundo no todo es blanco o negro.

—Evidentemente —respondió asintiendo, con una leve inclinación de cabeza.

El señor Capdevila había sido su mentor y como un segundo padre para Paula. Hacía un par de años que estaba apartado del despacho, justo cuando enviudó y en aquellos momentos, dedicaba el día a pasear, leer y hablar con los amigos, pero, aun así, se pasaba por el bufete casi cada mañana, aunque solo fuese para saludarlos, y de cuando en cuando, recibía la visita de un antiguo cliente, o de algún amigo, como era el caso de Marc Comas.

—Con su padre, Gabriel, tuve una gran amistad —aclaró antes de dar inicio al asunto que lo había llevado hasta allí.

Más tarde, ya a solas y con calma, le explicó que había muerto hacía diez años en un accidente de coche, junto a su mujer. Un conductor ebrio, que también falleció en el acto, chocó frontalmente con ellos. La hermana de Marc, Carol, salió ilesa y por suerte, él no iba en el coche. Fue un golpe muy duro para los dos que quedaron de pronto solos y huérfanos. Carol, además, precisó, durante cierto tiempo, de tratamiento psicológico. Desde entonces, Marc se había ocupado de dirigir el negocio familiar, tres galerías de tiendas; mientras, su hermana estaba acabando el último curso de Magisterio en Girona. Vivían en Platja d'Aro, en la Costa Brava, junto con Emi, la sirvienta que había cuidado de ellos toda la vida.

Los tres hablaban del asunto que le concernía y que lo había llevado a su despacho. A medida que pasaba el rato y entraban en el meollo del tema, Paula se dio cuenta de que, además de un caso difícil, intuía que sería complicado por la posible implicación de personas cercanas a la empresa y a su cliente.

Capítulo 21

Junio.

Soy profesional en mi trabajo. Responsable y seria. Esta es mi imagen. Todo bajo control.

Mientras conversaban, Paula tomó notas en su bloc con la estilográfica que le había ofrecido el señor Capdevila, con una letra pequeña y apretada; donde de vez en cuando aparecía algún arco e inclinada hacia la izquierda. Olga les sirvió un café a cada uno.

Por su parte, él le explicó que su negocio, lo conformaban tres centros comerciales: uno, en Girona, otro, en Barcelona y en Platja d'Aro.

—Bien. Mi persona de confianza y mano derecha es Josep Vilanova. Tiene cincuenta y tres años y es economista. Después está Yolanda Esteban, la directora comercial, que es quien se encarga de la sección de compras. Roser Cros es la directora de marketing y publicidad; Ricard Mateo, el de recursos humanos y Claude Blume, director de calidad. Los seis formamos la junta directiva, el núcleo duro del negocio y todos ellos ya trabajaban con mi padre.

Paula, asintió, mientras lo anotaba.

—Actualmente, en todo el grupo, trabajan cerca de doscientas personas. Además, nos ayudamos de cargos intermedios en los distintos departamentos, y de algunas empresas externas, como la de transporte o la de limpieza.

—De acuerdo, y así…

—Las galerías siempre han sido solventes. Así me lo había dicho mi padre y lo pude constatar cuando empecé a dirigirlo. Por lo que se refiere a las de Platja d'Aro y de Girona no presentan problemas y siguen una línea de equilibrio económico, la de Barcelona, desde hace un par de años, presenta pérdidas. No sabía la razón, pero no me parecía normal. Así que he comprobado más detenidamente las cuentas de los últimos tres años, y no cuadran.

—Es por lo que ha venido a pedirnos consejo —aclaró el señor Capdevila—. Debemos ser cautelosos antes de dar la voz de alerta, por una posible falsificación y saber quién puede haber hecho algo así —apuntó él.

—Así es. —Asintió Marc con verdadera cara de preocupación—. Además, yo no soy experto en finanzas y quiero estar seguro de todo ello.

El señor Capdevila expuso que, en un primer momento, él mismo le había aconsejado que estuviera más atento a los comprobantes de compras y de ventas. Así, antes de que Paula llegase le había dicho que había un descuadre en lo que entraba en el almacén central con lo que se distribuía por las diferentes tiendas de ropa; pero se veía que eso no sucedía en los restaurantes y bares de la cadena, como se temían en un primer momento, y en concreto, era en los comercios de Galeries Blaves de Barcelona.

Marc, que estaba atento a la explicación que hacía el señor Capdevila, tomó de nuevo la palabra para acabar de completarla.

—Exacto. Cuando hablé del tema con el encargado, este no me supo dar explicación clara al respecto y eso que hace más de veinte años que trabaja en la empresa. Lo cierto es que se sorprendió al ver los albaranes de los paquetes y cajas, de entrada y de salida, que le mostré. Además, en varios de ellos, reconoció que no era su firma sino una burda imitación. Le pedí discreción y confidencialidad al respecto y me prometió ser más cauteloso con los distintos transportistas que distribuyen el género.

Paula volvió a asentir, mientras giró la hoja de papel para continuar anotando.

—Eso hubiera sido lo de menos —dijo él, prosiguiendo la conversación—. Pero, hace tres días, en uno de los controles rutinarios que hizo en uno de los camiones, se encontró con una bolsa de droga, cocaína, para ser exactos, escondida en medio de las cajas.

—¡Dios mío! —exclamó Paula, levantando la vista del bloc y clavándola en Marc.

—Y, para colmo, fue sorprendido por el transportista. Un hombre de origen rumano, alto y fuerte, de mediana edad, quién le propinó una paliza, que lo ha dejado malherido.

—¡Dios mío! Y ¿cómo se encuentra? —preguntó Paula con verdadera preocupación.

—En el hospital, en observación, pues se dio un golpe en la cabeza al caer y perdió el conocimiento; además tiene contusiones por todo el cuerpo, el labio partido, diez puntos de sutura en la cabeza y la nariz, dos dientes y varias costillas rotas.

—¿Supongo que hablasteis con la empresa de transporte? —preguntó Paula, como sugerencia.

—Sí. Hablé con Juan Carlos Mercader, el director. Trabajamos con su empresa desde hace años y nunca habíamos tenido ningún incidente y mucho menos de este tipo. Está sorprendido y anonadado por la situación y me ha dicho que está a nuestra disposición para cualquier cosa que necesitemos. Me mandó la ficha del tío este y una foto que la tenéis junto a la documentación que os he traído, además de la denuncia que hice personalmente a los mossos d'esquadra de Sants, tanto por el tema de la droga como por la agresión.

—Así pues, entiendo que aún no lo han cogido —aclaró ella.

—No. Creen que puede haberse ido a Rumanía. Dejó el camión abandonado aquí en Barcelona; presumen que huyó en su coche particular que encontraron en la frontera y suponen que allí lo esperaba alguien que lo está ayudando en su huida.

—¿Sabes si ya han cursado la orden de busca y captura? —cuestionó ella, mirándolo a los ojos, y sintiéndose un poco acomplejada.

—Sí. Ayer, cuando llamé para saber si había más novedades, me dijeron que la habían tramitado anteayer —respondió Marc, de forma decidida y contundente—. Además de investigar quién podría ser el receptor de la droga; justo hoy, hay dos policías que trabajan en Galeries Blaves de Barcelona, de incógnito, y otro, en el almacén central.

—Claro. Y, ¿les has comentado que venías a vernos? ¿Qué te han aconsejado? —le volvió a preguntar Paula, intentando, conocer todos y cada uno de los detalles, para decidir qué hacer y cómo actuar. No quería precipitarse.

Marc, a su vez, se mostró satisfecho por la profesionalidad de ella.

—Sí. Les dije que, particularmente, lo que más me urge es la salud y el bienestar de mi encargado y después, supervisar todo el proceso de distribución de la empresa. Me han comentado que os conocen y sabréis cómo proceder. Tanto el inspector como el sargento me han dado sus contactos, que aquí tenéis. —Les dio unas tarjetas.

Aún hablaron y comentaron sobre el asunto durante media hora más. Al final, Paula, le propuso, y así se le había dicho que, al día siguiente, con Guillermo, su ayudante, empezarían a revisar toda la información que les había llevado, que no era poca, y lo llamarían en unos días.

A lo largo de las dos horas que había durado la visita, se habían mirado, se habían observado e incluso se sonrieron. Aun habiendo un asunto complicado en medio, entre ellos hubo complicidad y química, y cuando se despidieron, lo hicieron con dos besos en la mejilla.

Capítulo 22

Junio.
No me lo creo.

Como intentaba hacer a diario, Paula, dejó sus problemas y preocupaciones fuera, para centrarse en el trabajo. Intentaba ir sonriendo y con positividad.

—¿Flores, para mí? ¿Quién las ha traído? —preguntó extrañada, cuando Olga le dijo que tenía un ramo de flores para ella.

—Un repartidor, justo hace cinco minutos. Tendrás que abrir la tarjeta —le dijo Olga, ofreciéndosela.

Mientras lo hacía, le vino a la mente Bernat. No sabía por qué, pero había pensado en él. En su época universitaria había sido muy detallista. Pero, no.

—Es del señor Comas —afirmó en voz alta.

—¡Huy, huy! Es un hombre muy guapo y atractivo —dijo la secretaria—. Ojalá a mí también me enviaran flores como estas. Son preciosas.

—Venga ya, si tienes un sinfín de amigos; pero la verdad es que es un ramo muy bonito, ¿no crees?

—Sí que lo es. Y, ¿no te dice nada más?

—Creo que quieres saber demasiado. —Le guiñó el ojo—. Me invita a comer, pero hoy no podrá ser. Llámalo, por favor, pásame la llamada a mi despacho. Y, ¿me traerás un jarrón cuando tengas un momento?

Paula se fue con el ramo. Dejó su maletín encima de la mesa y se quitó la americana. Justo cuando la colgó en el perchero, Olga le pasó la llamada. Se sentó cómodamente en su butaca para atenderla.

—Gracias por las flores, pero no era necesario.

…

—Si te venía en gana, no soy nadie para no aceptarlas. Son muy bonitas.

…

—Hoy, no puedo. Tengo un juicio a última hora y no sé cuánto voy a tardar. Mejor otro día.

…

—De acuerdo. El próximo miércoles, en principio, me va bien —confirmó, anotándolo en su agenda.

…

—Sí. Lo conozco. ¿A las dos es buena hora?

…

—Perfecto. Quedamos así. Si surge algún imprevisto nos llamamos.

…

—Adiós y gracias de nuevo.

Cuando colgó, con cuidado puso las flores en el jarrón. Las arregló y lo colocó en una esquina de su mesa. No podía dejar de mirarlas. Se conectó en Internet para intentar conocer más cosas de ese hombre que el día anterior la abrumó.

Era miembro de la asociación de empresarios de Girona. Miembro de la Cámara de Comercio. Participaba en diferentes juntas, entre ellas, las de una Fundación para discapacitados.

«Una parte social», pensó.

Hacía dos años fue galardonado como joven empresario del año.

Si iba a registros anteriores, encontró noticias del accidente y muerte de sus padres.

Curioseó en su *Facebook* y… ¡sorpresa! Ponía que mantenía una relación. Observó las fotografías. Había algunas con su hermana, con amigos y también con una chica bonita, con un cuerpo de infarto. «Debe ser esta», pensó para sí. De golpe, le vino una punzada de celos. «¿Por qué? Total, es solo un cliente que acaba de invitarme a una comida».

El trabajo la mantuvo ocupada todo el día. Aun así, no pudo evitar pensar en él de vez en cuando, sobre todo, cuando todo aquel que pasaba por su despacho, reparaba en las flores, y le preguntaba si había un motivo de celebración, a lo que ella respondía con un simple: un regalo de un cliente satisfecho.

Por la noche, en su casa, mientras con Alex preparaban la cena, le comentó el regalo y la invitación. A la vez, que le explicaba lo que ha averiguado sobre él.

—Paula, si te vieras cómo de brillantes se te ponen los ojos cuando hablas de este tío… ¡Venga, enséñame una fotografía! ¡Quiero ver cómo es!

Paula, cogió su portátil, lo abrió y se conectó al *Facebook*.

—¡Está como un tren! —exclamó Alex cuando lo vio.

—La verdad es que en persona es más atractivo. Las fotos no le hacen justicia. Además, es muy simpático y atento. Me cayó bien enseguida. Pero está ocupado. Tiene novia.

—¿Y? —preguntó Alex, como si nada.

—Yo no sería capaz de ponerme en medio de ninguna relación, ya me conoces. Y mira cómo de guapa es ella. No podría competir con alguien así.

—Tú también lo eres. Pero, aparte de joven, parece un poco estirada, ¿no? —comentó mirando más detenidamente una fotografía—. Y vete a saber, como están las cosas entre ellos…

Paula asintió. De momento, era solo un cliente que la había invitado a una comida.

—Ven, vamos a tu habitación, y te ayudo a escoger algo de ropa para la ocasión —dijo su amiga, mientras, tiraba de ella para que se levantase de la silla.

—¡Alex! Si aún quedan días y quiero ir como voy siempre. No quiero nada especial. Ya te he dicho que solo es una comida —rebatió un poco descentrada y alterada.

—Claro, Paula, pero me gustaría encontrar algún complemento sexy, de aquellos que no se notan, pero están ahí. Si es, como creo que es, se va a dar cuenta.

Las dos pasaron un buen rato, mirando diferentes opciones, entre collares, pendientes y pañuelos. Al final, Alexandra encontró lo que buscaba y a su vez, Paula lo consideró idóneo. Su amiga tenía buen gusto y conocía sus preferencias clásicas y más, en el trabajo.

Capítulo 23

Junio.
Nacida para el placer. No para amar.

—Paula, me estás derritiendo, ¿lo sabes? ¿Lo haces a propósito?

Ella buscaba dentro de sus calzoncillos negros, tipo bóxer de Calvin Klein. Le cogió el pene con la mano, mientras le ofrecía los labios para besarlo. Él la complacía con un beso intenso que la dejó sin respiración. Se había vestido sexy. El día anterior, Alex le trajo un vestido camisero de seda, estampado con grandes flores y sin mangas, que con las sandalias de cuña que se compró el otro día, le quedaba de fábula.

Se arrodilló sobre la moqueta y le bajó los pantalones, lo suficiente para acceder a lo que le interesaba, al tiempo que él gemía.

—Paula, ¿qué estás…?

Lady Paula, puso sus labios en su gran miembro y empezó a besarlo y succionarlo con delicadeza. Giorgio, al poco rato, empezó a gemir, sujetándose en la esquina de la mesa, con tanta fuerza que los nudos de sus dedos se le pusieron blancos.

—¡Así, así! —pidió mientras le pasaba el dedo por la mejilla.

Excitada por aquella orden, le deslizó la lengua por la parte inferior del pene y se estremeció de gusto cuando salió líquido preseminal. Lo cogió por la base del tronco con una mano, y empezó a chupar rítmicamente.

—¡Oh, *mio Diei*, Paula… qué boca! Así, así, con fuerza —pidió lanzando un sonido teñido de una dulce agonía.

Ella se ruborizó al verlo gozar, de aquella forma, mientras él le cogía la cabeza con las manos, tirándole de los cabellos, que llevaba recogidos en una coleta. Le encantaba la ternura con que había empezado y, como aquel sexo oral, se iba haciendo más duro y fuerte a medida que el deseo aumentaba.

Paula se volvió más ávida, dominante y poderosa. Movió la cabeza de arriba a abajo, mientras lo complacía, masturbándolo con una mano, a la vez que le chupaba y le acariciaba el glande con la boca. A Giorgio se le marcaban las venas a lo largo del pene y ella, se las lamía, una a una.

Aunque estaba incómoda de rodillas, no le importaba, viendo a Giorgio, que tenía la cabeza tirada un poco hacia atrás, procurando respirar cogiendo aire entre gemidos.

Al poco rato, notó como a él se le empezaba a sacudir todo el cuerpo, y que de su pecho salía un ronroneo.

—¡Paula! ¡Qué bien lo haces! —dijo mientras le sujetaba la cabeza para que estuviese más quieta y asumir el control de los movimientos.

Le gustaba la imagen que proyectaban: Giorgio, con toda la urbana sofisticación que le envolvía, se hallaba justo al lado de la mesa, desde donde dirigía su negocio, y ella, vestida, metiendo y sacando su pene de su boca.

Paula, con sus manos, le cogió con fuerza el culo y utilizó frenéticamente los labios y la lengua, en un irresistible intento de hacerle llegar al orgasmo. Le agarró los testículos, grandes y cargados, acariciándolos con dulces besos, notando como se endurecían y se preparaban para el asalto final.

—¡Ay, Paula! —exclamó, a la vez que la sujetaba con más fuerza de su pelo—. Me obligas a correrme…

El flujo de semen era tan espeso que Paula lo engulló con dificultad. Inmerso en su placer, Giorgio le hundió su pene hasta el fondo de su boca, vibrando. Le lloraban los ojos y los pulmones quemaban, pero Paula continuaba bombeando con las manos, para exprimirlo al máximo. Él seguía estremeciéndose cuando ella le impulsaba a sacar hasta la última gota, a la vez que sus gemidos y sus elogios eran los sonidos más gratificantes para ella.

Al acabar, Paula constató como su miembro aún se mantenía bastante erecto y firme. «Seguro que aún sería capaz de follar de nuevo», pensó para sí.

Hacía días que ella pensaba que deseaba hacer aquello por él. Por ellos. Por ella misma. Necesitaba estar segura de que podía permitirse una práctica sexual desinteresada sin sentir que se aprovechaban de ella; fuera de las connotaciones tradicionales del patriarcado en la que había sido educada, no solo ella, sino también su familia por muy liberal que se considerasen. En ese sentido, los valores de la base del respeto, de la sumisión y de la docilidad de las mujeres ante los hombres, empezaba a desmoronarse.

—He de marchar —comentó seria Paula—. Espero y deseo que acabes bien la noche.

—Paula, *attesa*...

Giorgio la atrajo hacia sí y la besó, mientras le quitaba el coletero del cabello, dejando su melena libre.

—Yo no he hecho nada por ti… —dijo él, mientras cogía una toalla húmeda, para limpiarse.

—Ni falta que hace. Ha estado bien así —respondió ella.

—¿*Sicuro*? —preguntó él atónito por el comportamiento y actitud de Paula.

—Seguro —afirmó recogiendo sus cosas.

—Sabes…, hace tiempo que no experimentaba lo que siento estando contigo, mi *lady* Paula.

—Me alegro por ti, pero ya conoces nuestro acuerdo —respondió intentando no pensar en más allá del tipo de relación que tenían.

—Sí, lo recuerdo, pero…

—Nada de peros. Sexo y placer —dijo Paula, mientras se iba.

Giorgio quedó paralizado y confuso cuando se encontró ya solo. Aquella mujer le hacía sentir sensaciones nuevas y otras, medio olvidadas. Solo con Vicky recordaba haber tenido aquellas palpitaciones; aquellas mariposas en el estómago; aquella sensación de bienestar y ensimismamiento todo el día y la sonrisa en los labios permanentemente como la tenía él en esos últimos días.

Capítulo 24

Junio.
Me gusta. Podría acabar enamorándome de él. Quizá.

La esperaba en el aparcamiento del restaurante, apoyado en su flamante coche, con su impecable traje azul a medida, perfectamente encajado sobre la reluciente camisa blanca y sin corbata.

Los días posteriores a su visita al despacho, le había sido imposible no pensar en Marc, y tanto Olga como Guillermo lo habían notado y para ella aquello era alarmante, pues nadie, hasta aquel momento, le había hecho perder el sueño y sentirse embobada como se sentía entonces.

Se saludaron con afecto, mientras se daban dos besos.

—Entremos —propuso, agarrándola por la cintura.

Se dio cuenta de que era un cliente habitual cuando el *maître* lo saludó con naturalidad y confianza. Además, no habían tenido que esperar, los habían acompañado hasta una de las mejores mesas del comedor, justo enfrente de un inmenso ventanal donde se apreciaban unas vistas increíbles de Barcelona.

—¿Qué te apetece comer? —le pidió, una vez sentados y ojeó la carta.

—Escoge tú por mí. Me ha parecido que te conoces el lugar —contestó ella, sonriéndole.

—La verdad es que vengo a menudo. Me encanta todo lo que sirven. El entorno es cálido, tranquilo y con una panorámica de la ciudad impresionante.

—Sí, ya me he fijado. Unas vistas fantásticas. —Mientras sus ojos volvían a mirar a través de los cristales.

—A ver qué tenemos hoy… ¿Te gusta el pescado?

—Sí. Me encanta —le respondió.

Marc le dijo que lo tomaba a menudo, ya que no le gustaba tener digestiones pesadas, sobre todo si debía de trabajar por la tarde; además siendo de la costa era parte importante de su dieta.

—Si te parece bien, de entrante, podemos tomar un chupito de salmorejo y una ensalada de pulpo con patata. Y de segundo, lenguado a la plancha con pisto de verduritas —propuso buscando su aprobación.

—¡Perfecto! —Asintió ella, cogiendo la servilleta y colocándosela en el regazo.

Paula lo miró atenta mientras hacía el pedido al *maître*. Era evidente que entendía de cocina, porque especificaba cómo quería exactamente que le sirvieran los platos y pidiendo un determinado vino.

—¿Hay mucho trabajo en el bufete? —preguntó él, recolocándose en la silla e iniciando la conversación

—Sí. La verdad es que sí —respondió ella, con cierta timidez, algo inusual y bebiendo un sorbo de agua de su vaso.

La postura tan relajada de él, combinada con aquella mirada tan intensa, la perturbaban. «Está guapo. Muy guapo. Seguro que se cuida haciendo deporte; el tono de su voz; el olor de su ropa; el reflejo que marca el sol en su cabello. Su sonrisa encantadora, bajo unos ojos melancólicos», pensó.

—¿Por qué te decidiste por el derecho? —preguntó interesado Marc, una vez les sirvieron el entrante que habían escogido.

Ella, por un instante, encogió los hombros. Nadie se lo había preguntado y no estaba segura de qué responderle.

—Creo que todo el mundo esperaba que lo hiciera. No sé si sabes, pero mi madre y mi abuelo, son abogados. No hubo elección —comentó acariciándose el cuello sin darse cuenta.

—¿Eso quiere decir que no era lo que querías estudiar? —cuestionó dubitativo, ante aquella afirmación.

—No. No es eso exactamente. La verdad es que nunca me planteé hacer algo distinto. Crecí entre leyes, normas y casos. No creo que hubiera podido escoger nada mejor, en serio. Y tú, ¿qué estudiaste?

—Hice hasta tercero de Farmacia. Me encantaba. Durante los veranos iba a la farmacia que tiene mi tío en Platja d'Aro y me lo pasaba muy bien ayudándole. Me gustaba cuando teníamos que hacer fórmulas para preparados. Siempre había sido bueno en química y en biología, pero con la muerte de mis padres… supongo que el señor Capdevila te lo habrá explicado.

—Sí y lo siento —respondió, seriamente, volviendo a tocarse el cuello.

—Bien. Pues, después de su muerte, me hice cargo del negocio familiar, que no es poco.

—Tampoco era lo que querías en realidad… —Le hizo ver ella.

—No. Pero ahora que ya llevo cierto tiempo, me he ido adaptando y me gusta lo que hago. Aunque es verdad que unas cosas más que otras —le respondió con una sonrisa clara, que le dejaba ver sus dientes blancos y el hoyuelo en su barbilla.

Paula se interesó por su hermana.

—Carol tiene ahora veintiséis años. Está en el último curso de magisterio. Estoy muy orgulloso de ella. Las cosas no le han sido fáciles, pero ahora está muy bien.

El señor Capdevila también le contó que Carol, con poco más de dieciséis años, viajaba con sus padres aquella fatídica noche y fue la única sobreviviente sin hacerse demasiado daño, al menos físicamente, pero cayó en una depresión; después, en las drogas y malas compañías. Marc tuvo que luchar mucho: primero, para encontrarla, pues se había ido de casa y había estado un tiempo desaparecida, malviviendo en una comuna, cerca de Zaragoza, y después, para sacarla de aquel ambiente, procurándole un centro de desintoxicación y sin moverse de su lado, durante su recuperación cuando salió. Sus palabras hacia Marc Comas cuando le contaba eran de orgullo.

En ese momento, se dio cuenta de que era un hombre pendiente de su familia, en sentido amplio y no solo de su hermana, de quien hablaba con ternura. Un hombre que sentía añoranza por sus padres. Eso le gustaba. Puede que, porque era lo contrario de ella, que se sentía en parte desarraigada y fuera de lugar de la suya. Ignoraba la razón, pero desde que lo vio, supo que Marc era diferente a cuantos hombres conocía.

—Como yo, ¿debes tener poco tiempo libre? —volvió a preguntar Marc.

—Lo cierto es que es así, por lo que cuando lo tengo me encanta estar por casa, en el sofá y, sobre todo, leer.

Ante el asentimiento de Marc, a su respuesta, que denotaba querer saber más. Paula le contó que leía todo tipo de géneros.

—Policíaca, histórica, pero lo cierto es que leo un poco de todo. De un tiempo a esta parte, Alex, mi compañera de piso, me hace salir de copas con su grupo de amigos, y me lo paso bien. Y, ¿tú? Bueno, ya sé que sales con Vanessa Roche.

—Sí. ¿Cómo lo has sabido? —preguntó sorprendido y atónito.

—El señor Google es un gran informador —contestó sonriendo—. Lo siento, es un tema personal y no tenía que haberme referido —dijo poniéndose seria de inmediato.

—No, no. Tranquila, no importa. Nos conocimos hace unos seis meses, en una fiesta de

empresarios. Ella acompañaba a su padre, que es el propietario de la cadena de hoteles SH ROCHE.

—¡Ah, claro! No lo había relacionado.

—Nos presentaron, congeniamos enseguida y los periodistas ya nos han montado una relación, aunque lo cierto es que nos estamos conociendo y hemos salido, juntos, tres o cuatro veces. Su trabajo como modelo la tiene ocupada la mayor parte del tiempo en viajes y desfiles por todas partes.

—Es un mundo complicado, supongo —afirmó Paula.

—Sí. Estoy bien cuando estamos juntos y, por el momento, tampoco me planteo nada más.

Ella bajó la mirada y su cara hacia el plato por miedo a que se delatase el rubor que, de pronto, sentía.

En seguida, hablaron de otros temas. Cuando se despidieron ya fuera del restaurante, Marc le propuso ir al teatro después del verano, al saber que a Paula le gustaba.

—Me encantará —respondió ella, con ilusión.

Marc había quedado prendado de ella. Su elegancia innata, su porte, pero también del halo que desprendía entre animal y algo salvaje y a la vez, cautelosa.

Capítulo 25

Junio.
Encuentros inesperados. Sensaciones.

Paula optó por un vestido negro de satén con transparencias en el escote y en la espalda que le sentaba muy bien. Por la tarde, había ido a la peluquería, donde le habían recogido el pelo a un lado que le permitía llevar unos pendientes largos. Además, la habían maquillado para la ocasión.

—¡Oh! Estás preciosa —dijo Alex cuando la vio, saliendo de su habitación.

—Este vestido me gustó cuando lo vi en tu tienda —comentó sonriéndole.

—A mí también. Es perfecto para ti, y con estos complementos plateados es fantástico. Estarás guapísima en el cóctel. Por cierto, ¿a qué hora te ha dicho el señor Capdevila que te pasaría a recoger?

—Justo ahora —respondió Paula, mientras miraba el reloj—. ¡Ya está aquí! —exclamó cuando sonó el timbre del interfono. Acto seguido, cogió el chal, el bolso de mano, no sin antes responder al aviso.

La esperaba fuera del taxi, alegre como un chiquillo. Vestía un traje oscuro y corbata azul marino. «Muy clásico», pensó ella. Era un hombre elegante y de buen ver a pesar de la edad que tenía. Hacía poco más de una semana le pidió si podía acompañarlo a un acto benéfico de la Fundación, donde colaboraba desde hacía bastante tiempo y que se dedicaba a los niños con discapacidad. Aquel día, le hacían un reconocimiento a sus años de dedicación, y en especial al proyecto Èric, especial para él, donde los niños y jóvenes podían acceder a la práctica y al disfrute de deportes adaptados. Además, en el mismo, estaba prevista la presencia del presidente del gobierno de Catalunya; de diferentes consejeros; personas de cierto renombre en el ámbito social, cultural, político, etc., así como un montón de periodistas y medios de comunicación.

Con más de quinientas personas, el evento tenía lugar en el restaurante Divino, de la cadena de hoteles SH ROCHE, de Barcelona. Según la invitación se trataba de un cóctel de pie.

Paula no se separó del señor Capdevila, quien le presentó a un sinfín de personas. Al cabo de poco rato, los periodistas y personas de la entidad lo reclamaron y ella se refugió en una de las zonas donde servían las bebidas. El camarero le ofreció una copa de cava, mientras miraba a su alrededor y divisó gente conocida como el juez Castro y el fiscal de la Audiencia, Silva; abogados, como Bermúdez, Paco Ortega y Mariona Fontseca; además de escritores, músicos y periodistas.

De pronto, en el fondo de la sala, donde se hallaba la entrada principal, se produjo un cierto alboroto de periodistas y de flashes, pero no sabía exactamente cuál era el motivo. Al poco, fueron entrando de espaldas hacia la sala y vio enfrente a una chica guapísima. «¡Ostras! Es Vanessa, la novia de Marc, y él a su lado, eso sí, un poco más rezagado y con una pose más bien tímida. Lo veo discreto a la hora de dejarse fotografiar, como si hubiera sido una descortesía negarse», pensó para sí.

«Así que, sí que es su novia», se dijo Paula en voz baja, volviéndola a mirar.

—¡Hola! ¿Te han dejado sola? —dijo una voz detrás de ella.

—Bueno. Un poco —contestó ella, con una cordial sonrisa.

—Pues no tendría que ser así. No se deja sola a una mujer tan atractiva y guapa —comentó

en voz grave y una pícara sonrisa.

Paula se fijó en él. Sin duda era atractivo e iba elegantemente vestido con un traje italiano a medida, pero su altivez y arrogancia en su porte, no acababan de agradarle a ella.

—¡Gracias! Pero cuando una acompaña al anfitrión, ya se sabe —le respondió cortésmente.

—¿Te puedo invitar a otra copa? Por cierto, me llamo, Enrique Pérez-Navarro.

—De acuerdo —contestó ella—. Yo Paula, Paula Prat. —Mientras se giró de nuevo hacia la sala, donde estaban Vanessa y Marc. Se fijó en ella, en medio de un montón de gente, pero a él ya no lo vio. El señor Capdevila estaba cerca de la tarima, hablando con la presidenta de la Fundación; seguramente, ultimando detalles de su discurso. El presidente aún no había llegado.

—Soy neurólogo y miembro de la junta en la Fundación —le comentó con la altivez que Paula percató cuando se había presentado.

Ella, ante aquella afirmación, no pudo dejar de contestarle con cierta sorna:

—Pues yo soy abogada en el despacho del homenajeado.

—Qué interesante… —respondió este, ya cautivado por aquella mujer.

Un grupo de personas que estaban cerca de ellos, reclamaban la presencia del señor Enrique Pérez-Navarro y ella se alejó hacia la izquierda, donde un gran ventanal de puerta corredera, abierta, daba a la terraza y a su vez, a un gran jardín. Marc estaba allí, de pie, con una copa en la mano, mirándola.

Ella le sonrió, mientras se le acercaba. Estaba tan atractivo con su traje negro brillante, de satén, camisa blanca y una corbata en tonos grises.

Se saludaron con dos besos.

—¡Qué sorpresa! No sabía que te encontraría aquí —comentó él.

—He venido con el señor Capdevila, pues su hijo a última hora no ha podido acompañarlo. Jordi Majó ha dicho que vendría más tarde, pero aún no lo he visto.

—Es cierto. A mí también me invitó expresamente. Por cierto, estás guapísima… —dijo mientras la miraba de nuevo de arriba abajo.

—Tu novia sí que es guapa —comentó acto seguido Paula, mientras dirigía su mirada curiosa hacia ella.

Se fijó que llevaba un vestido de pedrería ceñido y largo hasta los pies. Además de un recogido suelto y un maquillaje en tonos grises. Complementaba el conjunto con un bolsito de mano, de color turquesa, que le daba el toque de color. Diferente y extremado.

—Vanessa lo es. Y también es buena persona. Lástima que le gusten tanto los flashes —dijo él, casi en un susurro.

—Es lo que conlleva el éxito y la fama, ¿no? —comentó Paula, con cierto desaire, pues no quería que se le delatase su intriga.

—En parte, sí. Pero a mí me cuesta bastante, la verdad. Odio que me saquen fotografías. —Le dedicó un guiño de complicidad, que a ella le hizo sonreír.

—¿Me dijiste que hacía medio año que estabais saliendo? —preguntó.

—Sí, un poco más de medio año, aunque hemos salido poco. Y, tú, ¿no sales con nadie?

—No —respondió ella, rápidamente—. Aún no ha llegado el hombre de mi vida.

—¿No? Dime, ¿cómo habría de ser? ¿Cómo el neurólogo con quien antes hablabas? —preguntó sin más.

—¿Lo conoces? —Estaba intrigada—. Pero la verdad es que no lo sé. Espero que cuando lo encuentre lo sepa —continuó con una sonrisa transparente.

—Pues te recomendaría que no te fijaras en Enrique Pérez-Navarro. Es un don Juan. Le gustan las mujeres, especialmente, si son jóvenes y guapas —dijo, haciéndole un nuevo guiño.

—Lo tendré en cuenta. Creo que sabré defenderme sola —comentó con alegría.

—¡Marc, querido! Te estaba buscando. —Escucharon una voz detrás de él.

—Pues estaba aquí, saludando a Paula, mi abogada. Paula, te presento a Vanessa —dijo volviéndose serio y con formalidad.

—Hola —saludó Vanessa, con indiferencia y sin reparar casi en ella—. Ven que quiero presentarte al director de la revista Vogue, y me acaban de comentar que justo ahora está por llegar el presidente.

—Discúlpanos, Paula —se excusó, mientras, ella lo estiraba de la mano—. Ya hablaremos.

Había sido un acto magnífico. El señor Capdevila pronunció un discurso que había hecho aflorar las lágrimas a más de uno, y el presidente le había entregado una escultura en reconocimiento a su labor.

Antes, durante y después no había parado de recibir felicitaciones del gran número de asistentes. «Se lo merece», pensó ella.

Durante el ágape, también había visto a Marc, atento y cariñoso, con Vanessa, aunque un par de veces, sus miradas se habían encontrado y se habían sonreído. No sabía por qué le habían venido sentimientos contrapuestos, de celos y atracción.

Capítulo 26

Junio.
Sexo para olvidar. Placer inmediato.

A mitad del cóctel, él se le acercó.

—¿Tú, aquí? —preguntó Paula sorprendida y se dieron un par de besos a modo de saludo.

—Sí. He sido invitado. Además, soy socio de la fundación. ¿*Perché strano*?

—No lo sé. No me casa con tu perfil —contestó Paula.

—Ah, y ¿qué perfil tendría que tener? —preguntó, poniéndose serio, con las manos en los bolsillos de los pantalones.

—No, nada. No te enfades. Solo que no te esperaba. Nada más —se excusó.

Giorgio también iba elegantemente vestido con un traje gris claro, una camisa negra y una pajarita clara de tonos azulados que le sentaba de maravilla.

—Hola, Giorgio. —Una voz que se acercaba a ellos, reclamando su atención.

—¡Hey, Gustavo! ¿*Come stai*? —saludó con una sonrisa abierta.

—*Bene ¿e tu?* —le preguntó mientras lo abrazaba.

—*Si vede, perfettamente*. *Vedere*, te presento a mi amiga Paula. Paula Prat, abogada.

—Hola, ¿qué tal? —dijo Gustavo, cogiéndole la mano para besarla.

—Eres todo un *gentleman* —alabó Giorgio, mientras lo volvía a abrazar—. Paula, este es uno de los mejores amigos que tengo en Barcelona.

—*Anche tu, lo sai*. Os dejo —se despidió dirigiéndose a Giorgio—. He venido con Ruth y espera que le lleve una copa de cava. Mañana te llamo y quedamos.

Cuando se fue, los dos tomaron un par de canapés. El catering era excelente. Y el cava era servido en copa de cristal de Bohemia.

—¿De qué os conocéis? —preguntó Paula, con relativa intriga, cuando ya se había alejado de donde ellos se encontraban.

—Gustavo es uno de los mejores diseñadores que conozco. Vino a Milán a hacer las prácticas en diseño de moda y nos conocimos. De eso ya hace más de quince años.

Giorgio le comentó que era uno de los mejores diseñadores de moda para la firma de Máximo Dutti.

—Y ¿lo conoces de comprar allí o de… ya sabes? —le pidió de nuevo intrigada.

—¡No, Paula! No te creerás que solo vivo del local, ¿no? A veces, me encanta esta inocencia tuya. Que sepas que estás delante de un gran empresario. Es cierto, que no te lo he contado. ¿Conoces la firma Vittorio Martinelli?

—Es la marca de moda de hombre, ¿no? —respondió ella. Aun sabiendo poco de tendencias de ropa, sí que había oído el nombre—. Y, ¿qué relación tiene contigo?

—Pues que Vittorio Martinelli era mi padre —afirmó él, en un tono serio.

—¡Ostras! No lo sabía y, ¿por qué me dijiste que te llamabas Luca de apellido? —pidió extrañada.

—Porque no me gusta hacerme notar. Prefiero que la gente me conozca por cómo soy y no por quién soy. Luca es el apellido de mi madre.

Paula asintió. En ese instante se había quedado descolocada.

Giorgio le contó que, en Barcelona, se sentía más libre de lo que era en Milán. Allí, no

podía dar un paso sin que tuviera a la prensa detrás de él. Ya había perdido la cuenta de las veces que habían intentado casarlo ni cuantas lo han relacionado con un sinfín de modelos, actrices o presentadoras. Aquí, era simplemente, Giorgio y le gustaba.

—De acuerdo. Para mí también eres Giorgio. Y a mí me gusta lo que sé y conozco de él —dijo mientras le estampaba un beso en la mejilla, en señal de afecto.

—Y tú, Paula, mi *lady* Paula. Ahora mismo te haría mía. *Solo per vedere ben vestita così sexy*, me estás poniendo a cien.

—Venga, Giorgio, no es el momento —dijo seriamente.

—¿*Perché?* ¿Por qué estás en medio de un montón de gente? Nadie se daría cuenta —le susurró al oído.

Una voz conocida la despertó de su ensimismamiento.

—Señor Capdevila, ¿cómo está? —contestó un poco aturdida—. Le presento al señor Giorgio Luca, un amigo.

Los dos hombres se saludaron encajando sus manos.

—¿Es miembro de la fundación o me equivoco? —preguntó, al instante, cuando su mente había reconocido el nombre.

—No, no se equivoca. Hace unos tres años que lo soy. No hemos coincidido porque por razones laborales no puedo asistir a las reuniones, pero sí que intento colaborar participando en determinados actos y, cómo no, económicamente.

—Estupendo. Así un doble placer, y gracias —dijo con amabilidad el señor Capdevila y con una sonrisa en los labios.

—El honor ha sido mío y felicidades. Un reconocimiento bien merecido —contestó Giorgio.

—Muchas gracias. ¿Te parece bien si marchamos, Paula? Estoy un poco cansado, y no tengo edad para estos trotes —pidió a modo de súplica.

—Bueno… pero, ¿le sabe mal si me quedo un poco más? Me lo estoy pasando bien.

—No se preocupe. Si le parece yo mismo la acompañaré —avanzó Giorgio, ante la petición de Paula.

—De acuerdo. Sois jóvenes, disfrutad por mí —dijo, mientras a ella le daba un beso en la mejilla.

Paula lo acompañó hasta la puerta, donde ya le esperaba un taxi, y le agradeció de nuevo haber podido acompañarlo en ese acto tan bonito y entrañable.

Cuando regresó al salón, vio a Marc besar a Vanessa. No tendría que afectarle, pero lo hizo. Y, quizás fue a causa de ello, que se acercara a Giorgio, de una forma sensual y totalmente, provocativa. Sus intenciones no eran las que había previsto en un principio.

—¡Oh, Paula! Estás escandalosamente sexy —alabó Giorgio, con una sonrisa pícara y a quien los ojos se habían vuelto más brillantes.

—Estoy a tu disposición, señor Luca o Martinelli —respondió ella, seria y un poco anonadada ante su ofrecimiento.

—*Mi piace sentirti dire, my lady*. Te deseo tanto… ¿Preparada? —Y sin esperar respuesta, le pidió—: ¿Qué llevas debajo del vestido?

Paula enumeró las medias de color carne a media pierna, el tanga y el sujetador negros.

—¡Fantástico! Me pone. *Ora,* vas a bajarte el tanga y me lo vas a dar —ordenó Giorgio.

—¿Aquí? ¿Ahora? —preguntó, aturdida, ante aquella propuesta.

—Exacto. Nadie se va a dar cuenta. *Non preoccuparti*.

Paula hizo lo que Giorgio le pidió. Se le acercó y medio escondida detrás de su espalda, se

lo quitó y se lo entregó. Él se lo llevó a la nariz y lo olió.

—Esta es mi Paula.

Capítulo 27

Junio.
Él me gusta, él me entiende. ¿Puede ser él mi hombre?

Giorgio se la llevó con ganas y deprisa de la mano, antes de que Paula desistiese, mientras mantenía el tanga apretado en la otra. Atravesaron el comedor, escabulléndose por el pasillo que llevaba a los servicios, pasando cerca de Vanessa y Marc, quien la miró con cara de sorpresa. Por suerte, ella no lo vio. Ni se fijó en él. Estaba ida, poseída por Giorgio y la atracción enigmática que sentía por él en ese preciso momento.

Subieron las escaleras que llevaban a las habitaciones del hotel, no sin pararse a lo largo de ellas, besándose, con la prisa de dos adolescentes, en cada uno de los tramos. Subieron los tres pisos hasta el ático y Giorgio abrió una puerta. Ahí se hallaba la piscina climatizada. Estaba casi a oscuras, salvo por las mismas luces que se reflejaban y salían de ella. Mientras, Giorgio la abrazaba y empezaba a quitarle el vestido, los ojos de ella se iban habituando a la oscuridad.

—Aquí, nadie nos molestará —le comentó Giorgio en voz baja, casi en un susurro.

Paula no dijo nada, ni le contestó. Confiaba ciegamente en él. Además, tampoco le importaba. Él, la sorprendió como lo hacía siempre. Sabía cuáles eran sus puntos débiles y sus puntos sensibles; cuándo debía parar para darle un respiro, o cuándo hacerla enloquecer de deseo. Por eso, al poco rato, ya estaba sumamente entregada al placer.

Se morrearon, de nuevo con insistencia, con una urgencia que parecía como si se les acabara el mundo.

Ella buscaba la rendija entre sus pantalones y calzoncillos para introducir la mano. Quería encontrarle el miembro. Se sentía excitada y se dejaba ir. Decidida a lanzarse a lo que él quería hacerle y no estaba dispuesta a perder el tiempo.

Él le masajeó las nalgas y le acariciaba las piernas sedosas. Le encantaba notar el tacto fino de las medias que las cubrían. Paseó las manos una y otra vez hasta que le arremangó el vestido.

Sus dedos buscaban con habilidad el clítoris de ella, que hervía de deseo. Cuando acertó a tocarle, sin dejar de besar, comenzó a introducir los dedos dentro de su sexo, mientras que, con la otra mano, iba hacia los pechos.

Quería chuparle los pezones. Quería que enloqueciese. Quería follarla allí mismo, sin esperar ni un momento. Quería hacerla volar. Quería tomarla y hacerlo con prisa. Sentía que su miembro le iba a explotar de un momento a otro. Sentía que no podría aguantar mucho. Sentía que la tenía que penetrar.

Paula se estremeció cuando sus dedos la perforaron, mientras le lamía sus pezones. Le paseó los labios por los pechos y notó cómo la piel se le erizaba por el contacto húmedo e impaciente de tomarla. Estaba empalmado. Se bajó con rapidez los pantalones y los calzoncillos.

—Mmm —gimió ella, quien a su vez también quería tocarlo. Necesitaba hacerlo para que se diera cuenta de que estaba enloqueciendo. Querría comerle el miembro. Pero no deseaba romper el momento, al darse cuenta cómo estaba gozando Giorgio y no quería estropear tampoco la excitación que sentía.

Se aproximó a su oreja, mientras con la mano le cogió el pene. Quería que la follase, quería sentirlo dentro.

—Te deseo —dijo jadeando.

Giorgio, la hizo girar de espaldas a él, subiéndole una pierna y ella encaminó su miembro para facilitarle la entrada. La explosión que sintió cuando llegó al fondo la hizo gritar. Un grito que, a duras penas, pudo silenciar. No podía perder el norte, aunque le gustaría.

No pudo dejar irse del todo porque estaba contra la pared, donde se hallaba la piscina climatizada y podría entrar alguien en cualquier momento. Debía de contenerse. Pero le parecía imposible.

Él embistió una y otra vez, mientras le tocaba los pechos y no dejaba de morderle el cuello. Ella elevó con fuerza el culo, para ayudar y hacer más intensa la penetración. Luego, se sincronizaron en un movimiento perfecto. Paula sintió que la escalada de placer era imparable. Quizás el alcohol ayudaba a aumentar su sensibilidad, a hacer que cada movimiento, cada sensación, cada chispa de placer se multiplicase exponencialmente.

Sentía que iba a explotar y se mordió con más fuerza los labios. Tenía miedo a chillar. Tenía miedo a que se le escapase un gemido que la delatara. Temía que el exceso de excitación la llevase a la perdición.

Giorgio la penetró cada vez con más fuerza, como si en cada embestida se le escapase la última reserva de energía que le quedaba. Como si cada movimiento fuera el que le permitiese dejarse. Ya no podía más. Sentía que la deseaba y que no podía parar. Sentía que se descontrolaba, que le costaba omitir los gemidos y que era peligroso, pero estaba fuera de sí y la follaba y le murmuraba palabras llenas de sensualidad: «Me encantas, Paula; querría follarte mil veces de esta forma y hacerte volar cada día».

Ella se excitó aún más, deseando que Giorgio no acabase; quería que ese momento de éxtasis se alargara eternamente, pero a la vez, notaba que las piernas le flaqueaban. Sintió que no podía controlar los movimientos de su cuerpo y notó como el clítoris estaba a punto de estallar.

—No aguanto más —gritó.

En la sala, Marc, al cabo de poco rato, se fue con Vanessa, no sin antes despedirse de diferentes invitados y de los padres de esta. Cuando estaba con ella, solían pasar la noche en Platja d'Aro, pero esa noche era tarde y habían decidido quedarse en el hotel.

Su pensamiento hacía rato que estaba con Paula, y con el hombre que iba con ella. No sabía quién era, pero lo averiguaría. Sabía cuáles eran sus intenciones, por cómo se la llevaba de la mano, y por la forma en cómo la miraba. «Seguro, que se conocen», se dijo. «No creo que Paula se vaya con alguien que no conozca… Pero, así, de repente, no me encaja. Y ¿por qué siento preocupación por ella? No, no es preocupación, son celos», acabó admitiendo para sí.

—Vamos a mi casa —le propuso Giorgio, una vez se habían vestido.

—De acuerdo —le respondió un poco intrigada por saber dónde y cómo vivía, aunque entonces solo pensaba en dormir abrazada a él.

La vivienda se hallaba situada a las afueras de Barcelona. Una casa grande, de estilo modernista y con un gran jardín alrededor. No lo hubiera esperado de él. Más bien hubiera imaginado que viviría en un apartamento o como mucho, en un dúplex, en el centro.

—Me gusta este contraste de estilos —le comentó. Le chocó que por dentro fuera todo moderno y minimalista, a diferencia del exterior.

Entraron por el *hall* y la condujo hasta el salón. Una decoración a base de negros y blancos, además de cristales y fotografías y cuadros inmensos de pintura contemporánea y colorista que resaltaban en las paredes. «Una combinación muy interesante», pensó.

Al fondo a la derecha, estaba la cocina, y en medio de ella una gran isla.

—Es una cocina inmensa. ¿No me dirás que también eres un buen cocinero? —pidió con

retintín.

—La verdad es que lo soy. ¿Qué te apetece tomar? —le preguntó Giorgio—. Para mí, cocinar es mo*lto rilassante*. Aunque es Cecilia quien cada día me prepara la comida.

—¿Cecilia?

—Sí. Es quien *cura della casa*. La quiero mucho y es una más de mi familia.

Giorgio, además, le explicó que también trabajaba Rodrigo, suo *marito,* quien se ocupaba del jardín y del mantenimiento en general. Y, por las mañanas, iba Natalia, *sua segretaria*.

—Natalia, tu secretaria —repitió ella.

—Sí. Se encarga de mi agenda.

—¿De toda tu agenda? —preguntó ella, enfatizando la pregunta.

—No —respondió sonriendo—. Solo lo que afecta a las tiendas que tenemos en España, Francia e Italia. *Un totale di otto negozi*. Para el resto, una decena más, está mi hermano Stefano. Silvana, mi hermana pequeña, es la responsable del diseño y la producción en la empresa central, junto a dos personas más: Luciano y Roberta.

—No sabía que fuerais tres hermanos —dijo abiertamente.

—Sí, pero ya hablaremos otro rato de la familia. ¿Qué te apetece? —preguntó de nuevo.

—¿Tienes leche? Un vaso de leche caliente me vendría bien.

—¿Te gusta sola o ponemos cuatro galletas y un poco de Cola Cao? —le propuso.

Giorgio, de nuevo, volvió a sorprenderla. Además, le contó lo mucho que le gustaba por las mañanas *prendere* un buen vaso.

Y él, con soltura, preparó dos tazones de leche, colocándolos en una bandeja, junto al bote de galletas, el de Cola cao, un par de servilletas y listo para servirlo en la terraza. No salieron al exterior porque, aunque era junio, era más de la una de la madrugada y hacía fresco, por lo que se sentaron en el porche acristalado.

Encendió las luces. Desde allí veían el jardín que había detrás de la casa. Un espacio verde muy bien cuidado, con diferentes parterres con flores y, un poco más allá, una piscina con un par de hamacas colocadas debajo de una gran sombrilla plegada, y más allá, sofás, mesas, diferentes lámparas y luces alrededor. Además, había tendales colgados que le dan un ambiente *chill-out.*

—Es muy bonito —comentó Paula al ver todo aquel entorno.

—Gracias. Mis padres solían venir y se pasaban largas temporadas. Siempre les gustó Barcelona, estaban *amore con la città*, de Gaudí y del *mare*.

Paula asintió.

—Decían que aquí, aparte de relajarse, se inspiraban para diseñar sus colecciones. Así que, con mis hermanos, solíamos pasar buena parte de nuestras vacaciones. Pues bien, cuando mi padre murió, hace tres años, la heredé. Mi hermano se quedó con la finca familiar de Milán y mi hermana pequeña, el chalet de Como. *Mia madre non vuole puì venire* y la remodelé a mi gusto.

—Pues está muy bien. Es muy bonita.

—*Grazie*. Luego te enseñaré más. *Ora*, mi *lady* Paula, *ti voglio nel mio letto*.

Se levantaron, y abrazados la condujo a su habitación. «Una habitación también inmensa. Es más grande que mi piso», pensó ella. Decorada en tonos grises, blancos y negros, que contrastaban con la gran cama de madera, de estilo clásico.

—*Sei stanco*? —preguntó él, interesado.

—La verdad es que no estoy cansada. He quedado un poco desvelada ahora mismo.

—Me alegro de oírlo, porque tengo muchas ganas de ti.

—Tú mandas —dijo sonriéndole de forma atrevida.

—*Mi incantare, my lady*.

Él la rodeó con sus brazos. Paula, puso sus manos en sus pectorales. Sus pechos duros como piedras, pero suaves al tacto y sin darse cuenta, se humedeció los labios inconscientemente.

Levantó la vista hasta sus ojos. Aunque estaban en penumbra, ella podía ver el brillo apasionado en ellos. Puro fuego.

Giorgio quería devorar su boca, por lo que se inclinó sobre ella y sus labios se unieron. No fue un beso suave, todo lo contrario.

—¡Paula, vas a volverme loco! —exclamó él, y la alzó a volandas sin dejar de besarla y conducirla hasta la cama.

Ella no pensó en detenerlo; al contrario, esperó que esa noche le hiciese el amor a lo bestia. Solo quería sentirlo, gozarlo, que le arrancase suspiros de su boca, gemidos y gritos de placer.

La puso encima de la sábana y se colocó sobre ella. La miró un momento. Estaba guapa y elegante. Su cara y sus rasgos lo fascinaban. Aquellos ojos marrones y grandes. Pestañas largas y espesas. Labios jugosos. Su melena, antes recogida, lucía larga, ondulada y desparramada sobre la almohada.

—Voy a…

—¿Follarme?

—Exacto.

Le acarició los brazos y las manos que bajaban por el ajustado vestido hasta llegar a sus largas piernas. Le subió lentamente la parte de la falda, hasta su tanga, de encaje negro. Empezó a bajarle una de las medias, mientras le acariciaba el muslo, la pantorrilla y el tobillo. Lo mismo hizo con la otra.

—Eres preciosa, Paula —le dijo levantándose para volver a quedar de nuevo a su altura y quitarle el vestido.

Su piel estaba caliente. Se quedó solo con la ropa interior y volvió a mirarla. Su corazón bombeaba cada vez más fuerte y rápido. Giorgio le acarició los pechos y le desató el sujetador.

—Sin duda, eres *bellissima.*

Paula no le apartaba la mirada a ese hombre, que disfrutaba mirándola con esos ojos brillantes, aunque la estaba torturando. Necesitaba que se hundiese en su interior, pero aquellos preliminares eran exquisitos y no deseaba que parase.

Sus manos continuaron acariciando sus pechos. Una de ellas empezó a bajar y a acariciar su monte de venus, a lo que ella lo atraía por la nuca y lo besaba con pasión, y Giorgio gimió en sus labios. Después, sus manos se abrieron paso por su tanga, acariciando su clítoris con los dedos.

Ella, mientras, con sus manos le recorrió su cuerpo, deteniéndose en cada detalle, en cada músculo. Su piel quemaba. Bajó por sus abdominales y cuando llegó a su pene, lo rodeó con la mano.

Giorgio gimió en sus labios y le metió la lengua en la boca, jugando con la suya, mientras sus dedos se abrían paso en su húmedo sexo. Primero, un dedo, acariciándola por dentro y luego, otro. Ella se arqueaba y abría aún más las piernas.

Dejó sus labios y empezó a besarle la cara, la barbilla, el cuello y luego se paró en su pecho, succionando su pezón a lo que ella no podía dejar de gemir de placer. Luego, su ombligo y su boca atrapó su tanga.

—¡Oh! No pares —gimió Paula, cuando él se lo quitó y le acarició su sexo con la lengua, cerrando los ojos y apretando los puños en la sábana.

La suave y húmeda lengua de Giorgio la saboreó. Sus labios chupaban y succionaban su clítoris y aquello la volvía loca. También sus dedos se deslizaron hacia su interior y la lengua trazó círculos alrededor de sus pliegues.

El orgasmo le llegó, recorriéndola toda ella, arrancándole un grito de placer que enloqueció a Giorgio, quien ya estaba más que excitado, por lo que se colocó encima de ella y sin mediar palabra, la besó.

Ella lo abrazó con las piernas y buscó su virilidad con sus caderas.

—Te quiero dentro de mí —pidió Paula.

Giorgio se abrió paso ante aquella orden y se hundió en ella, notando su sexo húmedo y caliente, abrazado a su pene. Paula no paró de gemir y él retrocedía lentamente para sentirla mejor, antes de volver a hundirse con una rápida y fuerte estocada.

—Oh, sí… —gimió ella.

La observó. Le volvía loco aquella expresión excitada, de catarsis. Los labios rojos, entreabiertos gimiendo, y sus ojos, que de tan brillantes parecían follarlo con la mirada.

Ella movía las caderas acompasadamente a su ritmo. Encajaban a la perfección. Le cogió de las nalgas y se arqueó para que entrase mejor.

A Giorgio, el miembro se le puso más duro y a punto de correrse.

—Espera. Me voy a… ¡Ah! —chilló ella.

Un nuevo orgasmo brutal. Su vagina empezó a pulsar y Giorgio apretó los dientes para no derramarse mientras ella se corría.

—¡Mierda! —exclamó ella.

Justo al terminar ella, él salió de su interior.

—Córrete sobre mí, Giorgio, quiero ver cómo lo haces.

Él se colocó de rodillas, agarrándose su falo ante la mirada lujuriosa de ella, mientras se masturbaba, cada vez más rápido y Paula se mordía el labio.

—Ya viene —dijo con los músculos en tensión.

Y, llegó y sucedió, y su cálido semen le cayó sobre ella y era de lo más sexy y erótico que Paula experimentó.

Giorgio cogió un pañuelo y la limpió suave, lentamente. Se estiraron de lado, abrazados, ella sobre su pecho que le hacía de almohada, quedando al poco rato dormidos y con la sonrisa en los labios.

Capítulo 28

Junio.
Mi abuela, mi querida abuela se ha ido. Secretos que se desvelan.

Se despertó, y al girarse, se lo encontró a él, a su lado, dormido. Durante unos segundos, contempló al hombre que tenía a su lado: encantador, atractivo y muy sexy. Por unos instantes, revivió los momentos vividos durante la noche y la madrugada.

Giorgio la hacía sentir especial. La desarmaba solo con la mirada, la devoraba con la lengua y la poseía como una fiera hambrienta. Para ella, él era increíble, fascinante y con una personalidad arrolladora que le encantaba, además de un magnífico amante.

Se levantó con cuidado. No quería despertarlo. Se dirigió al cuarto de baño, cerró la puerta y se duchó. A la vez, se preguntaba cómo podía vivir sin gozar del sexo. Había ratos que se daba cuenta de que le aportaba tranquilidad ver que las cosas eran más sencillas de lo que imaginaba. ¿Por qué se montaba películas con los argumentos más complicados y enrevesados, cuando todo tenía una explicación más simple?

Se vistió. En el bolso llevaba hilo dental, su perfume, además de su móvil. Mientras se limpiaba los dientes, lo miró y se dio cuenta de que tenía varios mensajes. Todos ellos, de su madre que la había estado llamando desde hacía un par de horas.

En ellos, solo le decía que la llamase, que era urgente. Abrió con cuidado la puerta de la habitación y, sin despertarlo, se marchó. Una vez en la calle, y mientras esperaba el taxi, la telefoneó.

—¿Qué pasa, mamá? —preguntó intrigada y asustada por la voz entrecortada de su madre.

—Lo siento, cariño… Siento comunicarte que la abuela ha fallecido.

A Paula la noticia la cogió de sorpresa, y de pronto, su corazón empezó a latir a mil. No se lo esperaba. No en aquel momento. No aún.

Se fue corriendo. Solo pasó un momento por su piso para cambiarse de ropa, coger un par de mudas que metió en una bolsa de viaje, y dejó una nota para Alexandra. Más tarde, la llamaría.

—Lo siento mucho, mucho, abuelo —sollozaba Paul, al llegar a casa mientras lo abrazaba.

Lloraba, con ella, sin soltarla y, solo cuando se mostraban un poco más tranquilos, entraron en el velatorio. Quería estar con la abuela hasta que se la llevasen. Su madre estaba a su lado, pendiente de los dos.

Paula no podía dejar de revivir la última vez que estuvo con su abuela, en la comida de su aniversario y en las palabras que le quedaron grabadas: «Escúchame, mi niñita —como la llamaba siempre—. Si algo he aprendido en la vida, es que hay que vivir al día y no pensar en lo que podría haber sido y en lo que vendrá. Vivir día a día, es lo más importante, créeme».

Habían pasado muchas personas y visitas a ofrecerles sus condolencias y por momentos, el tanatorio se había quedado pequeño. A pesar de las circunstancias, les gustaba saber que la abuela era muy querida, y eso les reconfortaba. Pero de entre todas ellas, a Paula, en concreto, una la había sorprendido.

—Soy Diego Torres. No sé si te acordarás de mí. Fuimos juntos al instituto.

—Sí —dijo, aunque en su interior estaba buscando una imagen que identificase aquel

hombre, alto y elegantemente vestido, con algún muchacho.

—No íbamos a la misma clase. Tú ibas dos cursos por debajo —le aclaró acto seguido, al ver su cara de sorpresa.

De pronto, le vino la imagen. «Pero ¡qué cambiado está!», se dijo. No se parecía en nada al chico que recordaba.

—Siento mucho lo de tu abuela, y que te marcharas de Olot.

En ese instante, no dio importancia a la conversación. Otras personas la reclamaban para darle el pésame. Una vez en casa, le pregunta a su madre:

—¿Recuerdas a un chico llamado Diego Torres?

—Sí. Claro. Diego Torres Morales. Es el hijo de la fábrica de embutidos Morales. Desde que está al frente de la empresa, esta no ha hecho más que crecer y expandirse. Creo que es de las pocas que exportan a los Estados Unidos.

—No lo recordaba. Ha venido al tanatorio.

—Sí, también me ha saludado. Es un buen chico. Justo cuando te fuiste a Barcelona, él se marchó a Estados Unidos a estudiar Empresariales y Económicas en Harvard. Y desde hace unos años está al frente de la empresa. Cuando regresó se casó con María José Blanco, la hija del notario, y acaban de tener un hijo.

—No lo hubiera reconocido, si no me dice su nombre.

—Ha cambiado mucho físicamente. Ya no es el chiquillo introvertido que era. Y no lleva aquellas gafas tan graduadas. Supongo que se operó, y la verdad es que está francamente guapo.

—Sí.

Paula asintió, aunque por dentro, no dejaba de preguntarse qué había querido decir cuando le dijo que sentía que se hubiera ido de Olot. «¿Fue él?», se preguntaba nerviosa una y otra vez.

Por la noche, volvió a revivir parte de su pesadilla. Su despertar, su boca seca, muy seca, espesa y pastosa. Tirada en aquel suelo frío y sucio del vestidor, medio escondida en el dintel de la puerta del baño, medio desnuda. Gateó hasta encerrarse en él, buscando cobijo. Se acurrucó, abrazándose y empezó a llorar. Un lloro infinito. Se sintió despreciable, avergonzada y culpable de lo que le acababa de suceder.

La mañana siguiente, durante el sepelio, Paula cansada por la falta de sueño y su tristeza, se dejó acompañar por Giorgio. El día anterior, después de su llamada, no pudo hacer más, y ante su insistencia, no tenía fuerzas para negarle nada. El dolor por la pérdida de la abuela fue un palo muy fuerte para todos. Aun sabiendo que tarde o temprano pasaría, les había venido de sorpresa. Por suerte, había sido durmiendo.

El abuelo les repetía que se fue a la cama pronto.

—Me dijo que estaba cansada y que tenía ganas de dormir. La besé y se fue...

—Está bien, abuelo. Mejor así —le dijo ella.

—Cuando fui, la vi dormida con su sonrisa en los labios... No me di cuenta de nada hasta que me metí y al tocarla... —le contaba sollozando.

—Abuelo, ha sido lo mejor y lo sabes. —Volvían a insistirle todos ellos.

—Como con tu padre, le pude decir adiós —decía a Paula en señal de paz y tranquilidad sobre su consciencia.

Giorgio llegó apresurado por la mañana, y la abrazó. Su presencia la reconfortaba y la hacía sentirse mejor.

Marc, que estaba en la ceremonia porque el señor Capdevila le dio la noticia, los miraba. El semblante de Paula era triste, el fiel reflejo de la pena y de la pérdida de alguien especial. Giorgio la cogió del brazo. Vestida de riguroso luto, al igual que su madre que iba de la mano de

Ignasi, mientras que, con la otra, cogía del brazo al abuelo Pere. Justo, delante de ellos, iniciando el cortejo fúnebre. Reconoció al hombre que la acompañaba. Era el mismo de la fiesta. Ya sabía quién era. Al día siguiente no pudo evitar hablar con el señor Capdevila con la excusa de felicitarlo una vez más e indirectamente preguntarle si lo conocía. Únicamente, le supo dar el nombre y que era miembro de la Fundación.

En Google, no encontró a ningún Giorgio Luca. No obstante, por casualidad, le apareció el apellido Martinelli, y después de entrar en la página del diseñador italiano, lo vio. Era él, sin duda. Aunque ella le dijo que no tenía novio, no podía entender cómo se fue con él y porqué, entonces, era quien la acompañaba del brazo.

Para todos ellos, había sido un día largo y agotador. Después del entierro, comieron juntos, en casa de sus abuelos maternos. Giorgio se despidió, pues consideraba que era un momento íntimo y familiar. El abuelo Pere se mostró aparentemente tranquilo y Paula se ofreció para quedarse con él, en su casa. Ya por la noche, se tomó un somnífero para que le ayudara a descansar, se lo había recetado su médico y hacía un ratito que había entrado en un estado de somnolencia.

Durante un buen rato, ella dio vueltas en la cama sin dejar de pensar en la abuela, pero también en Giorgio y en Marc. Después de otras mil vueltas más deseando dormir, pues su cuerpo se lo pedía después de dos días agotadores, era incapaz de hacerlo. Su mente la estaba traicionando. Esa noche tampoco podría, y cuando por fin consiguió echar una cabezadita, regresó su pesadilla. Pero, esa vez, en ella aparecía Diego, a un lado, mirándola. «¿Por qué la mira? ¿Por qué no hace nada?».

Por la mañana, mientras tomaba un café, sabía que había llegado el momento de enfrentarse a sus temores. Y quizá Diego fuera una pista, pero le daba miedo hablarle.

Por suerte para ella, no tuvo necesidad de dar el paso, ya que fue él quien la llamó y la invitó a tomar un café. No sabía cómo ni porqué, pero intuía que quería hablarle de aquella fiesta y de aquella noche.

Decidieron encontrarse en el parque que había no muy lejos de su casa. Un sitio tranquilo, para una conversación que se presentaba personal y difícil. Después de saludarse, se sentaron en un banco, cerca del estanque y bajo un sauce llorón. Sus facciones estaban serias y sus cuerpos tensos.

—Supongo que te ha extrañado mi llamada —le dijo, después de lanzar un profundo suspiro.

—Un poco sí, pero creo saber cuál es la razón —le comentó Paula, intentando mantenerse serena, aunque por dentro, estaba temblando como una hoja.

—Me alegro oírtelo decir porque llevo tantos años con este peso, que no sabía cómo sacármelo. Ya sé que ahora no es el mejor momento, pero, cuando supe que tu abuela había fallecido, pensé que podría ser una buena oportunidad para acercarme a ti y explicarte.

—¿Fuiste tú? —le preguntó ella de sopetón.

—¡No! ¡Por Dios, Paula, nunca te haría daño! En aquella época me gustabas, pero era tan tímido que no me atrevía ni a acercarme a ti. Pero sé quién fue.

Paula se estremeció de miedo. Una extraña sensación le recorrió todo el cuerpo.

—Diego, espera… No sé si estoy preparada para saberlo —soltó de golpe—. Estoy nerviosa. Espera —dijo mientras se levantaba y empezaba a dar vueltas por el banco, intentando reponerse ante la posibilidad de saber la verdad.

—Tranquila, lo que tú decidas… Pero quiero que sepas que vi quien puso la pastilla en tu vaso, mientras tú estabas hablando con tus amigas. Cómo te cogía a un lado, y te llevaba hacia

los vestidores. Sé quién es —comentó nervioso.

—Sabes que he estado todos estos años sin venir a Olot por miedo. Me marché por no soportar el no saber quién había sido. Temía que pudiera repetirse… que llegara a reconocerlo… No se lo conté a nadie, excepto a Olivia. ¿Te acuerdas de ella? Ella es la única que sabe lo que me sucedió, ni tan siquiera mi madre —le recriminó.

—No sabes cuánto lo siento. De verdad. Lo siento tanto… —le suplicó en un susurro, mientras se frotaba las manos, nervioso—. Tenía miedo. No sabía qué hacer. Fui un cobarde, lo sé. Pensé que lo mejor era hacer ver que no había visto nada. Pero quiero que sepas que el dolor, la pena, mi cobardía, han estado todo este tiempo en mi interior —le confesó mientras unas lágrimas le resbalaban por la mejilla.

—El tiempo ha pasado, aunque es algo que no se me va a olvidar en mi vida —le dijo manteniéndose seria y distante.

—Si quieres enfrentarte a la verdad y emprender cualquier tipo de acción legal, judicial o lo que sea, quiero que sepas que me tendrás a tu lado. Ayer se lo conté a mi mujer, y está de acuerdo conmigo. Es también por ella, por lo que estoy aquí.

Paula se recompuso. Un cambio radical que incluso parecía otra. Ahí estaba su yo racional.

—Te lo agradezco, Diego, de verdad, pero por el momento, creo que con lo que me has dicho es suficiente. Si supiera quién fue, pienso que volverían mis odios, mi rabia y esa fase ya la he superado. Ahora, soy una persona fuerte, porque todo lo que pasé me ha hecho ser quien soy, con mis dudas, mis miedos y mis sueños, pero, al fin y al cabo, soy esta Paula.

—Me gusta esta Paula —corroboró él.

—Diego, deseo que todo siga como está. Allá él con su conciencia. Soy de las que piensa que la vida da a cada uno lo que siembra.

Él también le hizo saber que había estado investigando, pues en todos esos años no había sabido más nada de él y le dijo que estaba preso. No por lo que le hizo, pero sí por el tipo de vida que había vivido. No era un buen tipo, y estaba en la cárcel por un tema relacionado con las drogas.

A Paula esta confesión la dejó un poco más aliviada. Al cabo de un par de días, volvió a Barcelona. Delante de Alex, de sus compañeros de trabajo y de sus amigos, fingió que estaba bien, pero no era cierto… Conocer un poco más de su verdad, por un lado, la tranquilizó, pero por el otro, no sabía cómo gestionarlo. «¿Qué se supone que debía hacer ahora? ¿Qué es lo que debería sentir? ¿Cómo debería cerrar esa puerta? El daño está allí. El tipo en la cárcel, pero no por lo que me hizo. ¿Está bien, así?», se preguntaba.

Capítulo 29

Julio.
No puedo más. He de reencontrarme conmigo misma.

Decidió aceptar la invitación de Jonathan y Sergi, y marcharse unos días, de descanso y relax a Port de la Selva. Desde que se conocieron, habían entablado una buena relación; se llamaban por teléfono a menudo o se pasaban mensajes por W*hatsApp*, y en poco tiempo, habían llegado a ser buenos amigos y confidentes. La muerte de su abuela y hablar con Diego; reencontrarse con Bernat; conocer a Marc y su reacción en la fiesta; pasar la noche en casa de Giorgio, todo ello estaba alterando su estado de ánimo y tenía la necesidad de ordenar su mente.

Por su parte, Giorgio aprovechará para ir a Milán a resolver unos asuntos empresariales que requerían de su presencia, y aunque le había pedido que fuese con él, ella había rechazado su proposición.

—En otra ocasión, quizás —le dijo—. Ahora mismo prefiero estar sola.

Telefoneó a sus amigos, una vez se puso en marcha, para avisar que estaba de camino. Era julio y el tiempo era cálido. Además, habían pronosticado unos días soleados. Por poco que hiciera, tomaría el sol; bañarse, eso ya era otra cosa.

Cuando cruzó el municipio de Llançà, el corazón le dio un vuelco. Divisar el mar y su inmensidad, para ella, era de lo más relajante. Empezó a serpentear la carretera, con la ventanilla abierta, y cuando vio Port de la Selva al fondo, hizo una inspiración profunda, como queriendo oler el mar, los pinos, los olivos… Quería impregnarse de todo el aroma que tenía ante sí, al mismo tiempo que su cara se iluminaba.

«Seguro que aquí me relajaré por completo».

La esperaban delante de la puerta, a pie de calle. Su casa estaba situada enfrente del mar, muy cerca del ayuntamiento. Se componía de una planta baja, donde estaba el garaje y un jardín en la parte de atrás, y el piso, en la primera planta.

—Bienvenida, guapa —le dijo Sergi, dándole dos besos y cogiéndole la bolsa de viaje que Paula sujetaba.

—¿Qué tal el viaje? —le preguntó interesado y sonriente Jonathan, con su acento escocés.

—¡Muy bien! La verdad. Muy contenta de haber venido. ¡Qué vista!

—¡Uy! Eso no es nada. Te enseñaremos las mejores calas de la Costa Brava. Pero no lo digas muy alto, que después vienen todos los guiris y lo que queremos es tranquilidad.

Ella les sonrió. Le gustaba verlos así, tan felices. Sergi siempre tan atento y detallista con Jonathan; mientras que este, quizá por el hecho de ser alto y grande, lo veía de lo más bonachón. Los dos, realmente, se complementaban. Ojalá ella, algún día, encontrase a alguien que la amara, como se amaban ellos.

El piso era bonito y con mucha luz natural. Tenía un aire bohemio y un ambiente de confort y calidez que desprendía nada más entrar. Le mostraron su habitación. Era grande. Tenía una cama de matrimonio y un armario empotrado. Pero, lo que le encantó fue la terraza del comedor con vistas al mar; dos grandes ventanales que se abrían y se cerraban con puertas correderas, desde las que no podía dejar de contemplar el paisaje.

—¡Es fantástico! ¡Ya me gustaría tener estas vistas en Barcelona!

—En Barcelona solo hay pisos y ladrillos —le dijo Jonathan.

Ante ella, el mar se presentaba azul, infinito. A su derecha, divisó parte del pequeño puerto deportivo, con todas las pequeñas embarcaciones alineadas; justo a sus pies, una caleta diminuta, con distintas barcas "mallorquinas" ancladas en la misma playa y, más allá, veía la parte final de la playa grande. Enfrente, una magnífica vista de la pequeña sierra. En su falda, casas, apartamentos y chalets, pintados de blanco, que resaltaban sobre el verde de los pinos, en una disposición que podía parecer desordenada, pero que no dañaba los ojos y allí arriba el Monasterio de Sant Pere de Rodes.

—No me extraña que no queráis iros de aquí. Yo tampoco me movería.

—Ya verás cómo aquí te relajas y quizás después no querrás volver —le dijo Sergi en un tono desenfadado.

Sergi, atento y servicial le ofreció un refresco.

—Siéntate aquí en la terraza, continúa disfrutando del paisaje que enseguida te lo traigo.

—¿Estás bien, *queen*? —le preguntó Jonathan, quien se sentó a su lado.

—Sí. Ahora que estoy aquí, y con vosotros, mucho mejor.

—Ya sabes que, si quieres hablar de lo que sea, te escucharemos.

Sergi les sirvió las bebidas, además de unas aceitunas y unas patatas *chips* y se sentó al otro lado de ella, y les agradeció de nuevo su invitación.

—No hace falta que nos las des. Estamos contentos, ¿a qué sí, Jonathan?

—*Of course*. —Sonrió.

—La verdad es que con todo lo que he pasado estas últimas semanas necesito desconectar y me apetecía mucho venir a veros y aquí, con este mar, estaré "de fábula".

—Aquí lo harás, ya lo verás. No hay mejor remedio que la tranquilidad y la inmensidad del mar, para encontrar la paz, ordenar la mente y hallar las respuestas que buscas —comentó Jonathan, quien se mostraba preocupado por ella.

Paula les contó lo mucho que le gustaba el mar. Les hacía saber, que sus abuelos tenían un apartamento en L'Escala, donde había ido en diferentes épocas del año.

—Ahora no sé qué hará el abuelo sin la abuela —les dijo y de golpe, le afloraron las lágrimas…

—Venga, mujer. Vas a ver cómo poco a poco todo se va normalizando. Es cierto que tu abuelo es mayor, y la pérdida de la abuela es un golpe muy duro. Es lógico que ahora esté conmocionado e impresionado por todo, pero por lo que nos contaste, él aún es una persona activa, y saldrá adelante —comentó Sergi.

—Eso espero —le dijo, mientras se secaba las lágrimas, con el pañuelo de papel que le pasó Jonathan, mientras la abrazaba. «Es tan amoroso», pensó ella.

Los dos asintieron, a la vez que la cogían de la mano, una cada uno.

—Recuerdo cuando era pequeña y mi abuelo me llevaba con él en su barca, como una de estas de aquí. Luego, llegaba a casa con la piel dorada, el cabello lleno de sal y los ojos brillantes. Parecía un chiquillo. Ya en la mesa, comiendo los fideos, el abuelo hablaba y hablaba, contando y recordando donde habíamos estado, lo que habíamos visto o la maniobra que había hecho con la embarcación, y la abuela me guiñaba el ojo.

—*¡It's very beautiful, my queen!*

—Mira, Paula, ya son más de la una del mediodía —le dijo suavemente Sergi—. Si te parece, quita y cuelga la ropa que hayas traído y nos vamos a comer al restaurante de Gus que está justo aquí al lado. Te gustará. Tienen un montón de tapas diferentes. Y, si te apetece, luego, podemos pasear por el camino de ronda, al lado del mar —lo señaló—, y que llega hasta Llançà.

—¡Me parece una *great* idea! —exclamó Jonathan.

Habían probado diferentes tapas y la comida se había alargado un buen rato. Ellos le explicaron parte de la historia del municipio, así como curiosidades y chismes de la gente que vivía allí, y que ella, aunque no conocía, le arrancaban sonrisas. Risas era lo que ellos intentaban procurarle a Paula; ya habría tiempo para las confidencias.

Justo después, decidieron ir a pasear un rato aprovechando que el sol no era muy fuerte.

—Ven. Vamos a coger un helado —le propuso Jonathan, entrando en el Dino's.

—Y coge un par de botellines de agua, por si acaso —le dijo Sergi.

Paula quedó fascinada por las pequeñitas calas que iban recorriendo. Se detuvieron para hacer fotos en su móvil. Algunos, eran *selfies*. Otras, que ellos le hacían a ella y otras, de paisajes, trocitos de mar, de arena, e incluso de una gaviota que se encontraba cerca, posada en una roca y que podían contemplarla toda ella al detalle.

Llegaron hasta el Faro S'Aranella.

—¡Qué bonito! —exclamó ella, mientras miraba todo a su alrededor. Se fijó que la torre era cuadrada.

Sergi le comentó que emitía una luz blanca cada cinco segundos y que tenía un alcance de casi veintiún kilómetros. Una vez allí, su mente volaba con las gaviotas, sus chillidos potentes e impertinentes hacía un rato que la acompañaban.

Durante el paseo había visto diferentes tipos de flores y arbustos, que Jonathan le había ido mostrando.

—La gazania, la chumbera y la flor de gato o uña de gato, son plantas invasoras y desde el Parque están intentando controlar.

—Y, ¿hay una planta o flor propia? —le preguntó con interés.

—Tenemos la borrera, la armeria del Roselló, pero la que es propia de aquí y está superprotegida, pues no se encuentra en otro lugar, es la Seseli farreny —comentó, a la vez que miraba a su alrededor por si divisaba alguna, para enseñarle.

Se sentaron. Paula miró al infinito, donde la línea del horizonte daba por terminada la existencia y empezaba otro azul distinto, más pálido, menos aguamarina. Delante de ella un par de veleros y un par de yates. Tocaba el suelo, cogió una pequeña piedra y la lanzó con toda su fuerza. Jonathan y Sergi la observaban callados.

Al día siguiente, la despertaron temprano para ir a la playa, tal como habían quedado. La playa la había estado esperando toda la noche. El sol justo estaba trepando y el mar aún tenía aquel color dorado viejo que la deslumbraba. Tranquilo, en calma. Apetecible.

—Es preciosa —les comentó.

—Para mí, es la mejor —le dijo Jonathan—. ¿Te has fijado cuantos azules presenta el mar, y el contraste con las rocas?

Ella contempló el horizonte y el velero en el fondo, una fantástica postal. Parecía de juguete y apenas se movía. Bajaban por las escaleras. Su intención era tomar el sol y relajarse. Sentada en la playa y ante aquella imagen, se dejó mecer, mientras sus amigos le proponían que los acompañase haciendo meditación.

—No he probado nunca —reconoció ella.

—Verás cómo te ayuda. Solo cierra los ojos y déjate llevar por el sonido de las olas, por el olor a sal… Era Jonathan quién la conducía a una relajación que su cuerpo y mente, al poco rato, agradecieron.

Cuando los abrió de nuevo, el mar ya no era dorado, era azul. En ciertas partes, quizás, turquesa. Más allá, de un azul más oscuro y, cerca de las rocas, de un azul grisáceo. El sol estaba arriba y las cuatro nubes que había, habían desaparecido. El cielo había quedado teñido de azul.

Azul cielo. Azul claro y brillante. Poco a poco, empezó a venir más gente, familias con sus hijos. Gente mayor… Se respiraba un ambiente tranquilo y desosegado.

Cuando era la una del mediodía le propusieron ir a comer una paella en Cala Tina, un sitio emblemático y tradicional que era a la vez hostal y restaurante, y decidieron que se acercarían hasta Cadaqués, pues tenían ganas de mostrarle su taller-tienda.

Así, serpentearon los diecisiete kilómetros de carretera mientras se deleitaban del paisaje, de pinos y viñedos. Además, le mostraron como los diferentes terrenos estaban separados por paredes de piedra seca. Una técnica de construcción tradicional.

—¡Me encanta! —dijo ella—. Creo que además de haberla visto en otros sitios de la costa, cerca de Olot, hay un Parque, que se llama Parc de Pedra Tosca, donde están impulsando su recuperación.

Dejaron el coche en una pequeña plazuela y se dirigieron a pie, por pequeñas callejuelas adoquinadas, con casas blancas y pórticos azules, hasta llegar a una gran portalada de madera pintada de azul cobalto, con una gran cerradura que Jonathan abrió. Detrás se les apareció una gran sala bajo un par de arcadas. A un lado había un par de mostradores y mesas con diferentes figuras, platos, tazones, macetas, pero también joyas y elementos de decoración; al otro lado, una gran cortina separaba el taller, donde Paula divisó un par de tornos; un horno, que Jonathan le mostró orgulloso; a la vez que le explicaba los diferentes tipos de arcilla; los rodillos, los palillos y los vaciadores y del proceso, de cómo primero amasaba con las manos o con el rodillo e iba esculpiendo la arcilla; como a veces, sobre todo si la pieza era grande, hacía un esbozo tridimensional que rellenaba con alambre; la recomposición, el pulido y las texturas para seguir con la cocción y los acabados de las piezas, que en esa fase se llamaban terracotas y los secados.

—Yo me encargo de pintarlos con pintura acrílica y con barniz brillante —comentó Sergi ufano, mostrando un botijo.

Paula ya se había dado cuenta al entrar de que en la parte del fondo había una galería que daba a un pequeño patio, con un gran olivo que lo presidía y un par de sillas y una mesa de jardín de hierro forjado.

—Es todo muy bonito y a la vez, armonioso con un aire bohemio y vintage... Me gusta mucho —les dijo ella.

—Cuando lo compramos, decidimos respetar la estructura de vuelta y el suelo, con las tobas. Además, la galería solo la pintamos de azul, al igual que la puerta, y una capa de pintura blanca. Poca obra hicimos —señaló Jonathan.

El fin de semana le pasó rápido. Se había distraído, relajado y lo había pasado bien. En ciertos momentos incluso olvidó la pena por la pérdida de su abuela, pero no había sido capaz de discernir sobre su futuro, y de lo que quería realmente.

—Gracias por todo —dijo al despedirse.

—Ven cuando quieras. Siempre tendrás la puerta abierta —le comentó Sergi.

—Intenta relajarte, déjate llevar. Lo que tenga que ser será —le susurró Jonathan al oído.

Capítulo 30

Julio.
Él también se abre. Sabe lo importante que es ella en su vida.

Al llegar a Milán, Giorgio fue directamente a su empresa, situada en el extremo norte de la ciudad. La habían reformado y ampliado hacía menos de diez años; con ello, duplicaron la producción, aumentaron la plantilla y habían abierto más tiendas alrededor del mundo.

Saludó al personal de la entrada y al que se iba cruzando camino de su despacho. Una vez allí, llamó a un par de personas del equipo de compras y, durante una hora, trataron y solucionaron varios temas. Justo después se reunió unos minutos con el responsable de producción y de calidad a raíz de unos artículos devueltos. Cuando salió, se encontró a Silvana, en el pasillo que conducía al despacho de su otro hermano y de la directora de marketing. Tenía un par de ideas que quería consultarles.

—*Non mi aspettavo così presto da queste parti, fratello* —le dijo, besándole y cogiéndolo del brazo.

—Encantado de verte —respondió Giorgio, devolviéndole los dos besos.

Silvana tenía treinta y dos años, y aparte de ser su hermana era su confidente… Se dejó llevar por ella, de la mano, hasta la cafetería de la empresa.

—¿Qué me cuentas, hermanito? *Ti vedo felice* —comentó mientras se preparaban un café.

—La verdad es que estoy muy bien. Barcelona está magnífica en esta época del año, y las cosas están funcionando. Y, por lo que veo, aquí también todo va estupendamente. ¿*Y tú, spieghi me*?

—Pues…, nada en especial, trabajo, trabajo y más trabajo. Lo de siempre. Pero... ¡Eh! ¡No te escabullas! Ya sabes de qué te hablo. O*gni donna in vista*? No sé por qué, pero me hueles a relación.

—Cómo eres... —contestó sonriendo.

—Ya sé que solo soy tu hermana pequeña, pero, no me lo vas a negar, soy quien te conoce más que nadie. *E guardo particolarmente felice.* Y, tus ojos *sono lucidi e luminosi, un sorriso che non hai avuto*… —Sonrió.

Su hermano era uno de los solteros más apetecibles de Milán. Guapo, famoso, con dinero y eso atraía a las mujeres.

—*Chi é*? —le pidió entre intrigada y curiosa.

—No la conoces —respondió secamente.

Mientras tomaban el café, se pusieron al día de las últimas noticias y anécdotas. Siempre que se encontraban, el tiempo pasaba rápido.

—¿Me vas a contar más, o tendré que adivinarlo? —pidió con retintín.

—La verdad es que he conocido a una mujer que me atrae de verdad, ya sabes. No solo es un tema físico, hay magia, pero ella no me ve con los mismos ojos. Desde que la conocí no sé qué me ocurre, no puedo dejar de pensar en ella, en su boca, en sus besos, en su cuerpo, en su sonrisa y además es inteligente.

—*E dov'è? Perché non portarla?* —le preguntó.

Giorgio le hizo saber que hacía poco murió su abuela y aunque le había pedido que lo acompañase, prefirió pasar este fin de semana en casa de unos amigos.

—Tendrías que haber insistido y traértela aquí. La hubiéramos mimado y cuidado como es debido.

—Lo sé, solo espero que otro día quiera venir.

Silvana lo miró extrañada ante aquella afirmación.

—Nuestra relación es un poco especial.

—¿Cómo de especial?

Giorgio le comentó que su relación se basaba únicamente en el sexo. Acordaron estar juntos solo cuando les apeteciera. Lo que ocurría es que se había enamorado. No sabía lo que sentía ella por él, y le daba miedo no ser correspondido.

—*Mio fratello amore... sono felice per te.* Solo una vez te he visto así.

—No hablemos del pasado… —No dejó que acabase la frase—. Y, ¿tú qué? También te veo muy bien.

—Pues, te diré que Dylan me continúa tratando fantásticamente bien. *E ti confesso un segreto?*

—¿Un secreto? Eso me gusta. Giorgio se acercó a ella, esperando una revelación.

—*Mi ha chiesto di sposarsi. E io ho detto di sì.*

—¿Casarte? Ya era hora, pequeña. Me alegro por vosotros. Es un buen tipo. Sé que te quiere mucho y lo enamorada que estás tú de él. —Giorgio rememoró cuando conoció a Dylan. Lo cierto era que fue casualidad, pues este hacía una exposición fotográfica medio underground, punk, hip-hop en el centro de Milán que Silvana quería ver y le pidió que la acompañase para sacar ideas para una nueva colección casual, ya que le habían hablado de él. Se lo encontraron allí y Silvana ya no le sacó los ojos de encima. Recordó que hablaron no solo de las fotografías expuestas, sino también de su trabajo como fotógrafo. Dylan les comentó que había cubierto desfiles para Custo, LR3 o Jean-Paul Gaultier, entre otros. Le iba el color, la extravagancia, lo alternativo y lo ecológico.

—Aún no se lo he dicho a nadie.

—¿Por qué? Todos estarán muy contentos —comentó, con cara de sorpresa, pues hacía tiempo que eran pareja.

—*Lo so, ma volevo dire di prima, perché voglio chiederti una cosa, e spero che tu dici di sì.*

—*Dimmi.*

—Quiero… Bueno, quería preguntarte ¿si querrías ser mi padrino de boda? —pidió en un susurro.

—Yo, ¿padrino de boda? —dijo entre sorprendido y halagado.

Giorgio nunca hubiera imaginado ni pensado que sería él quien llevara a su hermana hasta e altar.

—Como no está papá…, he pensado que te gustaría. Pero tampoco quiero obligarte… —continuó con voz temblorosa.

—Mi pequeña, estaré encantado de serlo —le contestó mientras la abrazaba levantándola en volandas—. Mi hermanita se casa. Eso tenemos que celebrarlo.

—Lo haremos. Mañana hay comida en casa de mamá, con Stefano, Tessa y los niños y lo anunciaremos. Pero antes, obviamente, quería hablarlo contigo. Ahora que sé tu respuesta, estoy más feliz. Júrame que hasta entonces ni una palabra a nadie.

—*Prometto*.

Capítulo 31

Julio.
El sexo, un vicio. El sexo, una droga. El sexo, un placer.
Todo con él.

Coincidieron aparcando sus respectivos coches y subieron por el ascensor mientras se besaban, una y otra vez, aceleradamente, con urgencia, con insistencia, como si se les acabara el mundo. La condujo hasta su despacho. Una vez allí, se miraron y se volvieron a mirar, como reconociéndose de nuevo y se hablaban aún abrazados.

—Te he echado de menos, mi *lady* —le dijo, con un brillo especial en sus ojos.

—Y yo a ti. Aunque la verdad me ha venido muy bien relajarme delante del mar. ¿Cómo ha ido por Milán? —le pidió con interés.

—*La verità anche molto buona.*

Giorgio, le explicó que había podido solucionar un par de problemas, comer con su madre y sus hermanos. Además, su hermana pequeña había anunciado que se casaba.

—También me ha pedido que, la próxima vez, vengas conmigo, ya que quiere conocerte.

—¿Le has hablado de mí? —preguntó sorprendida.

—Solo lo justo. Es muy perseverante e insistente en querer saber cómo va mi vida amorosa por Barcelona —soltó con una sonrisa pícara.

—¿Sabe lo de tu otro negocio?

—No, pero tampoco se extrañaría. Mi familia es muy abierta y liberal en ese sentido. Y ¿sabes qué?, me ha pedido que sea su padrino de boda.

—¡Qué bonito! —exclamó Paula—. Y ¿para cuándo?

Giorgio solo podía avanzarle que sería en primavera, en Como.

—*Sei mai stato?* —preguntó él.

—No. No he estado nunca, pero he visto muchas fotografías —le comentó. A la vez que pensaba que había viajado poco y no era que no hubiese tenido oportunidad, pero reconocía que, en el fondo, el trabajo había sido su refugio.

—Pues un día iremos a pasar un fin de semana. Mi hermana tiene un chalet precioso, con unas vistas impresionantes sobre el lago.

Paula no supo qué responder. Continuaba confusa en lo que se refería a sus sentimientos hacia él y sobre el amor. Se giró hacia donde estaban las cámaras de vídeo que enfocaban el local, para obviar sus pensamientos.

—¿Es desde aquí donde lo controlas todo? —le pidió mientras revisaba lo que tenía a su alrededor. Un despacho minimalista, vanguardista. Mesa de cristal con un par de butacas negras de piel y armarios lacados negros. Un sofá de dos plazas blanco, también de piel.

—Más o menos, pero se podría decir que sí. Esto me permite, por un lado, revisar papeles y facturación y, por el otro, ver qué sucede abajo.

Ante la cara de sorpresa de ella.

—En las habitaciones no hay. Mira…

Enfrente de ellos, había un gran panel acristalado con vidrio oscuro y, sobre la mesa y ante sí, cinco cámaras que enfocaban diferentes partes del local: la entrada, la barra, dos más que daban al resto de la sala y una, encima de la cortina.

—Son únicamente de control. Intentamos no fiscalizar nada, pero si veo algún cliente bebido, o que se pasa con alguien, además de Héctor, a veces he de bajar para poner orden o, simplemente, para echarlo.

Paula asintió seria.

—Tranquila. No es tan a menudo como puedes pensar. *Gente che è abbastanza tranquillo e rispettoso.* Vienen a hacer sexo, no a beber —le dijo sonriendo, mientras la cogía de la cintura y la besaba en el cuello.

—O, ¿vienen engañadas y despistadas cómo yo? —le preguntó sin esperar respuesta.

—Sí, como tú —admitió sonriéndole—. Pero acabaste conmigo, y me dejaste darte placer. Y como… —suspiró.

—Un buen maestro. Supiste llevarme a tu terreno —le contestó mientras se abrazan más fuerte.

—Al terreno que tú querías, no lo olvides. ¿Te has planteado hacerlo con alguien más? —le pidió como quien no quiere saber, aunque sus intenciones eran otras. A Giorgio le gustaría saber que sentía por él.

—La verdad es que después de la sesión con Bernat, me está picando el gusanillo de un trío, pero no sé…

—Si quieres, puedes venirte aquí, mirar y escoger. Hubo una vez una chica que usaba una máscara para no ser reconocida. Es solo una idea. El otro día, con Bernat, usamos un pañuelo, pero la máscara te permite presentarte y entrar en la habitación con ella ya puesta —aclaró intentando mostrarse tranquilo.

—Gracias. Me lo pensaré —le dijo mientras le estampó un beso—. ¿Puedo preguntarte una cosa? ¿Te pondrías celoso?

—La verdad… creo que sí, pero también sé cuándo es sexo y cuándo podría ser amor.

—Claro. Y, tú, ¿has estado con clientas?

Giorgio la miró. La confianza, el tú a tú, siempre con la verdad por delante.

—*Domande molto.* Pero te diré que no. En primer lugar, no tengo tanto tiempo libre. *In secondo luogo, tuve na relazione seria, per un bel po 'di tempo in Italia, ed è costato me bastante superare.* No te voy a negar que he tenido un par de relaciones fuera de aquí. *E solo un par de veces ha fatto un trio con due ragazze.* ¿Te importa?

—No. Es simple curiosidad —le contestó, aunque algo en su interior se removió—. A veces, pienso si esto puede engancharme.

—*Questo è un gioco,* no lo olvides. Seguramente, cuando encuentres a la persona con quien quieras compartir tu vida, de una manera más seria, ya no te interesará venir más, pero mientras eso ocurre, *godere, my lady* —dijo mientras la besaba.

Un beso como los que él sabía darle, llenando su boca con su lengua. Lenguas que empezaban a bailar un baile sensual. La ropa que les empezaba a molestar y sus manos, en sus espaldas, a arderles.

Cuando sus labios iban hacia su cuello, su erección frotó ya su sexo. Lo que vino a continuación fue desesperado. La sentó encima de su mesa, y le subió la falda hasta la cintura.

—Oh, *my lady*… ¿Qué quieres que te haga? —le pidió entre suspiros.

—¡Quiero que me folles! —contestó ella abiertamente.

Él, de forma rápida, se bajó los pantalones y le tiró del tanga que rompió de un tirón. Le hizo daño, pero no le importó. Le manoseó sus nalgas y le acarició las piernas sedosas. Los dos hervían por dentro. Le lamió otra vez cada centímetro de su piel. Quería que enloqueciese, que volara con él.

Acto seguido, después de ponerse el condón, la penetró, sin preliminares; no hacían falta, estaba tan húmeda y tan dispuesta.

Sus penetraciones eran duras, fuertes y salvajes. A ella le gustaban así; el sexo enérgico y a la desesperada y sin contemplaciones, y él lo sabía. Cada vez que la embestía, Giorgio no dejaba de morderle el cuello, mientras ella respiraba jadeando y paseaba los labios en su pecho y notaba como la piel se le erizaba con el contacto, a la vez que un estremecimiento la recorrió toda ella. Se sincronizaban a la perfección. Los gemidos de ambos brotaban de forma continua; ella le dio miedo de chillar, se mordió los labios en un afán de mantenerse callada. Giorgio le besaba el cuello con pasión, mientras que las yemas de los dedos de ella se clavaban en su espalda.

A lo lejos, continuaba la música. Una música sumamente sensual a ritmo de jazz que poco amortiguaba sus gritos y gemidos.

—¡Más fuerte! —pidió ella—. No pares.

—*Lady* Paula, no sabes lo que estás haciendo conmigo… —le dijo a la vez que la cogía del pelo, se lo tiró un par de veces hacia atrás, volviéndola loca y le puso el dedo corazón en su boca.

—Quiero que te corras —ordenó ella, sudorosa, cuando sintió que llegaba a lo más alto de placer.

—Yo también quiero. ¡Córrete! Necesito sentirte, *lady* Paula. Sentirte loca de deseo.

Giorgio querría alargar el momento eternamente, pero notaba como las piernas de Paula le flaqueaban. Además, sus gemidos la delataban. El último embate de éxtasis, mientras los jadeos se perdían tocando el cielo. Por unos segundos, se quedaron abrazados, sus cuerpos pegados uno con el otro, mientras sus respectivas respiraciones se tranquilizaban, al son de la música que sonaba y de la que ya eran conscientes.

—*Mi encantas e lo sai*. Es solo olerte, y me vuelvo loco —le confesó Giorgio, estampándole un nuevo beso en el cuello.

—Maldito orgasmo y malditas ganas de volver a repetirlo ——se le escapó a ella.

Giorgio la miró a los ojos:

—Ven —le dijo él—. Mi *lady*, *s*abes que me acostumbraría a ti.

—No puedes. No podemos. Es nuestro trato —le comentó, aunque por dentro sabía que entre ellos había una conexión especial, incapaz de definirla, pero sabía que iba más allá de la pura atracción.

Lo cierto era que la caja de Pandora se abrió el primer día; quizás porque él fue el primero; pero estaba Marc, y también saltaron chispas al conocerlo. Además, era cariñoso, familiar y responsable. Aun conociéndolo poco, seguro que era fiel, y con él podría formar una familia como siempre había imaginado.

Con Giorgio, el sexo y el follar eran especiales, únicos y a la vez, familiares. La entendía. Entendía sus necesidades y sabía satisfacerlas. Con él no se había planteado nada más y no sabía el porqué. Quizás por el ambiente en que se movía. Pero debía reconocer que era una persona seria, con su propia empresa, atenta y cariñosa, y eso también le gustaba.

Pensaba que cuando conociera al hombre de su vida lo sabría, sin embargo, entonces, lo único que tenía eran dudas y más dudas.

¿Se podía estar enamorada de dos hombres a la vez?

Capítulo 32

Julio.
Necesidad de acercarse con los suyos.

Desde la muerte de su abuela, Elisabeth, su madre, se mostraba más atenta y pendiente de Paula. Cada noche la telefoneaba para saber cómo le iba y cómo se sentía. Sus llamadas las ponían al día de sus trabajos y de cómo se encontraban los abuelos y, sobre todo, el abuelo Pere. Aunque sentía añoranza de su hija y desearía tenerla a su lado, para cuidarla, sabía que era fuerte y lo superaría. Pero, no sabía el porqué, tenía miedo de que esa situación las separase aún más, como cuando se fue a estudiar a Barcelona. Sabía que algún motivo grave ocurrió y le preocupaba no haber estado a la altura, ni junto a ella. Ahora no quería que sucediese lo mismo; quería y deseaba que la sintiese a su lado.

—El abuelo está bien. Cada día viene a comer a casa y Matilde le prepara la cena que se lleva en *tuppers*.

—Y, ¿cómo lo ves? ¿Está muy triste, aún?

—Claro. No podemos evitar que lo esté. Son muchos años de convivencia y de amor. Juntos, han pasado por tantas cosas, buenas y malas, que eso es difícil de olvidar. Pero, a pesar de todo, lo veo bien. Sabe que estamos a su lado, y eso es lo más importante. Además, hace un par de tardes que, sale a pasear con Joan y Matías, sus amigos de toda la vida, para distraerse.

—Me entristece que esté así. Quizá este fin de semana vaya a veros.

—¡Qué bien! Nos gustaría. Y el abuelo se pondrá contento si vienes.

Al cabo de pocos segundos, Elisabeth retomó la conversación.

—Además, hay otro tema que querría comentarte. El abuelo cree que ya es el momento de esparcir las cenizas en el mar. En cala Montgó. Ya sabes que es lo que deseaba la abuela.

—Sí. Será bonito —contestó Paula entre la tristeza y la melancolía.

—Pues, si te parece, cuando vengas lo hablamos, y decidimos cómo y cuándo.

Al ver que su hija no decía nada, ella prosiguió.

—¿Te cuidas, Paula? —preguntó con voz de preocupación.

—Sí, mamá. No te preocupes por mí.

—Pues lo hago. Eres mi hija y te quiero mucho.

—Yo también, *mami*.

—Sabes que me tienes a tu lado para lo que necesites, ¿verdad? —le repitió.

—Claro que sí. Y tú a mí, ¿no? —contestó con ganas de zanjar el tema. No quería dar pie a nada.

—No quiero ponerme sentimental, pero estos días, con todo esto, estoy un poco floja. Por suerte, los abuelos están bien e Ignasi me cuida mucho. Pero tú estás lejos, y bueno… ya sabes.

Elisabeth detrás del teléfono presentó los ojos húmedos. Cada vez que mencionaba a la abuela, no podía evitar que le aflorasen las lágrimas.

—No te preocupes por mí, es lo último que querría. Estoy bien, además, Alex y mis amigos me apoyan y también, me miman. —Procuró un tono más desenfadado.

—Me alegro de oírlo. Pues si te parece, pasado mañana, ¿me dices si vienes y a qué hora?

Paula contestó afirmativamente.

—Te quiero mucho, Paula.

—Y yo a ti.

Se despidieron hasta que volviesen a hablar.

Cuando colgó, sintió la necesidad de un acercamiento más profundo con su madre. Poder hablar con ella abiertamente. Hablar de todo y ser sincera. Los consejos y la muerte de la abuela le estaban sirviendo para pensar y querer cerrar puertas, para amar y sentir el amor de sus seres queridos. Vivir el momento y sin las ataduras y miedos de su pasado.

«El pasado, pasado está, me diría la abuela».

Capítulo 33

Agosto.
Estoy bien y feliz. Me gustan dos hombres,
y me encanta "follar".

Estaba cansada. Había sido una sesión maratoniana, pero totalmente satisfactoria. Fue Bernat, quien le informó que había un matrimonio que de vez en cuando se acercaban por el local, y habían pedido una compañera femenina.

—He pensado que quizás te apeteciera. Son de confianza —dijo Bernat, animándola a probar.

Se trataba de una pareja joven, de poco menos de cuarenta años. Para Paula era la primera vez que estaría con alguien que no era Giorgio. Y se enfrentaba a ello, tras la máscara.

—Te lo vas a pasar bien —le comentó sonriendo la mujer, después de las presentaciones—. Queremos que estés cómoda y, sobre todo, respeto y comunicación.

—Es así —aclaró él—. Cualquier cosa que no quieras o no te agrade, lo dices claramente y punto.

Paula asintió. Por fuera quería mostrarse segura, aunque por dentro no lo estaba.

—¿Has utilizado alguna vez instrumentos? Ya sabes... —le preguntó ella, mientras le cogía de la mano, en señal de cercanía.

—El *Satisfyer* y poco más —les respondió un poco avergonzada.

—No te preocupes. Veamos qué tenemos en la habitación y decidimos. A Carla, mi mujer, le gusta colocarse un arnés para también poder follar —comentó él.

—¿Por delante o anal? —preguntó ella, intentando no ruborizarse.

—Cómo tú prefieras… —le respondió Carla, al darse cuenta de que Paula era primeriza en ello.

—Vale. Pues preferiría solo delante —confesó intentando poner distancia a futuras proposiciones. En todo caso, ya vería cómo iba todo para decidirse a más.

Les había dicho que para ella era su primer trío con un solo hombre y dos mujeres. Ellos, por el contrario, tenían experiencia. Le confesaron que después de diez años de matrimonio, les gustaba poner un poco de alegría y morbo en su vida, y de vez en cuando, tenían citas como esa.

Ella nunca antes había practicado sexo con otra mujer. Ni tan siquiera besado y le gustaba.

Carla se colocó delante de Paula, dándole la espalda a su marido, a quien ella podía ver. Su cara con su media sonrisa, su pose, su lenguaje corporal, era de lo más morboso. «Su aparente naturalidad no me engaña. Le gusta aquello», pensó Paula, en medio de sus dudas y pensamientos que le pasaban a la vez por su cabeza.

Carla llevaba la delantera, primero, le rozó los labios suavemente. Ella no los rehusó, y los iba separando poco a poco, y se besaron. Era diferente al beso de un hombre: su suavidad, el sabor de su barra de labios, pero también como presionaba y buscaba su lengua. Besos intensos, gemidos y unas manos curiosas, al principio por su espalda, mientras Paula le rodeaba el cuello con sus brazos.

Se tocaban por encima de la ropa, y de pronto lo sintió a él, pegado a su espalda, frotando su trasero, besando su cuello y desnudándola. Las manos de ambos empezaron a recorrer su piel. Paula, ayudó a Carla a desvestirse, mientras él hacía lo propio.

Los tres se dirigieron a la enorme cama y la pusieron en medio de ellos. Él la besaba y Carla le comía el pezón. Pronto, esta fue bajando entre besos por el abdomen y más abajo. Paula dio un respingo, cuando le separó sus piernas y Carla se arrodilló entre ellas.

«Disfruta. Siéntelo», se dijo a sí misma.

Paula tampoco podía estar de brazos cruzados, por lo que le cogió su miembro y empezó a masturbarlo, mientras él, le acariciaba y pellizcaba sus pezones.

Carla continuó lamiendo sutilmente, su sexo. Los tres estaban sumamente excitados.

Al cabo de poco, hicieron que Paula cambiase de postura, mientras Carla se colocaba el arnés y lo lubricaba. Paula se sintió muy mojada y deseosa. Así, de cuclillas, la penetró poco a poco, mientras él hacía que se la chupara, acompasando los ritmos. De cuando en cuando, él besaba a su mujer, por encima de su cabeza y espalda, y se dirigían morbosas obscenidades que a Paula también le gustaban.

Todo era sumamente sensual. No era fuerte, ni embarazoso en ningún momento. Se dejó hacer todo lo que le sugerían, pues continuaba con mucha curiosidad y ganas de experimentar. Intenso y gratificante.

Cuando acabaron y se despidieron, se dirigió al despacho de Giorgio. Aún no había llegado. Se sentó en su butaca y rememoró la experiencia que acababa de tener. Experimentar y gozar. Nunca se hubiera imaginado lo sensual y lo bonito que podría llegar a ser. Todo como en cámara lenta, muchas caricias y besos… Le había gustado, aunque en aquel momento no pensaba ni se proponía repetir. Aun siendo novata, estaba satisfecha por cómo había ido y a su vez pensaba cómo podían no involucrarse emocionalmente, con las otras mujeres que compartían.

Giorgio se sorprendió de verla allí, acurrucada en su butaca, con las manos juntas sobre su regazo y anonadada en sus pensamientos. Era absurdo, pero verla así, lo excitaba. Le gustaba verla tan tranquila, sabiendo lo desbocada que se volvía cuando estaba en sus brazos. Más que el placer físico, le volvía loco ver cómo mostraba su auténtica naturaleza salvaje cuando follaba.

—¡Hola, *bella*! ¿Qué tal estás? —preguntó en un murmullo.

—¡Ostras! Bien. No te he oído… Y, ¿tú? —respondió de carrerilla, sorprendida.

—Me he dado cuenta. A tu servicio. *In questo momento mi farei qualsiasi cosa per avere dentro di me* —dijo al tiempo que Paula se pasaba la mano por el cuello, mientras le lanzaba una suave sonrisa—. *¿Stanca?*

—Un poco —le respondió ella, mientras él se le acercaba y le cogía la mano para besársela.

Ella se estremeció ante aquel gesto. Justo después Giorgio se puso un dedo de ella en la boca y lo chupó. Era tan sensual. Ella no pudo más y se rindió a él.

Con la mano libre, él se desabrochó los pantalones. Su miembro, grande y contundente, le caía pesadamente sobre la mano.

—Giorgio… —susurró placenteramente.

—*Ho bisogno te*, Paula.

Ella intentó deshacer el nudo del cinturón del batín, pero le temblaban los dedos y no le resultó fácil. Él se dejó caer de rodillas ante ella, y le abrió.

—Francamente, *bella.*

Después, sujetándola por las caderas, la atrajo hacia él hasta que quedó sentada en su falda, cabalgándolo. La abertura de su sexo friccionaba la suave y ardiente piel de su pene.

—*Ho bisogno di essere dentro di te* —le dijo, mientras se ponía el preservativo.

Paula se emocionó y se estremeció al escuchar su voz excitada. Le encantaba verlo así, descontrolado y loco por ella.

Él la levantó un poco. Su pene resbalaba por su sexo y lo apoyaba en el clítoris. Ella gimió,

lo besaba descontroladamente, se agarró a sus hombros, tensos por la impaciencia y la necesidad. La abrazó con fuerza, inmovilizándola y robándole el aliento. A la vez que ella se agarraba fuerte de él. Lo deseaba con pasión. El calor de su piel la quemaba. La sujetó con fuerza por las caderas y la hizo subir y bajar por su duro miembro. Arriba y abajo. Presionando, clavándose cada vez un poco más.

—¡Sí! —gritó ella.

—Te haré *dipendenti* a esto —comentó él con su voz ronca—. Te volverás adicta a mí. Pronto serás tú quien vendrá a buscarme, aunque estemos en público o cansados, y me suplicarás que te dé placer con la boca y con la lengua. Necesitarás notar mi gusto. Te dejarás caer de rodillas, y me darás placer, tomándome con tu boca y chupándome hasta que me corra dentro de ti, ardiente y loco de pasión.

Paula continuó abrazándolo con fuerza, con los ojos cerrados, sintiendo cómo palpitaban todas y cada una de sus terminaciones nerviosas mientras él seguía clavado en ella. Era una sensación increíble. Nunca se cansaría de él. Giorgio apretó una y otra vez, llenándola de calor y de placer. Su posesión era francamente erótica, y como decía él, muy adictiva.

Porque cuando él se retiraba, aunque fuese por un segundo, Paula se sentía vacía. Cuando entraba en ella, tenía que morderse el labio para no gritar.

—¡Grita! *Fallo, Paula! Voglio sentire. Voglio sapere quanto voglio.* No te preocupes.

Paula gritó. Un sonido seco y gutural salió de su boca. Giorgio le separó los músculos de alrededor del clítoris con las manos, para poder llegar más y más adentro. Moviendo las caderas, siguió penetrándola con habilidad, volviéndola loca de deseo y ansiosa por tener y querer más. Siempre más.

Paula respiró entrecortadamente y le clavó las uñas en la espalda.

—Acaba, por favor… —le suplicó, después de varios minutos de sexo intenso.

—No. *È presto* —comentó él, mientras el sudor le bajaba por la frente.

—Estoy agotada. No puedo más —volvió a suplicarle.

Ante esa advertencia, Giorgio se clavó con toda su fuerza. Ella llegó al clímax con tanta intensidad que todo su cuerpo se estremeció, y el orgasmo se apoderó de su cuerpo. Sus músculos se tensaron y los pulmones trabajaban frenéticamente. Él siguió moviendo las caderas con rapidez y ferozmente. Cuando él se corrió, el clímax fue violento e intenso. Giorgio pronunció su nombre y ella lo acalló con un beso.

Capítulo 34

Agosto.
Miki otra vez.

—Hola, Paula —le dijo Miki, justo cuando esta cerró la puerta. Había sido no solo un viernes de trabajo agotador, sino de una semana intensa, antes de las vacaciones.

—¡Hola! ¿Dónde está Alex? —le preguntó, mientras lo miraba a los ojos. «Son tan penetrantes», pensó.

—Hace un momento que acaba de salir a por pan para la cena —le contestó, mientras se levantaba del sofá y se acercó a ella.

Llevaba un chándal de color gris con una raya lateral blanca, que le sentaba de maravilla, sobre su piel bronceada. El pelo corto y una barba más poblada que la última vez que coincidieron.

Ella se dirigió hacia su dormitorio para cambiarse de ropa y ponerse cómoda.

—Perdona, Paula, ¿tienes un momento? Hace días que quiero hablar contigo —preguntó cogiéndola de las manos y haciendo que se sentase a su lado.

—Claro —respondió mientras lo hacían en los taburetes de la cocina—. Pero si es por lo del otro día, no te preocupes, está olvidado.

—Sí, lo es. Pero me gustaría dejarlo claro. Eres una mujer muy atractiva, y aquel día no sé por qué me sentí abrumado por tu presencia, pero estoy enamorado y quiero a Alex.

—Gracias y me parece perfecto porque yo pienso lo mismo. Además, ella es mi mejor amiga, y bajo ningún concepto le haría daño.

—Lo sé. Por eso quería que quedara claro entre nosotros. No quiero que haya ningún tipo de malentendido ni nada por el estilo. Además, quiero continuar viniendo aquí, para ver a mi chica, y no quisiera tener que esconderme —le dijo Miki, con una sonrisa abierta.

—No tienes porqué —respondió de forma abierta Paula—. Por fin, las cosas claras.

—Gracias —dijo Miki mientras le daba un abrazo—. ¿Amigos?

—Amigos —contestó y se besaron en la mejilla y después en la comisura de los labios y otro, en la boca. Un beso intenso y profundo.

Justo en ese preciso instante, la puerta se abrió y entró Alexandra, con el pan bajo el brazo, y se quedó un poco atónita al ver a sus dos amigos abrazados.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó sorprendida.

—Nada —respondió su chico, mientras se le acercaba y le estampaba un beso intenso.

—Reafirmábamos nuestros lazos de amistad —contestó Paula, intentando no ruborizarse—. Le decía a Miki que, si algún día te hace daño, se las vería conmigo —finalizó mientras le guiñaba el ojo a su amiga.

—Vale, porque sois las dos personas más importantes de mi vida y me gusta ver que tenéis buen rollo.

—Lo tenemos, ¿verdad, Paula? —dijo con un semblante serio, buscando la afirmación de esta.

—Claro. Amigos —dijeron, abrazándose los tres.

El asunto había dado un giro. Los dos sentían que había algún tipo de atracción entre ellos, pero, a la vez, estaba Alexandra, a quien por nada del mundo querrían herir.

Paula se retiró a su habitación. Ellos se encerraron en la suya, pero al cabo de pocos minutos, le dijeron que salían a dar un paseo antes de cenar. La relación de estos, cada día se iba consolidando. A veces, se preguntaban cómo pudieron reencontrarse y cómo su relación había avanzado.

De hecho, Miki le había contado que se quedó prendado de ella al instante que la vio en el local. Y, después de la sesión que tuvieron, sabía que entre ellos había habido química. Aunque no se dieron el teléfono, sí que a él le quedó grabado que trabajaba en una boutique en el paseo de Gracia, por lo que solo tuvo que ir de tienda en tienda hasta encontrarla.

Paula lo sabía porque se lo había contado Alex, que cuando la vio, le dijo que había perdido un reloj y quería saber si ella lo había encontrado.

—Una excusa que no se aguantaba por ningún lado —dijo Alex.

—No encontré otra, pero me sirvió para invitarte a un café —comentó Miki, sonriendo.

Lo cierto era que Alex también había estado pensando en él, durante los días siguientes.

Hacían una buena pareja. Se complementaban, pues ella era abierta y exuberante, al contrario de él, que era más calmado y paciente, aunque en la cama, según Alexandra, era una fiera, que la hacía sentir y gozar, como no hubiera imaginado nunca. Trabajaba en un gimnasio y practicaba triatlón, por ese motivo tenía una buena forma física.

Cuando regresaron, los tres cenaron juntos: pan con tomate y embutido que había traído la madre de Alexandra, esa mañana, de Figueres. Una cena informal entre amigos, aunque Miki y Paula intentaban no mirarse y relajarse. Alex no se percató de nada, todo lo contrario, estaba contenta de tenerlos a su lado.

Capítulo 35

Septiembre.
¿Quién es ella? Una experiencia inolvidable.

Una tarde, ya tarde, estaba Paula esperando a que llegase Giorgio, sentada en su despacho, hojeando una revista, entró una mujer, delgada, pequeña, pero con curvas. Un cuerpo ágil y bien proporcionado. De unos cuarenta y tantos años.

—¿Dónde está Giorgio? —le preguntó en español, pero con un acento un tanto especial—. El camarero me ha dicho que lo podía encontrar aquí.

—Pues no está y no sé cuándo vendrá. Aunque no creo que tarde —respondió Paula, dando un vistazo a la hora en el ordenador—. ¿Quieres que le dé algún recado cuando lo vea?

—¿Eres su secretaria? —le pidió la mujer, sin más.

—No. Solo una compañera —contestó incómoda Paula.

—En todo caso, te agradeceré que le digas que he estado aquí. Soy Vicky, una vieja amiga.

—De acuerdo. No te preocupes —respondió Paula, mirándola a la cara. «Un rostro bello y unos ojos que hablan solos», pensó.

No pudo dejar de mirarla a través del cristal y de la cámara de televisión cuando atravesó y salió del local. Pantalón pitillo marrón, camisa azul cielo, sandalias de cuña y un mega bolso. «Muy elegante. ¿Quién será?», se dijo.

Nunca le había hablado de nadie de su pasado. La verdad era que sabía poco de su vida. Quizá fuese la mujer que lo dejó, o quizá alguien que ocupó el "puesto" que ella ocupaba. Una pequeña tentativa de celos le hacía mella, intentando no pensar en ello. Al volver a mirar a través del cristal, se percató de que entraron tres chicos jóvenes. "Menos de treinta, seguro". Los observó. Después de sentarse y pedir las bebidas, dos de ellos, se levantaron y al poco rato, se liaron con dos mujeres que bien podrían ser sus madres, y cómo el tercero, los vio desaparecer detrás de la cortina quedando solo… Le sentó mal, lo vio por su expresión. «Seguro que le habían prometido que irían y estarían juntos todo el rato y no se separarían».

Después, de lo que le había parecido una reacción de enfado y de disgusto; se quedó con un semblante triste. Un chico más bien tímido. Vestía unos tejanos rotos, una camiseta blanca con rayas azules y zapatillas Nike, también azules. El conjunto le sentaba bien. Tenía unas piernas largas y unos brazos imponentes. Cabello negro, ojos oscuros y una barba incipiente. Era un chico atractivo.

Como le había comentado Giorgio: entender las motivaciones del cliente te permitía conocer mejor que ellos mismos de lo que eran capaces o incapaces de hacer. Los seres humanos actuamos por necesidad. Entender sus necesidades te permite hacerlos felices, si eso es lo que quieres.

—*Lady* Paula me ha pedido que le diga si quiere pasar un rato con ella —le dijo el camarero.

—¿*Lady* Paula? ¿Quién es *lady* Paula? —preguntó él, un poco abrumado, mirando hacia un lado y al otro.

El camarero le mostró una fotografía de ella, en medio de la carta de bebidas. Mientras, ella continuaba observándolo detrás de los cristales oscuros.

En un primer momento estaba desconcertado ante la foto que mostraba a *lady* Paula con su

máscara, y vestida solo con ropa interior negra. A la vez que pensó que tenía un cuerpo de fábula. «¿Quién diría que no a semejante mujer? Y mucho más joven que las otras», se dijo.

—¿Ella sabe de mi situación? Quiero decir, ¿sabe que voy en silla de ruedas? —le preguntó al camarero.

—Claro. Es ella quien ha pedido que se lo diga.

—Vale, en este caso, de acuerdo —dijo él mientras miraba a su alrededor intentando descubrirla.

—Me ha dicho que dentro de diez minutos lo espera justo detrás de la cortina, en la habitación número ocho —le comentó el camarero en voz baja, antes de irse.

Cuando entró en la habitación, no sabía qué hacer, por un instante dirigió una rápida mirada contemplándolo todo, y consultó nerviosa el reloj un par de veces.

—¿*Lady* Paula? —preguntó cuando ella entró en la habitación, cerrando la puerta detrás de sí.

—Sí, soy yo —le dijo al acercarse a él sinuosamente y con elegancia.

Él hacía justo un momento que había realizado la transferencia de su silla a una butaca-camilla, dejando su silla de ruedas a un lado, ella había escogido expresamente aquella habitación, pues intuía que podrían estar cómodos.

—¿Sorprendido? —cuestionó ella con una sonrisa abierta en los labios carmesí.

—La verdad es que sí. Un poco, o, mejor dicho, mucho. Me pregunto ¿por qué quieres estar conmigo? —le pidió, aún anonadado por su proposición.

—Porque me gustas —respondió ella sin más.

—Y, ¿no te importa que sea un discapacitado y vaya en una silla de ruedas? —le preguntó, acto seguido, preso de los nervios.

—¿Por qué me habría de importar?

—No sé. Hace poco más de un año tuve un accidente de moto y desde entonces no he estado con nadie.

—Siempre ha de haber una primera vez… —comentó Paula de forma clara y abierta, sonriéndole.

—Ya. Pero he visto la cara de compasión de ellas. Mis amigos me han dejado solo… Así que ya ves... No me gustaría que estuvieses aquí por lo mismo, no lo soportaría... —le dijo.

—¿Ves cara de pena o compasión en mí? —preguntó al mismo tiempo que ella se quitaba el antifaz, para mostrarle confianza y cercanía.

—No —dijo en un susurro. No se esperaba aquella reacción, y que fuera tan atractiva.

Paula le volvió a insistir que estaba allí con él porque nada más verlo entrar le había gustado. Le había parecido un chico guapo y atractivo, con quien le gustaría jugar.

—Estamos aquí para complacernos. O, ¿no te apetece probar? —le pidió lanzándole un guiño.

—Sí, claro, pero no sé si sabré. Es la primera vez que estoy aquí. La primera vez que estoy en un lugar como este. La primera vez después del accidente y la primera que lo haré con una mujer tan hermosa —enumeró fruto de su nerviosismo.

—Muchas primeras veces, ¿no crees? —le comentó, cogiéndolo de las manos.

—Sí —afirmó riendo—. Lo cierto es que no podía haber soñado con algo mejor. Supongo que vas a ayudarme porque no sé de lo que soy capaz —le aclaró con una tímida sonrisa.

—Claro que sí. Mira, por lo pronto, he pensado que en esta camilla estarías cómodo. Es articulada, puedes levantarla o bajarla a tu gusto. Espera, voy a acercar la mesa auxiliar para que no te cueste coger de ella lo que desees.

Él miró lo que había encima: esposas, pañuelos, cuerdas finas, un consolador y un vibrador. Por un momento quedó un poco acomplejado.

—No te asustes —dijo con una sonrisa abierta—. No hace falta que lo usemos, si no queremos. Solo el preservativo.

—Claro. —Asintió a secas.

—Y, antes que nada, puedo saber tu nombre. Tú ya sabes el mío, Paula.

—Pablo. Me llamo Pablo —respondió él, intentando serenarse, controlar su respiración y sus latidos.

—Perfecto, Pablo.

Ella llevaba un batín corto de satén negro, con unas sandalias negras con tacón de aguja. Un conjunto muy sexy y femenino. Por la fotografía, intuía lo que había debajo. Él se sintió aún un poco angustiado, pues no sabía cómo iba a mostrarse y cómo iba a responder su cuerpo.

En ese momento se encontraba incorporado, casi sentado. La tenía ante sí. Ella se le acercó más a fin de darle un beso, de que pudiera acariciarla y quitarle la ropa.

—Besas muy bien, ¿lo sabes? —comentó ella, cuando de un beso en pico y casto había pasado a un beso intenso y con lengua.

Volvieron a besarse. Después fue ella la que despacio le quitó la suya. Poco a poco, se dejaron llevar por sus emociones, por sus ganas y por su placer. Los dos iban explorando y reconociendo sus cuerpos. Ante él, ella se dejó acariciar por todos sitios, facilitándole las posturas; de hecho, dejó que él llegase a cada una de sus partes más íntimas. Al cabo de un rato, se tumbaron, ella encima de él, con cuidado, mientras lo iba besando, lamiendo hacia abajo, hasta su miembro, que se tensó y reaccionó. Él gozaba ante lo que ella le hacía.

—Me gusta mucho —dijo Paula.

—¡Oh! A mí también. Quiero decir que me gusta cómo lo haces…

—Tranquilo. Tú dime qué deseas y yo te lo haré. Sin miedo. Sin prejuicios.

—Me va bien así —respondió él, cerrando de nuevo los ojos y gozando.

Paula, al rato, se puso en posición del sesenta y nueve, para que él disfrutase de su sexo. Mientras, ella continuaba estimulando sus genitales, con los dedos y con la lengua, y su pene cada vez estaba más predispuesto, más erecto y con ganas.

Poco a poco, Pablo se relajó y le comentó que le encantaban esos reflejos físicos externos que experimentaba; así como las caricias que le hacía en otras partes del cuerpo y las expresiones verbales que le prodigaba, cuando él le contó qué era eso lo que quería y necesitaba.

—¡Ha sido fantástico! —exclamó él cuando acabaron—. Mucho mejor de lo que me había imaginado.

—A mí también me ha gustado mucho. He gozado y he aprendido contigo —susurró al oído —. Estoy feliz por esa sensación orgásmica que has tenido.

—Gracias por hacerlo fácil —agradeció sonriendo.

Paula lo miró. Vio a un Pablo que se mostraba feliz y desinhibido. El miedo del inicio había ido desapareciendo con el paso de los minutos, y ahora era otro chico.

—A ti. Además, ya sabes dónde me puedes encontrar si quieres repetir. Recuerda que lo que te han hecho tus amigos es de egoístas, y diles de mi parte, que has estado con la mejor y que has estado a más que la altura de lo que seguro han estado ellos, por mucho que se vanaglorien.

Capítulo 36

Septiembre.
Con él estoy segura. Será nuestra primera cita.

Últimamente y siguiendo los consejos de Alex, había ido renovando su armario, y también a medida que había aumentado su vida social. Por suerte para ella, los sacaba a buen precio.

Marc la recogía puntualmente bajo su casa. Él se había puesto un traje de color oscuro, camisa impolutamente blanca, corbata azul cielo y gemelos de oro. «Un g*entleman* sexy y elegante, aunque un poco clásico», pensó. Ella había escogido un vestido de tono granate oscuro, con una chaquetilla a juego, que Alex le ayudó a escoger.

No había tráfico y llegaron rápido al teatro. Dejaron el coche en el aparcamiento del mismo edificio. Marc la guio, con paso decidido, por el interior, como si el lugar le fuera muy familiar. Ella, por el contrario, se sentía confusa en aquel ambiente; por un momento, desconocido. Poco a poco, recordó cuando de muy pequeña, sus abuelos, la acompañaban a ver ballet.

Subieron cogidos del brazo por la hermosa escalera de mármol. Las enormes lámparas de cristal en el *hall*, lleno también de plantas verdes y esplendorosas, daban un ambiente refinado y de elegancia al mismo. Paula no podía dejar de admirar las vidrieras de colores, de estilo modernista, que había en la parte superior de las paredes, mientras Marc le comentaba que el Liceu, fue construido en un antiguo convento, sobre el 1844 y la escultura "Música" era de Venanci Vallmitjana. Los acompañaron hasta el palco asignado y, una vez allí, el mundo se les abrió detrás de las cortinas de terciopelo color carmesí.

La magnitud de lo que vio la dejó impactada: la iluminación, con las luces de bronce y cristal en forma de dragón; el escenario, las butacas, de hierro fundido y tapizadas de terciopelo rojo y, sobre todo, la cúpula que le pareció impresionante. Una sala suntuosa con estucos dorados y policromados alrededor. Todo formaba un conjunto con un aire antiguo, lleno de encanto y promesas. En tanto esperaban, Marc le hizo un repaso de la historia del mismo; haciéndole observar los cinco pisos que la componían.

Cuando las luces se apagaron. Silencio sepulcral. Un segundo y se abrió el telón y Paula vio salir a la primera bailarina, de pronto, recordó cómo le había gustado ir al teatro y cómo había soñado poder dedicarse a la danza. Debía tener entre ocho y diez años.

Admiraba la delicadeza de los movimientos, la suavidad con que hacían los pases, y una emoción especial le invadió el pecho. Se percató de que estaba sintiendo desde lo más hondo de su ser. Después, de que sus sentimientos y emociones intentasen que le resultaran indiferentes, durante tanto tiempo, aquel espectáculo le estaba llegando al alma.

Al terminar la obra, salió de su ensimismamiento y su mirada se encontró con la de él, que se hallaba de pie delante de ella. Tragó saliva. «Mierda. Está increíblemente apuesto. Lo agarraría por la corbata y lo arrastraría hasta un reservado».

—No hace falta que te pregunte si te ha gustado —dijo él como de pasada—. Estabas tan asombrada y anonadada con lo que ocurría en el escenario, que me ha parecido que te hubiera gustado estar allí.

—Sí, la verdad es que sí. De pequeña iba a clases de ballet y había soñado con ser bailarina —comentó Paula en un susurro, mientras salían del brazo.

—¡Qué bonito! —exclamó él—. Habrías sido una gran bailarina con este cuerpo que tienes.

—No sé… Ya sabes, el tiempo pasa, crecemos y nos damos cuenta de que ya son solo sueños del pasado, y que la vida continúa y todo es diferente.

—La vida es así. Hay sueños que se cumplen y otros se rompen —le dijo Marc.

De pronto, se encontraron sentados de nuevo en el coche. Marc se mostró tan tranquilo que, por un instante, ella también querría sentirse así.

—Espero que aún no hayas cenado, y tengas hambre —dijo él.

—No. Pero no hace falta... Además, es un poco tarde, y no quiero...

—Pensaba en algo ligero y rápido —insistió sonriendo Marc antes de que acabase la frase y esperando su aprobación.

—De acuerdo. Si es así, perfecto.

—Sé de un sitio cerca donde hacen unos bocatas y unas ensaladas deliciosas.

Lo que nunca se le hubiera ocurrido, siendo él como era y vestidos como iban, que la llevara a un chiringuito a pie de calle, justo en el paseo marítimo. Sentados en taburetes, comiéndose un *Frankfurt* y un refresco, en una noche cálida de septiembre, bajo un cielo estrellado, delante del mar. Ahora mismo, no podría pedir nada más hermoso.

Capítulo 37

Septiembre.
No mezclar trabajo y placer.

Esa mañana acudió al bufete, después de que Paula, el día anterior, lo mandase citar para comentar en persona lo que sabían y habían averiguado de su asunto. Cuando la avisaron de su llegada, ella misma fue a su encuentro. Le dio dos besos a modo de saludo, y le agradeció, de nuevo, la invitación al ballet. Acto seguido, lo acompañó hasta su despacho. Sentados alrededor de la mesa, se encontraban el señor Capdevila y Guillermo, a quienes saludó.

—Este par de meses, Guillermo y yo misma hemos revisado toda la documentación contable de tus empresas de estos últimos cinco años. No solo de Galeríes Blaves de Barcelona, sino también de Girona y Platja d'Aro. Por eso, nos ha llevado un poco más de tiempo. Y, siento decirte Marc, que tal como sospechabas, hay un desajuste importante. Es menor en estas dos, que también lo hay, pero el más grave es en la de Barcelona, como temías.

—De acuerdo —dijo Marc, intentando mantenerse sereno—. ¿Eso quiere decir que alguien de contabilidad o de administración ha estado falsificando los datos?

—Me temo que sí —respondió Paula.

Ante su silencio, ella continuó hablando:

—Aunque, aparte de los contables y los de administración, tenéis una empresa externa que os hace la auditoría, Riera Auditors de Girona, y hemos sabido que tanto Yolanda Esteban como Josep Vilanova comprueban trimestralmente la contabilidad antes de pasarla a ellos, por lo que en un primer momento no sabíamos de quién sospechar.

—¿Y crees que son ellos? ¿Qué ellos están implicados? ¡Imposible! —exclamó él.

—Lo creo —susurró, intentando rebajar la tensión y excitación de Marc, ante aquella noticia—. Cuando con Guillermo, comprobamos que había una falsificación clara de las cuentas, una vez se habían entrado los datos correctamente, la posibilidad de que fueran ellos dos, fue más evidente. Hace unas semanas, para cerciorarnos y después de hablarlo con el señor Capdevila, Guillermo junto a un investigador privado, que algunas veces trabaja con nosotros, los estuvieron siguiendo, y aquí están las pruebas —finalizó mientras extendía unas fotografías donde se les veía en un restaurante cenando; otras, en casa de ella, por la noche, entrando juntos y saliendo al amanecer, y justo otra, con un portátil sentados en un banco cerca de las galerías.

—No me importa su vida privada —comentó aún alterado por todo ello.

—Ya, a nosotros tampoco. Pero al proyectar el zoom en estas últimas imágenes, se los ve repasando la contabilidad, y esto, justo era el día anterior al que se entregaba la documentación a la auditoría. Eso nos lo dijo uno de los contables de Galeríes Blaves —intervino Guillermo.

—No me lo puedo creer, Yolanda y Josep, ¿por qué? —se preguntó en voz alta.

Paula le comentó que estaban planeando un viaje al extranjero. Los empleados creían que era un viaje romántico, pues ya se conocía de su relación, pero podría ser un viaje más definitivo.

—¡Dios mío! ¡Si lo tienen todo! ¿Por qué?

—Ambición, poder, tentación… quién sabe. Ahora, te toca mover ficha a ti —dijo acto seguido el señor Capdevila.

Al cabo de unos instantes, mientras pensaba, los demás estaban a la espera, observándolo.

—Convocaré una junta, y expondré el tema delante de todos los miembros, ellos incluidos.

Evidentemente, serán destituidos, y tendrán que devolver el dinero. ¿De cuánto hablamos?

—Según nuestros cálculos, casi un millón de euros —apuntó Paula.

—¡¿Un millón de euros?! —repitió gritando e incrédulo Marc—. ¡Malditos cabrones! Huy, lo siento.

—No lo sientas, Marc —dijo el señor Capdevila, dándole un golpe con la mano en la espalda, para calmarlo y en señal de apoyo—. Y, si quieres, puedes denunciarlos.

Marc se levantó de la silla, intentando recomponerse de la noticia. Paseó por el despacho serio y concentrado, y con el entrecejo fruncido.

—Hace más de quince años que trabajan en la empresa, Josep, quizás más de veinte. Ya trabajaban con mi padre que los tenía por personas de confianza. ¡Uf! No sé. Estoy turbado… pero creo que, si devuelven el dinero, y con la destitución, será suficiente.

—De acuerdo —respondió ella. En el fondo, estaba contenta de su decisión ante ese hecho; pues, aunque sabía poco de él, lo tenía como una buena persona.

—Si cambias de opinión, nos lo dices —comentó el señor Capdevila, aunque también sabía que no lo haría.

Cuando los demás salieron, Marc le pidió a Paula, si a la mañana siguiente, que era sábado, quería ir con él hasta Platja d’Aro a pasear un poco por la playa y a comer.

—Necesito respirar tranquilidad.

—Me gusta la idea. Además, no tengo nada mejor que hacer. Pero con una condición.

—¿Cuál? —le preguntó Marc, un poco sorprendido.

—Nada de trabajo. Prohibido hablar de él.

Acabaron de convenir los detalles de su encuentro y se despidieron. Paula se dio cuenta de que estaba un poco sonrojada.

«Qué me sucede?».

Capítulo 38

Septiembre.
Ojalá pudiera apostar por esta relación.

—Paula, eres famosa, ¿lo sabes? —le dijo su compañera, al entrar en el piso y cerrar la puerta.

—¿Qué dices? —le pidió ella, dejando la taza de café encima de la mesa.

—He salido a buscar el desayuno en la panadería y mientras esperaba, he visto tu foto con Marc en la portada de *GenteVIP* y he ido al quiosco a comprarla. Mira —le dijo, mientras le daba la revista.

—¡Ostras! Nos siguieron. Yo… yo no lo sabía, y Marc… Marc, supongo que tampoco —balbuceó, mientras al pasar página, vio su imagen reflejada en diferentes fotos, paseando por la playa y después, en el restaurante.

Al lado de las fotografías de ellos, había otras de Vanessa con un chico. Estos en unas actitudes más provocativas y, muy juntos. «Ellos no estaban así. Ellos son solo amigos», pensó Paula, y con el titular *"La relación Roche-Comas hace aguas"*.

Al poco rato, salió Miki de la habitación de Alex, ya vestido. Era habitual que pasase la noche con ella, aunque esos últimos días no había coincidido con Paula.

—¿Qué ocurre? —les preguntó, mientras se sirvió una taza de café.

—Paula acaba de salir en la revista *GenteVIP* con Marc.

—¿Marc? —preguntó él, alzando la ceja y mirándola asombrado.

—Sí. Ya te conté —le dijo Alex—. Marc es un cliente suyo del despacho. Además, está como un tren y le está tirando los tejos, desde hace unas semanas.

Miki la dedicó una mirada inquisitiva, ante la que ella bajó la cabeza. No quería hacer ningún comentario ni provocar ningún número delante de su amiga.

—Es cierto. Es un cliente del despacho. Estoy en estado de shock. Debo llamarlo, quizá aún no lo sepa.

—Yo me voy. Ya me contarás —le dijo Miki a Alexandra.

Paula no pudo dejar de mirarlos, mientras se abrazaban y se daban un beso, cogiendo el teléfono. «Son la luminosidad, la pasión fácil y estridente», pensó.

—Es un bombón —le dijo Alex, cuando cerró la puerta—. Cada día me siento más enamorada.

Paula no dijo nada. Después de un segundo intento, consiguió que Marc contestase y hablaron durante unos minutos.

—Lo sabe. Me ha dicho que lo siente, pero que esté tranquila. Mañana, lunes, hablará con la redacción de la revista. En principio, no saben quién soy, pues si lo supieran hubieran puesto mi nombre y no está, y además las fotografías están desenfocadas y no se me ve bien…

—Así, de momento, podemos estar tranquilas, que no tendremos *paparazzis* en la puerta —comentó Alexandra, sonriendo y con cierto retintín.

—Ya. No hace gracia —dijo Paula seria.

—Lo siento, Paula. Sé que te gusta la discreción, pero ya ves, si sales con un tipo guapo y conocido como Marc, te expones a esto.

En otro salón, otra pareja estaba conversando sobre el mismo tema, una vez habían visto las fotos en la revista. Sus caras y sus rasgos no eran precisamente de alegría, ni de felicidad ni de satisfacción.

—Tendrás que hablar con tu hija —ordenó él, dirigiéndose a su mujer, de forma seria y taxativa.

—¿Por lo que ha salido en la revista? —le preguntó ella, con cierta indiferencia—. Ya sabes cómo son los periodistas…

—Sí, lo sé. Pero ahora sale con Marc, y él es una persona seria y responsable. Esto podría sentarle mal, ¿no crees?

Ella hizo un gesto de asentimiento.

—Nuestra hija siempre ha hecho lo que ha querido, y ya es hora que sepa que tiene una responsabilidad y un apellido, y que sus deslices afectan a la familia —insistió él.

—No te preocupes. Cuando regrese, se lo diré —le comentó su mujer, con relativa impasibilidad y frialdad.

—Hazlo, porque si no lo haces tú, lo haré yo. Y no voy a ser tan tolerante —respondió, con mirada inquisitiva, el señor Roche hacia su mujer.

Durante todo el día, Marc estaba nervioso y abochornado por las imágenes. Lo cierto era que le sentó mal no solo a él, sino también por Paula y le preocupaba lo que pudiese pasar. Ella le parecía una mujer discreta y reservada. Seguro que no le gustaban ese tipo de noticias. Por su parte, él ya sabía dónde se metía cuando conoció y empezó a salir con Vanessa. Pero no pensaba que irían tan lejos ni tan pronto.

A primera hora del día siguiente, habló con los responsables de la revista. Las habían tomado por pura casualidad. Un periodista lo había reconocido y les habían sacado. Por su parte, Marc les dejó claro que su acompañante era simplemente una amiga y su abogada. Después, esperó, pacientemente, que fueran las ocho de la noche, para llamarla. En Montreal, justo era la hora del almuerzo.

—Hola, Vanessa.

—Hola, Marc. ¿Qué tal estás, cielo?

—Bien y ¿tú? —respondió con cierta frialdad.

—Muy bien. Ya sabes: muchas fotos, muchas sesiones, mucho estrés, lo de siempre.

—Ya... Y, ¿cuándo vuelves?

—En principio, si todo sigue su curso, el miércoles por la noche, pero llegaré tarde y estaré cansada. ¿Te parece bien si voy a tu casa el viernes y pasamos juntos el fin de semana?

—Mejor nos vemos el viernes en Barcelona, y comemos juntos. Me apetece hablar contigo.

—De acuerdo. ¿A las dos, en el Divinium?

—Demasiada gente y bullicio. Prefiero, que estemos a solas. ¿Qué te parece en el Prada?

—Perfecto. ¿Ocurre algo, Marc? Te noto serio.

—No. No te preocupes. Hablaremos cuando nos veamos.

—Vale. Adiós, mi amor.

—Adiós, Vanessa.

Cuando colgó, ella sabía que algo iba mal, Marc se había mostrado frío y distante y eso era extraño en él. Sus padres tampoco la habían llamado, por lo que ignoraba lo ocurrido.

Capítulo 39

Octubre.
Celos sí; celos no.

Esa mañana, Paula, a primera hora, se encontró a Miki en la cocina y lo abordó:

—No podemos continuar así, y lo sabes —le dijo con la voz baja—. Ayer me miraste interrogándome y yo no te debo explicaciones de lo que haga y con quien estoy.

—Sí, lo sé. Perdona. Ya sabes que me gusta Alex, pero no sé lo que siento por ti. Creo que es una mera atracción física. No puedo olvidar el simple hecho de verte de aquella guisa aquel día.

—Ostras, Miki. En parte, a mí me ocurre lo mismo. Pero no quiero que Alex lo pase mal por mi culpa, ¿lo entiendes?

—Claro. Yo, tampoco quiero —dijo este.

—Pues ya está. Tema resuelto —finalizó de forma seria y seca.

—Ojalá, pudiera estar con las dos —comentó Miki, sin pensar y con toda inocencia.

Paula exclamó sin dar crédito a lo que había oído:

—¡Miki!

—Lo digo en serio. Quizás si tuviera un rollo contigo, se me olvidaría todo.

—O no.

—Lo sé, lo sé… —dijo haciéndole un guiño, que hizo reír a Paula.

—Tonto…

—Giorgio, ¿te ha comentado alguno de tus camareros que ayer vino una mujer preguntando por ti? —preguntó, mientras este la besaba en el cuello—. No habías vuelto cuando me fui para decírtelo.

—No. Vine tarde. Estuve solucionando, hasta las tantas, un problema en una de las tiendas. ¿Quién era?

—Me dijo que se llamaba Vicky y que era una vieja amiga tuya.

—¿Vicky vino aquí? —le preguntó incrédulo—. Y ¿qué te dijo?

—Solo eso. Que era amiga tuya y que te lo dijese. ¿Quién es? —le pidió.

—Es… Fue mi primer y serio *amore*. Te comenté que había estado un tiempo con una mujer…

—¿Era ella? Y, ¿qué pasó? —preguntó sin dejarle acabar la frase

Giorgio le contó que Vicky ya era una actriz muy conocida en Italia. Llevaban diez años de relación y ya habían fijado fecha para el enlace. Además, habían pensado que su carrera sería en Italia y habían planeado formar una familia. Pero le propusieron filmar una película en Estados Unidos. Ella creyó que era una ocasión única para hacer el salto al cine americano, y él le lanzó un ultimátum: la película o él.

—Y, ¿escogió su carrera?

—Sí. Yo solo quería que estuviera a mi lado. No quería irme. No entraba en mis planes, ni en los nuestros un mes antes de la propuesta cinematográfica. La verdad es que tampoco quería compartirla con nadie. *Pure gelosia, lo sai.* Y, simplemente, me dejó.

Paula asintió.

—¿Cuánto tiempo me dijiste que estuvisteis juntos? —le pidió al no recordarlo.

—*Nove anni e dieci mesi, esattamente.*

—Eso es mucho tiempo. Y, ¿qué quiere ahora de ti? —preguntó sorprendida.

—Pues, la verdad, no lo sé. En todo este tiempo, únicamente he sabido de ella por la *rivista* y por mi familia. Si no te dio ningún contacto, supongo que volverá.

De pronto, Paula se fijó cómo sus ojos le brillaban con una intensidad especial, que pocas veces le había visto. Debía ser cierto lo que dicen que el primer amor nunca se olvida.

—Y ¿cómo sabe que es tu local? —cuestionó extrañada por esa aparición tan repentina.

—No lo sé y no me importa —le respondió.

Pero al cabo de unos segundos de relativa indiferencia, pensó en qué querría de él después de tantos años. Su separación tampoco fue del todo amistosa.

Por el contrario, Paula se sintió incómoda. En esos momentos no quería estar con él. No sabía qué le ocurría, pero no le apetecía que Giorgio estuviese con ella, mientras estaba pensando en Vicky.

—He de irme —dijo, recogiendo sus cosas.

—¿Tan pronto, *lady*? —preguntó, manteniéndose de pie, justo a su lado.

—Sí. He olvidado que he de acabar de redactar una demanda para mañana —contestó Paula. Era la primera excusa que le había venido a la mente.

—¿A estas horas? —cuestionó extrañado Giorgio, mirando el reloj.

—Sí, ¿por qué no? —respondió seria, recogiendo su bolso.

Fue cuando Paula cerró la puerta tras de sí que Giorgio se percató de que al saber de su anterior relación se hubiese podido sentir incómoda, y por ello, le había dado una excusa sin sentido. Ya era tarde. «Mañana la llamaré», pensó.

Así, al mediodía la telefoneó. Había estado ocupado toda la mañana, quería excusarse con ella y por el posible malentendido.

—Siento lo de ayer. No me di cuenta hasta que te fuiste, que quizás te molestó saber de ella…

—No. ¿Por qué habría de molestarme? —le respondió, mintiéndole—. Cada uno tiene su vida y sus asuntos, ¿no? —dijo a la defensiva.

Giorgio se quedó anonadado. No era la respuesta que esperaba.

—Verás… —titubeó—, te quería comentar que hoy ha regresado y vamos a cenar juntos. Quiere hablar conmigo y me gustaría.

—De acuerdo. No hace falta que te excuses, ya sabes nuestro trato.

Paula no debería ponerse celosa, pero lo hizo, no pudo evitarlo. «¿Qué me ocurre? Yo también me veo con amigos, y en concreto, con Marc, y no pasa nada». Entonces pensó que si Giorgio se molestaría al saberlo. Su corazón le decía que sentía algo especial por él, aunque su mente lo negase una y otra vez.

Paula cogió un libro, dispuesta a pasar la tarde, en el sofá con su manta, y olvidar el incidente con Giorgio. Se preparó un poco de fruta cortada a trocitos para ir picando.

Sería la ley de Murphy o el caprichoso destino que, poco rato después, recibió una llamada de Marc invitándola a cenar.

—Perfecto. No tengo nada mejor que hacer —le contestó.

Capítulo 40

Octubre.
Nueva cita con él. Esta vez dormirá en su cama.

Paula tenía tiempo suficiente para ducharse y cambiarse de ropa. Esa vez se vistió con una falda negra de tubo, una camisa verde con un cuello solapa. Recordaba cómo se la hizo cambiar a Alex, que le había traído una en rosa. No le gustaba nada ese color. Lo odiaba, le había dicho. Los zapatos eran de color negro de tacón cuadrado. Complementó el *look* con una chaqueta gris, un bolso de piel y un conjunto de ropa interior que combinaba la blonda con una imitación a piel de color negro. En definitiva, sexy y a la vez, elegante. Por teléfono, Marc no le había querido decir dónde la llevaría a cenar, pero intuía que sería un lugar bonito y con clase.

Lo esperaba tranquilamente, mirando el aparador de la tienda de móviles que tenían bajo su piso, en la acera. Justo a las nueve, apareció él en su Audi de color azul añil. Después de saludarse, condujo hasta el hotel Catalonia. Un hotel de cinco estrellas, situado en pleno centro de Barcelona.

—¿Cenaremos aquí? —le preguntó, un poco extrañada, cuando entraban en el aparcamiento.

—¿No te parece bien? La comida es muy buena —le respondió él.

—Claro, no lo dudo y no tengo ningún inconveniente. Lo digo porque no conozco este restaurante.

—Sabes…, cuando me quedo en Barcelona, me alojo aquí. Tengo reservada una habitación para todo el año —le comentó mientras salían del vehículo y subían hasta la planta donde se hallaba el restaurante.

Marc le contó que, normalmente, terminaba tarde de trabajar y le daba pereza irse a Platja d'Aro, por lo que hacía un par de años, tomó la decisión de buscar un alojamiento y prefirió hacerlo en un hotel, en lugar de un apartamento, pues tenía todas las comodidades y no debía de preocuparse por nada.

Paula, por el simple hecho de saberlo, hizo que sintiese un mariposeo en su vientre, ante la posibilidad de que después de la cena la invitase a su habitación.

La chica de recepción lo saludó por su nombre al entrar. Justo a la izquierda estaba el comedor.

—Buenas noches, señor Comas —saludó el *maître*.

Se intercambiaron saludos y los acompañó hasta la mesa del fondo.

Marc, enseguida que tomaron asiento, se desabrochó la americana y le pidió que les sirvieran agua y cava del Empordà.

—Y, ¿qué celebramos? —preguntó cuando les sirvieron.

—Todo. Salud. Trabajo… —le respondió.

Paula asintió. Chocaron con cuidado sus respectivas copas y después de desearse salud, dieron un sorbo al cava.

La confianza hizo que mientras comían, hablasen tendidamente de diferentes temas. La conversación era fluida y, en un momento dado, Marc le explicó que, justo hacía un par de días, había roto su relación con Vanessa.

—¿Por las fotos? —preguntó Paula, con cara de sorpresa y los ojos como platos.

—En parte sí. Aunque, creo que hace semanas que lo tenía decidido. Vanessa es una buena persona, joven y aún, muy influenciable. Le gusta el mundo de la moda y todo lo que conlleva. No pienses mal, no se droga, ni bebe, ni nada de eso. Pero es joven, guapa y ya se sabe…

—Es un mundo complicado —insistió Paula.

—Lo es. Su padre me llamó, justo al día siguiente, pidiéndome disculpas por las fotografías y por su comportamiento. Estuvimos hablando un buen rato y procuré convencerle de que Vanessa tiene que vivir y disfrutar su vida. Solo tiene veinticuatro años. Además, yo ya había tomado mi decisión, con independencia de las fotografías.

—Lo siento —susurró.

Marc con una sonrisa en los labios, dijo:

—No lo hagas. La verdad es que me siento estupendamente.

La cena transcurrió plácidamente hablando, y poco a poco, pasaron a temas más personales.

—Puedo preguntarte si piensas a menudo en tus padres.

—La verdad es que sí —le respondió con un semblante medio triste, medio sereno.

Le explicó cómo aún veía a su madre, bajita y delgada, de piel blanca como una muñeca de porcelana, en la cocina. Y, su padre dedicándole gestos cómplices, y ella fruncía la nariz y se hacía la ofendida. Parecía que hubiera sido educada en una familia noble, pero era de pueblo. No recordaba ninguna situación donde perdiera aquella formalidad, nada más lejos de su talante cordial y natural con su padre y con ellos.

—Y, tú, ¿piensas en el tuyo? —Quiso saber él.

—La verdad es que poco. No me acuerdo casi de él. Solo tenía tres años cuando murió —le comentó con toda naturalidad.

—Lo siento —dijo mientras ponía sus manos encima de las de ella.

—*C'est la vie!* —contestó ella, levantando los hombros.

Los camareros ya habían recogido el resto de las mesas. Eran más de las doce de la noche de un viernes.

—Nos hemos quedado solos, por lo que creo que es un buen momento para decirte que me gustas, pero creo que ya lo sabes —confesó él, aún con una de sus manos encima de la de ella.

—¿Sí? Y tú a mí —respondió ella de inmediato.

—Desde que entraste por la puerta del despacho del señor Capdevila sentí una fuerte atracción por ti y, cada día que ha pasado y te he ido conociendo, me gustas cada vez más.

—Pues ya somos dos —dijo, sonrojándose al darse cuenta de haber sido tan directa en la respuesta. No era normal en ella cuando de relaciones se trataba.

—Me alegro saber que sentimos lo mismo —le dijo mientras se llevaba las manos a sus labios y las besaba—. ¿Sabes que me gustas cuando eres tan directa y decidida? Es una de las cosas que más me atrajo de ti. Por cierto, ¿es precipitado si te propongo que pases la noche conmigo?

—Me gustaría —respondió, sonriéndole.

—¡Eres fantástica! ¿Lo sabes? Me encanta tu forma de ser —le dijo mientras se levantaba y la besaba en la boca. Un beso nada casto, todo lo contrario, intenso, con ganas e intención.

Capítulo 41

Octubre.
Una noche especial, diferente y única. Su primera vez con él.

Nada más abrir la puerta de la habitación, percibió el olor de Marc en el aire. Lo inspiró. Un olor a masculinidad, a una fragancia seca y embriagadora. Poco a poco, notó como se le calmaban los nervios que se le habían metido en el estómago desde su propuesta y mientras subían por el ascensor. De pronto, tuvo el deseo de tocarlo y de sentirlo, pues a diferencia de Giorgio, que era impetuoso, Marc se había mantenido justo a su lado, sin besarla.

No sabía dónde mirar. Dio un repaso rápido a la habitación. A la derecha, estaba la puerta que llevaba al baño; a la izquierda, un armario empotrado. La habitación era grande, de color salmón; justo en medio, una cama enorme con el cabezal de piel negro, que destacaba la ropa de la misma en tonos grises y blancos. Más allá, un espacio amplio, con un secreter al lado del balcón, que cuando se acercó, vio que daba a una terracita privada, donde había una mesa redonda y un par de sillas de *teka*.

Se giró y lo miró de nuevo. Allí, de pie. Parecía no saber qué hacer; él se desabrochó y se quitó la camisa y a ella le temblaron por unos instantes las piernas. «Dios mío, qué guapo es». Marc era de aquellos hombres que quitaban el aliento. De golpe, recordó la primera vez que Giorgio la había besado, y había sentido su cuerpo debajo de sus dedos. «Paula, para. Ahora estás aquí con Marc». De pronto, pensó en si se pueden desear a dos hombres a la vez.

Los músculos de su cuerpo y de su abdomen están en tensión. El pelo del pecho le bajaba en una línea fina hasta los pantalones y más abajo, donde se le notaba una erección grande y prominente. «¿Cómo podría ella, satisfacer a un hombre como aquel, de manera sensual y no sexual?, pensando en no mostrarse tan directa y que él descubra que es una maestra en el arte del sexo».

Él la observaba, y cuando sus miradas se cruzaron, Marc le sonrió, y se situó en una esquina de la cama, justo delante de ella, quien inconscientemente se mordió el labio.

Paula estaba perdiendo la cabeza por aquel hombre. No cambiaría nada de él, ningún detalle, ni de su cara, ni de su cuerpo. En esos momentos, pagaría lo que fuera para continuar mirándolo eternamente. Las sensaciones que le invadían eran especiales.

—Desde el momento que te vi, te deseé. Y no solo, por una mera atracción física, creo que había algo más profundo. No había anhelado a nadie como te deseo a ti. Ahora mismo, eres lo único que me apetece en el mundo. —Le volvió a confesar Marc.

Paula lo miró. Quieta. Expectante y con los labios temblorosos, ante aquella declaración, mientras sus ojos lo observaban con intensidad.

Marc deslizó sus dedos, delicadamente, por su cara y después por sus labios. Mientras, ella se fijó en sus ojos verdes, sus cejas pobladas, su nariz larga y delgada y su boca, con esos labios carnosos, mullidos y húmedos que esbozaban una sonrisa. Nunca había visto una sonrisa tan bonita, sincera, y clara, que le daba un no sé qué de tranquilidad. Marc se acercó para darle un beso y Paula levantó las manos para hundirlas en su pelo, enredando sus dedos entre sus cabellos.

Se acercaron y empezó la magia, cuando su lengua se internó en su boca y bailó en ella como si le hiciera el amor, de la forma más sensual, Paula gimió, le gustaba cómo besaba porque

había algo tierno y, a la vez, intenso en sus besos… Sus brazos, poco a poco, fueron desabrochando y sacando la ropa de ella, quien, por dentro, se notaba tensa y le costaba dejarse llevar...

La boca de Marc se deslizaba por su barbilla, por su cuello y por su escote. Ella le ayudó a sacarse el resto de ropa. Él se desabrochó los pantalones, que le bajaron, hasta quedarse solo en calzoncillos.

Paula se fijó que tenía poco vello por encima de los pectorales y poseía unos abdominales un poco marcados. Ya le había comentado que hacía algo de deporte en su tiempo libre.

Marc, por su parte, le apartó el sujetador dejando sus pechos al descubierto y se dedicó a besarle y lamerle uno de los pezones, mientras acariciaba el otro.

—Ven, vamos a estirarnos en la cama. Estaremos más cómodos —le propuso Marc, al cabo de un momento.

Los dos sintieron el mismo anhelo por unir sus cuerpos en uno solo. Se tumbaron y se abrazaron. Marc tomó posición, colocándose con cuidado encima de ella y empezó a buscarle el pezón. Acercó los labios para lamerlo, saborearlo. El fuego que les quemó era tan intenso que ninguno de los dos lo podía apagar.

Paula se concentró en el placer, que aumentaba sin freno en su interior. Su clítoris que le pedía a gritos que la tomase. Un cosquilleo que le subía por dentro y que le parecía que de tan intenso le hacía daño. Paseó la lengua por el cuello de Marc que, por segundos, respiró de manera más profunda, y le escupía aire cerca de la oreja, para que se diera cuenta de que estaba muy caliente. Suspiró para evaporar el placer que le inundaba. Y gimió para encenderlo aún más. Para provocarlo y decirle que quería más. Que no parase.

Mientras, Marc le acercó la mano a su pubis y le paseó los dedos por el clítoris haciendo que ella, dejase ir un grito que consiguió reprimir a medias. Los movió con la precisión de un pianista acariciando las teclas de su piano, y Paula estaba perdiendo el norte. Marc aproximó con impaciencia su miembro. No podía esperar más. Necesitaba penetrarla. Quería sentirla.

—Paula, ¿tomas anticonceptivos? —le preguntó, parando en seco, como si el pensamiento le hubiera venido de golpe.

—Sí. No te preocupes —contestó ella, reacomodándose para que volviese a coger el ritmo.

—De acuerdo —le dijo cuando su pene estaba ya a punto de penetrarla. Pero, aun así, cogió un preservativo de la mesilla, rasgó el envase con los dientes, y se lo puso torpemente.

—Perdona —dijo Marc, tras su primera embestida fuerte y certera que hizo que Paula gritase.

—No. No, por favor. No pares.

Cuando colocó de nuevo su miembro dentro de ella, empezó a moverse con ganas; al momento, en un galope desenfrenado.

Paula quemaba por dentro. Él le cogió los pechos y se dobló hasta chuparlos. Se los puso en la boca como si quisiera tragárselos de un sorbo. Los presionaba, los mordía, los lamía, primero uno y después el otro, y ella no dejaba de gemir.

Marc le levantó un poco más las caderas, y empujó con fuerza. La sacaba y se la metía, la sacaba y se la metía, mientras Paula continuaba suspirando. No se atrevía a chillar consciente de que estaba en una habitación de hotel y por miedo a que los oyesen.

Se movían cada vez más deprisa. Movimientos descontrolados. Los dos gemían. Paula echaba la cabeza hacia atrás, mientras él la cogía del cuello con firmeza, para ir rematando el trabajo. El orgasmo empezó a acercarse. Marc se quedó mirándola, sorprendido. No pudo disimularlo. La colisión de caderas era más violenta. Del fondo de su sexo nació un calor que se

extendía por todo su cuerpo, mientras su miembro estaba de lo más dilatado. Impacientes aprovechando la última sacudida de placer. Marc se escurrió resoplando encima de ella, agotado por el esfuerzo.

—Ha sido fantástico —le comentó, ya tumbados boca arriba, uno al lado del otro—. ¿He sido demasiado brusco?

—No. La verdad es que me ha gustado, he disfrutado mucho, y me has dejado extenuada.

—Vale. Me gusta que sea así —le dijo, apartándole un mechón de cabello de la cara—. ¿Tienes hambre?

—Más que nada, tengo sed.

—Si quieres, date una ducha mientras pido que nos suban alguna cosa. ¿Qué te apetece? —le pidió, levantándose desnudo para coger el móvil.

—Una *Coca-Cola light* y algo salado para picar.

De un cajón sacó un pijama, se puso los pantalones y le dio la parte de arriba.

—Por si quieres ponértela —le comentó, a la vez que empezaba a llamar a recepción.

—¿Sabes que en casa siempre voy con pijama abotonado? En verano solo con la parte de arriba, y en invierno, entero. Ella lo cogió, y lo olió. Era Marc sin duda, y ella, también desnuda, se fue hacia el baño.

Capítulo 42

Octubre.
Siente felicidad. Se siente amada.

Una vez duchada, Paula, al salir del baño, se lo encontró sentado de espaldas a ella frente al pequeño escritorio. «Está tan atractivo con el torso desnudo».

Se acercó casi de puntillas, vestida con la camisa del pijama que le había dado, las mangas dobladas, y abotonada con un solo botón; el pelo suelto y aún húmedo. Él la oyó o más bien la intuyó, girándose, a la vez que le lanzó una mirada que la derritió y le señalaba la bandeja, con lo que les habían traído, encima de su secreter. Había dos vasos, una *Coca-Cola* y una cerveza, un plato con queso; otro, con jamón y un poco de pan.

—Ven, siéntate.

—¿Dónde? —pidió ella. Él miró su regazo.

—Lo siento, pero solo tengo una silla. No acostumbro a recibir visitas —le contestó con los ojos brillantes y una sonrisa pícara.

Paula se sentó descaradamente en su falda con las piernas separadas y dándole la espalda.

—Sabes, estoy loco por este cuello y por este hombro… —le susurró él, mientras le daba pequeños besos, por la parte superior de su cuerpo, bajándole un poco el pijama.

—Gracias —contestó ella con una sonrisa y la boca llena.

—¿Gracias por el piropo, por la comida o por lo que hemos hecho? —preguntó él.

—Por todo —contestó Paula sonriente, mientras acomodaba mejor su culo encima de su regazo y de su miembro.

—¡Uf! ¡Qué culo! —exclamó—. Me gustaría jugar con él.

Paula se sobresaltó.

—No te asustes. Solo digo que tienes un buen culo. No hay nada malo, ¿no? —comentó él, ante la turbación de Paula.

Por un momento, Paula recordó cómo había experimentado el sexo anal con Giorgio, quien se lo propuso en uno de sus últimos encuentros. El hecho de sentirse penetrada por los dos lados, le daba cierto morbo. Este le enseñó un plug.

—Hazlo con cuidado, yo nunca... —le dijo, mientras Giorgio lo embadurnaba de lubricante.

—Relájate —le pidió, mientras lo acercaba a su ano.

—¿Me va a doler?

—Un poco quizás, pero te aseguro que al momento te va a encantar.

Giorgio le frotó el clítoris y sus caderas empezaron a seguir el ritmo, y así, ya relajada, se lo introdujo.

—Mmm, Giorgio —gimió Paula, al cabo de pocos segundos.

—¿Te gusta?

—Es...

—Pues espera que sea mi pene el que sientas dentro —le dijo Giorgio sin dejarle acabar la frase.

Después, la hizo subir a horcajadas sobre él y se miraron, a la vez que Paula se dejaba caer, metiendo todo el miembro de Giorgio hasta el fondo.

—Es... es... —Emitía nuevos gemidos, provocados por la novedad de sentirse penetrada por los dos lados. Se quedó clavada y respiró agitadamente.

«Intenso. Diferente. Descolocada. Estupendo, y todo a la vez», pensó.

Una sonrisa que a Giorgio le volvió loco y le dijo:

—Ahora, muévete.

Mientras ella subía y bajaba por su miembro; Giorgio le metió y le sacó el plug. Se volvía más ávida, se corrió enseguida, y acto seguido, lo hizo él, abrazándola con fuerza y sin ganas de apartarse.

Paula volvió a la realidad. A la habitación y a Marc.

—Quizá te he dado entender algo que yo no quiero ni deseo. Solo estamos hablando —le dijo mientras la hacía girar hacia él, y la besaba en la boca, apasionadamente.

Se acabaron la comida, entre risas jugando con ella, con sus lenguas, con sus labios y sus dedos.

Fueron de nuevo a la cama, donde después de acariciarse y besarse, hicieron el amor, esa vez más pausadamente. Al acabar, se quedaron abrazados, hasta que sus párpados no pudieron más, y se dejaron ir en un plácido sueño, cuando ya amanecía.

Paula fue la primera en despertarse. Abrió los ojos, que poco a poco, se habituaron a la oscuridad. Por un instante, se sintió fuera de lugar. Aquella habitación y aquella cama. Se giró y vio a Marc durmiendo tranquilamente a su lado. Estaba guapo incluso dormido. Tenía el brazo en la cara tapándole la frente con el interior del codo.

Allí estaba él, bello como Apolo. Boca arriba. Desnudo; tan solo medio cubierto por la sábana. Su piel, sus músculos relajados y su pelo corto, pero revuelto.

Paula suspiró. Cerró los ojos y recordó lo sucedido durante la noche, luego se escurrió lentamente de la cama. No quería despertarlo.

Marc fingió que dormía. No se arrepentía. Era una mujer fantástica. Su olor, su piel, sus labios... La increíble noche que había pasado con ella. Olía genial, pero es que toda ella le gustaba. Su rostro, su manera de moverse, cómo reaccionaba en la cama... No quería romper la magia. Pero lo cierto, era que, cuando se fue, él se durmió de nuevo.

Eran las dos de la tarde cuando le llegó un WhatsApp:

Me he despertado, pero ya no estabas.

Las sábanas revueltas, tu olor entre ellas, en mi almohada, en mis dedos, en mi ropa… y me siento vacío.

Te echo de menos. Marc.

Ella sonrió. Sabía que buena parte de los sentimientos de Marc eran producto de la resaca de la noche pasada; pero otros, quizá, eran más profundos. Nunca hubiera esperado ni deseado que nadie la pudiera amar, sin embargo, si los sentimientos de él hacia ella eran sinceros, deseaba que se quedase a su lado.

Reconocía que lo que habían compartido iba más allá del puro sexo. Entre ellos había química, aunque debía reconocer que no había sido el polvo de su vida. Hasta el momento, no había encontrado a ningún hombre que intentara esforzarse más para complacerla, excepto Giorgio.

«Giorgio, ¿y ahora qué?», pensó.

Por la tarde, acomodada en el sofá de su piso, reflexionó en lo que realmente le atraía de

Marc, aparte de su cuerpo. Su honestidad y sentido común. Su mente ágil y su forma de pensar. Y le encantaba cómo respondía a su cuerpo. Notaba cómo se derretía por ella.

A los pocos segundos, le llegó otro mensaje:

Me gustaría ser el hombre que te llegue al corazón.
El hombre que no puedas olvidar.

«Qué bonita declaración de amor», pensó. «Marc es atento y cariñoso, además, seguro que ha buscado esta frase en el Google, pero me da igual».

De pronto, sintió un pozo de amor y esperanza, que no sabía que existía en su interior hasta que lo conoció. Durante mucho tiempo, su frustración dominaba sus actos y elecciones. Quizá era el miedo para enfrentarse a su responsabilidad como mujer con capacidad de amar y ser correspondida.

Había estado tanto tiempo tan obsesionada en no enamorarse que, finalmente, el olor de Marc, atravesaba la niebla de los recuerdos para volver al presente. Los ojos le brillaban por un amor franco e intenso que ella, de golpe, se sintió indigna de él y pensó en cómo le contaría su pasado. Si quería iniciar una relación, tendría que hacerlo. Pero, ¿cómo?

Capítulo 43

Octubre.
Las cosas acaban saliendo a la luz. No hay secretos.

Paula se cerró en su habitación para conversar tranquilamente con su madre y una vez sentada en la cama, hizo una mueca de crispación cuando oyó su voz al otro lado del teléfono. Esos últimos días no había tenido ganas de hablar con ella, y la había evitado.

—Cariño, hace días que estoy intentando localizarte y no lo consigo —le comentó sin reproche.

—Mamá, si es para saber de la foto que sale en la revista, ya te lo explicaré —contestó por su parte ella, en un tono más serio.

—Bien, en parte, sí. Pero también quería saber de ti. El otro día, hablé con Alexandra y me comentó que estos últimos días no te veía bien. —Le hizo saber suavemente, al notarla seca y seria.

—Mamá, ya sabes cómo es.

Su madre insistió, pues estaba preocupada por ella.

—No pasa nada, de verdad. Estoy muy bien. Mucho trabajo y mucho estrés. Eso es todo.

—¿Ya comes lo que debes? Mira que si caes enferma…

—Sí, no te preocupes. Como, hago ejercicio, salgo con mis amigos…y trabajo mucho.

Su madre asintió no muy convencida detrás del teléfono.

—Y así, ¿qué hay de la fotografía? ¿Sales con Marc Comas, el de las Galeríes de Platja d'Aro?

—Somos amigos. Es cliente del bufete. Salimos a pasear por la playa de Sa Cova, antes de ir a comer, y nos hicieron la foto. No hay nada más.

Por el momento, no quería contarle nada. Aunque sabía que ella no le diría ni le recriminaría nada, todo lo contrario, pero consideraba que aún era pronto para hablar de su relación.

Cuando colgó, Paula decidió salir a caminar un rato, tomar aire y despejarse. Al salir del dormitorio, se encontró con Alexandra y Miki, besándose en el salón.

—Perdonadme. No os he oído —les dijo cuando estos se giraron hacia ella, al oír la puerta.

—¿Estás bien? Hace días que no te veo para nada —comentó Alex.

—¡Perfectamente! Además, acabo de tener una charla con mi madre para recordarme que mi amiga le ha comentado que no lo estoy.

—No te pongas así, pero es verdad. Hace días que casi no te veo, estás más delgada y… no eres la misma —se excusó.

—Estoy bien, te lo aseguro —afirmó de forma tajante, procurando no mirar a Miki.

Aunque ellas se habían prometido que se lo explicarían todo, Paula no había cumplido su promesa. Solo, y de eso ya hacía tiempo, le había explicado que había regresado alguna que otra vez al local. Alexandra intuía que no le decía toda la verdad en ese asunto. Además, sabía que se veía con Marc. Le había hablado de cuanto le gustaba y de lo detallista que era con ella. No solo habían estado juntos comiendo, sino que, después de que se pasase por el despacho para ultimar su demanda, habían ido juntos al teatro.

Aun con todo, no le insistió, ni le preguntó por ello, le daba margen a la confianza, pues

quería que fuese Paula quien le explicase qué le sucedía. Porque estaba claro que algo le ocurría.

Justo al día siguiente, quedaron para salir con todo el grupo de amigos a cenar y tomar unas copas.

—¿Qué te ocurre? —le pidió, por la tarde, que estaban a solas.

—Estoy muy cansada… Trabajo un montón, con varios expedientes difíciles… Mi vida personal un poco revuelta y, para postres, ni leer puedo.

—Déjate de mariconadas, chica. A mí no me engañas. Soy tu amiga y vivo aquí —soltó mientras se le acercaba, sentándose en el sofá con las piernas recogidas.

Paula suspiró. No sabía por dónde empezar a contarle.

—He vuelto varias veces al local. Pero no sé si estoy preparada para contarte más detalles —confesó.

—¿Lo has hecho con otras personas, además, de Giorgio? —le preguntó Alex, seria, conocedora de lo que implicaba un local como aquel.

—Sí, algunas —le respondió en un susurro, como si fuera algo malo.

—Bueno, es algo poco convencional —dijo Alex—, pero te recuerdo que yo también acabé haciendo un trío.

—Lo sé, pero tú, con una sola vez, tuviste suficiente… Yo no y no sé si estoy haciendo lo correcto o debería dejarlo…

—¿Te hace sentir bien? —le pidió.

—La verdad es que sí. Cómoda, liberada… Es que no sabes toda la historia. Mi pasado.

—No me hace falta. Te quiero a ti, cómo eres. Mi amiga. Si piensas que voy a juzgarte por ello o por lo que haces, no me conoces. Deja de pensar sobre ello.

Paula le acabó por contar y le explicó todo, mientras, al hacerlo, lloraban y se abrazaban. Al mismo tiempo, Alex entendió el comportamiento y la necesidad que tenía Paula de interactuar con hombres, para abrirse a ellos y a su sexualidad sin comprometerse.

—A ver, Paula, el mundo es muy grande y somos grandes mujeres. ¿No podemos hacer todas las cosas que somos capaces de sentir? —le dijo Alex.

Paula le agradeció, mientras se secaba las lágrimas.

—Da igual lo complicada que sea nuestra vida, vívela. Todo es efímero y las cosas pasan por alguna razón. Quizás, algún día lo sepamos.

—Pero ahora también está Marc. Me gusta y me hace feliz. Sabes, ya no sale con Vanessa y pasamos la noche del viernes juntos. ¡Es tan atento y tan especial! Pero aún no tengo claro nada.

—¡Oh! ¡Y no me lo contaste! —exclamó Alex, sonriéndole.

—Lo siento. Estoy hecha un lío…

—¿Qué quieres que te diga? No le des vueltas, y déjate llevar. Dicen que el tiempo pone las cosas en su lugar.

—Pero…, ¿tú crees que se puede estar enamorada de dos personas a la vez? No hago más que preguntármelo.

—No lo sé… ¿Por qué no? No sé qué decirte, mientras lo descubres, disfruta. Vive la vida porque el tiempo pasa rápido. Esto es lo que me dice mi madre cada vez que me ve.

—Y, tú, ¿cómo vas con Miki?

—La verdad es que bien. No nos planteamos nada más. Bueno… Sí. Sabes, le he propuesto volver a hacer un trío, pero esta vez con una chica y se lo está pensando.

—¡Ostras! ¿Estás segura? —preguntó sorprendida Paula.

—Los dos somos liberales y partidarios de las relaciones abiertas y de probar… Además, el sexo es sexo —respondió Alex, lanzándole un guiño.

—Es cierto. Te voy a contar que no hace mucho, hice un trío con un matrimonio. Me dijeron que después de varios años y de vez en cuando, les gusta jugar con otra persona, por lo que invitan a una mujer. Los vi tan felices y con tanto amor entre ellos.

—Yo creo que puede ser así, pero la cultura y la tradición han marcado nuestra libertad afectiva y sexual como si fuera un pecado mortal —le comentó su amiga.

—Sabes, Alex, te quiero un montón. Me encanta cómo eres —dijo abrazándola y estampándole un beso en la mejilla.

—Y yo a ti.

Acto seguido, se prepararon unas palomitas y unos refrescos, mientras decidieron mirar una película. Una comedia. Les iba bien reírse y no pensar en nada y la tarde pasó rápida.

Ya con los amigos, después de la cena y de recorrer un par de locales donde tomaron algunas copas, un chico joven los paró por la calle, mientras caminaban y hablaban entre ellos. Les ofreció un folleto, donde se promocionaba un local cerca de donde se hallaban. Decidieron acercarse. Paula no se dio cuenta del destino que tomaban hasta que se encontró ante la puerta.

—No puede ser. No quiero entrar aquí —le dijo Paula al oído de Alexandra.

Esta, por su parte, les comentó que, con Paula, habían estado allí a tomar una copa hacía un par de meses por recomendación de una amiga.

—Es un lugar distinto. No es solo un local de copas —les explicó.

—¿Qué quieres decir? ¿Que además de tomar una copa, si te apetece, puedes tener sexo con quien quieras? Vaya, un local de intercambio de parejas —intervino Luis.

—¡Dios mío! Y, ¿tú has estado? —exclamó Laura, mirándolo.

Luis negó. Solo sabía de su existencia por comentarios. Pues estos últimos años en Barcelona se habían puesto de moda varios de ellos.

—Podríamos montar una orgía, todos juntos —propuso Pau.

—¡Ostras, no! —respondió, inmediatamente, Laura.

—¡No te pongas así, mujer, es solo una broma! —exclamó él, cuando ella le dio un codazo.

—Si no os apetece, vamos a otro sitio, *non problem* —dijo Jonathan.

—¡Gracias! —agradecieron al unísono Paula y Alexandra.

Cuando se dieron la vuelta para tomar otra dirección, la puerta se abrió y un hombre salió del local, hacia la oscuridad de la noche, medio agazapado.

—¡*Lady* Paula!

—¿Cómo? —respondió automáticamente Paula.

—¿No eres *lady* Paula? —le preguntó dirigiéndose a ella.

—¡No! Se debe confundir de persona —contestó, intentando no sonrojarse y disimular al máximo, al darse cuenta de que había metido la pata.

—Sí que lo eres. Nunca podría olvidar un cuerpo, un cabello como este y ese olor… —comentó acercándose más a ella.

—¡No! ¡No lo soy! —volvió a replicar enérgicamente Paula; aunque por dentro estaba asustada.

—Señor, se debe confundir. Ella es amiga nuestra y no ha estado nunca en este local —le dijeron sus amigos, quienes intervinieron a su favor.

—Bueno, si vosotros lo decís. De acuerdo. No insisto más —les contestó al verse rodeado por todos ellos. Sabía que tenía las de perder.

Todos se alejaron de allí y nadie hizo el menor caso, ni ningún comentario más al incidente.

—Te ha reconocido, ¿a qué sí? —murmuró Alexandra, cuando se quedaron las dos un poco rezagadas.

—¿Cómo? —preguntó Paula, inconscientemente.

—Aquel hombre te ha reconocido, ¿verdad? —insistió su amiga.

—Sí. Pero no sé cómo ha podido... —le dijo casi en un susurro por miedo a que los demás la oyesen—. Ya te comenté que había ido algunas veces más. En una de esas ocasiones, él pidió observar cómo lo hacíamos. Se quedó sentado en una butaca, un poco apartado, mirando. Yo llevaba una máscara, cuando no he estado a solas con Giorgio, siempre, he ido con un antifaz. Al acabar, se acercó un poco y me dijo: «¡Fantástico! ¡Me he bien masturbado gracias a ti!».

—¡Ostras! —exclamó en un susurro Alexandra—. Un pervertido.

—Ni que lo digas. Todo en él me dio asco.

—Bueno, tranquila. Nadie sabe nada. Siempre puedes decir que te vio entrar o salir, y lo dedujo. Ya sé que hemos estado hablando esta tarde de todo ello, pero quizá sea una señal del destino y quiero que pienses bien si te vale la pena continuar o si es mejor cambiar.

—Lo haré. Sé que debo aclarar lo que quiero realmente. Te prometo que lo haré. Haber hablado contigo me va a ayudar mucho, además ya te he comentado cuánto me gusta Marc.

Se acercaron al resto de compañeros, para no levantar sospechas, ni que las echasen en falta, y entraron en otro local. Paula intentó divertirse y olvidar el percance.

Capítulo 44

Octubre.
Amigos. Amistad. Feeling. Buen rollo.

Con todos sus amigos quedaron para hacer una barbacoa en casa de Jonathan y Sergi, en Port de la Selva, al siguiente fin de semana.

Paula, aunque le hacía ilusión, pues eran dos grandes amigos, aún se sentía un poco floja y no tenía muchas ganas de celebraciones ni fiestas. Llevaba toda la semana pensando; confusa por todo y sobre todo por lo que sentía por Marc y Giorgio. Sabía que no podía continuar así; que debía ser más honesta y transparente no solo con ellos, sino también con ella misma.

Al final, decidió que iría un poco más tarde de la hora convenida, y se quedaría a pasar la noche en su casa. Necesitaba ver y sentir de nuevo el mar y volver a relajarse como la otra vez que estuvo. Pero antes, tenía que plantearse cómo encauzar su vida.

—¿Qué traigo? —les pidió cuando los llamó.

—Creo que lo tenemos todo bastante controlado —le respondió Sergi—. Pero espera un momento que se lo pregunto a Jonathan, que después me riñe.

Paula esperó sonriendo detrás del móvil. Mientras, oía de fondo cómo hablaban entre ellos.

—Me comenta que sabes hacer una ensalada de patata fantástica. ¿Qué te parece si nos traes una poca?

—¡Perfecto! Y no os preocupéis que voy a ir con ella justo antes de comer.

—De acuerdo. Ya verás cómo te lo pasarás bien y, después, si quieres, hablaremos un rato, mirando este mar, que tanto te gusta.

—Sois dos soles. ¡No sé qué haría yo sin vosotros! —comentó Paula.

—Te hubieras ido y confesado a otro —bromeó Sergi, sonriendo.

—No sé si habría encontrado a alguien mejor...

—Venga, ahora no te pongas sentimental —acabó diciendo este.

Después de colgar, pensó que estaría bien relajarse y desahogarse de nuevo. Lo cierto era que la otra vez, les pudo hablar y desosegarse por la pérdida de la abuela; pero en esa ocasión, se trataba de ella y de su corazón, y no sabía si podría hacerlo.

Cuando llegó, encontró a todas las chicas en la cocina ayudando a Sergi, mientras que, en el patio, estaba Jonathan preparando la barbacoa con ellos, en coro y de pie junto al fuego tomando una cerveza. Los saludó, con un beso, uno a uno.

Alexandra apareció detrás de ellos, con las manos cargadas.

—Os traigo un poco de aperitivo. —Dejó encima de la mesa varios platos con aceitunas, patatas *chips*, mejillones, berberechos…

—¡¿Cómo está la brasa?! —pidió Sergi, desde la puerta.

—Está casi a punto. Y, la carne, ¿ya la tenéis salpimentada? —preguntó Luis, después de echar un vistazo a la brasa de la barbacoa.

—Sí. De todas formas, ya podríamos empezar con los primeros, no sé ¿preferís que dejemos la carne que se vaya haciendo o la braseamos después?

—Yo la haría después —le contestó Pau—. No hay prisa. Tenemos toda la tarde por delante.

—Yo también lo creo —corroboró Luis—. Entre todos ayudaremos y será rápido.

A los pocos minutos, las chicas se incorporaron con agua, vino, pan y un montón de platos con las ensaladas que habían llevado: ensalada verde, de pasta y de patata.

—Cuando queráis, podemos empezar —propuso Sergi.

Todos se sentaron libremente alrededor de la mesa. La comida era divertida. No paraban de comentar anécdotas de sus respectivos trabajos, cotilleos de conocidos y otros temas de actualidad, en un ambiente desenfadado y de confianza que flotaba en el jardín.

Paula se animó y participó activamente en la conversación. Se sintió contagiada por el buen humor de todos ellos. Alexandra, Sergi y Jonathan no la dejaban de lado, haciendo que se mostrase relajada y contenta, pues sabían que esos días estaba un poco más sensible que de costumbre.

Por su parte, ella, observándolos, pensó que era un grupo especial. Un grupo de gente guapa, gente humana. «Seguro que, si les explicara mi pasado, mis angustias y mis secretos no se apartarían, sino que intentarían comprenderme y me darían su apoyo», se dijo para sí.

—Laura ha traído un *mousse* de chocolate que ha hecho ella y, tiene una pinta… —dijo Sergi, mientras lo dejaba en medio de la mesa—. Además, también tenemos helados de diferentes gustos, algún yogur y melón.

—Creo que, de entrada, todos probaremos el *mousse*, ¿no? —sugirió Jonathan.

—Sí. Claro —respondieron todos.

Cuando Paula se llevó a la boca una pequeña muestra de chocolate, el frío en su lengua hizo que se le erizara el vello de la nuca. Lo saboreó con parsimonia, disfrutando de cada bocado.

Fue también Jonathan, quien después, con la ayuda de los chicos, sirvió los cafés, los cortados y algunos licores. Dieron las cinco en el campanario de la iglesia. Todos se mostraban relajados después de una buena comida y buena compañía, cuando las chicas propusieron ir a caminar. Solo ellas se animaron. Los chicos se ofrecieron a recoger la mesa y poner el lavaplatos. Después, se retaron a jugar a las cartas.

Ya de vuelta, Paula tuvo un momento para conversar con Markus y Cristina, antes de que se marchasen. De forma sutil, les pidió qué sabían de la relación entre Marc Comas y Vanessa Roche.

—Se veía a venir que la relación no duraría mucho tiempo —dijo Markus, con cierto desdén.

—Pues… yo no estaba tan segura. La familia de Vanessa, la presiona para que siente la cabeza. Aunque es joven, ha tenido en los últimos años algunas relaciones fugaces, y Marc Comas es un empresario reconocido. Podría haber sido el enlace del año.

—Yo creo que él no estaba a gusto con ella. Durante estas últimas semanas, no se lo ha visto cómodo ni tan contento como tiempo atrás. Además, últimamente, a Vanessa se le ha visto muy acaramelada con Simon Hollyster en Canadá y luego, en Nueva York —comentó Markus haciendo un poquitín de alarde de las últimas noticias que había respecto a ellos.

—Simon… ¿quién es? —le pidió Paula.

—Simon Hollyster es un modelo canadiense que el año pasado fue míster América. Ha participado en diferentes videoclips y está rodando una película con Jennifer López. Eso sí, un papel secundario, pero creo que será un tipo del que se oirá hablar, pues tiene una buena agencia detrás. Además, Vanessa disfruta en este ambiente y aún tiene mucha carrera por delante, por lo que no creo que cambie —le aclaró Markus.

—Tiempo al tiempo —finalizó Cristina.

En su ego interno, Paula estaba contenta. Ellos aún no sabían que Marc, en estos momentos,

estaba con ella, y solo para ella.

Capítulo 45

Octubre.
Amigos especiales y únicos. Confesión.

Todo lo que Jonathan tenía de grande, lo tenía de sensible. Era sencillamente un oso amoroso. Con una simple mirada, con un simple gesto, era capaz de convertir aquello más complejo y difícil en algo sencillo y bonito.

Tomaron asiento en las rocas, distintas rocas, pero no muy separadas las unas de las otras, en Cala d'en Balleu. Aunque no estaba muy lejos del centro del pueblo, era un sitio tranquilo. La otra vez que fue, la llevaron, justo al otro lado, hasta Cala Tamariua, más que preciosa. Respiraban el aire cálido, olían el mar y sentían la tramontana, ese viento del norte tan característico de la zona, en sus rostros. Aún era floja, pero estaba previsto que por la tarde fuese a más.

Jonathan le recordó la frase de Machado: «Caminante no hay camino, se hace camino al andar».

—Siempre hay un camino, Paula, *in the good and the bad times*. Lo que hace falta es tener los sentidos bien despiertos para encontrarlo y recorrerlo. Tú también lo tienes.

—¿Tú crees? Estoy tan perdida en estos momentos…

—Claro. Cada uno tiene su camino y su rumbo. En la vida encontramos gente que va en la misma dirección y con quien compartimos tramos del mismo, ya sea por razones profesionales o personales o, simplemente, porque sí, quién sabe. Unos se apean, otros se suben… y otros, nos harán compañía siempre.

Al cabo de poco, llegó Sergi. Se fijó que hacían una pareja de lo más compenetrada y complementaria y le propusieron meditar un rato, como habían hecho la otra vez, y aunque ella había intentado hacerlo en casa, sin demasiada fortuna quería volver a hacerlo, pues le vino una sensación de bienestar.

Dieron las diez de la mañana en el campanario de un domingo de octubre. El sol empezaba a calentar y lo sentían, al igual que el viento en su piel. Solo el hecho de sentarse en la arena, contemplar aquel paisaje, aquel mar azul que se les abría delante de ellos, se sentía mejor.

Paula intentaba aguzar todos los sentidos, cerraba los ojos para oír el sonido de las olas cuando se acercaban a la orilla o se rompían en las rocas cercanas; sentir el viento frío en su piel y el olor del mar, a sal y a pescado; como le dijo que hiciese Sergi despacio, lentamente y, poco a poco, se dejó mecer por todas aquellas sensaciones.

De regreso a casa, y mientras se duchaba, Sergi y Jonathan en la cocina no podían dejar de hablar de ella.

—Bajo capas de superficialidad y libertinaje, en su corazón, duerme un gran secreto —comentó Sergi.

—*Yes, I know it.* Esta mañana antes de que vinieras me lo ha confesado y creo que ha sido un gran paso.

Sergi asintió, esperando que Jonathan le contase.

—Te lo cuento porque me ha dado permiso. Tiene miedo a los hombres y que en el fondo estos sean como el que la violó.

—¡¿La violaron?! —exclamó Sergi sorprendido.

—¡Chist! Sí, cuando tenía dieciséis años. En la fiesta de su escuela, le metieron una pastilla en la bebida y no recuerda nada de lo que pasó. Pero en su interior está la vergüenza y el pavor de todo ello… Así que en el local swinger que frecuenta prefiere ser la fantasía de los hombres y que ellos no interfieran en su mundo.

—¡Ostras! Y, ¿ella piensa que no puede ser feliz con ninguno?

Jonathan asintió.

—¿Qué no hay nadie esperando allí fuera para darle la vida y la felicidad, porque cree que no se la merece?

—Sí. Exactamente esto. Lo que le pasó cuando era adolescente, le ha transformado la vida. No ha dicho una palabra a nadie, en todo este tiempo. Se lo calló, se lo guardó bien adentro, donde nadie pudiera encontrarlo por miedo a que le digan que había sido por su culpa, o que lo había provocado.

—¡Dios mío!

—Se ve que cuando murió su abuela, un amigo de aquel entonces le contó que sabía quién había sido, pero ella no ha querido saberlo. No quiere remover el pasado. En parte está en paz consigo misma y no desea volver a sentir emociones negativas, que, por una parte, tiene asumidas o medio aceptadas, y eso, creo que es bueno. En este sentido, ha madurado.

—Y ahora, ha aparecido Marc y se encuentra con el dilema de si contárselo.

—Está Marc y Giorgio.

—¿Giorgio? —preguntó, atónito. «Dos hombres», pensó al instante.

—Sí. Es otra historia. Giorgio es el propietario de un local *swinger* de Barcelona, y ha sido su mentor sexual estos últimos meses. Fue el primero con quien se abrió, en las relaciones y al mismo tiempo, intuye algo de su pasado. De hecho, Paula se siente bien con él y la comprende. En el fondo, creo que también está enamorada de él.

—¡Uf! Dos hombres y ella con un pasado trágico. —Asintió Sergi—. No sé..., pero creo que, si ella se abriera por completo, a cualquiera de los dos, sería capaz de sentirse correspondida. Es una gran mujer.

—Creo que es más complicado que eso. Giorgio, en cierta manera, sabe o intuye que alguien en el pasado le hizo daño. Pero parece que Marc no sabe nada y le preocupa, ya que es un hombre más tradicional y clásico, en lo que atañe a estos temas, y no sabe cómo reaccionará si se lo cuenta.

—Espero que la podamos aconsejar como es debido —dijo Sergi, lanzando un suspiro.

—Paula, he de comentarte una cosa —dijo Alex, cuando al día siguiente llegó a casa después del trabajo.

—¿Qué sucede? —le preguntó al verla alterada.

—Nada que preocuparte. Quería comentarte que este mediodía, con Miki, hemos estado en Amantis, la tienda de sex-shop de Sant Antoni, para comprar algún juego, ya sabes...

—Y, ¿qué habéis comprado? —Se interesó Paula.

—En un primer momento, íbamos con la idea de comprar el *NSFW de Truth or Dare*, pero hablando con la responsable, ¡hemos optado por el Lovehoney Oh! *Hot Knots Beginner's Bondage Game* —le respondió mostrándole la caja.

—¡Interesante! —Sonrió ella.

—Pues bien, te quería decir que en la tienda estaba el hombre aquel que te reconoció el otro día… ya sabes…

—¿Seguro, que era él?

—Sí, estoy segura. Ya sabes que soy muy fisonomista. Y, aquel día, me fijé en él.

Paula lanzó un bufido, entre asco y sorpresa por la casualidad.

—La responsable de la tienda, aunque quiso proporcionar cierta intimidad, mientras lo atendía, salió con una gran caja que abrió ante nosotros y sacó el último modelo de masturbador.

—¡Ostras! No me extraña. Ya te dije que era un pervertido —comentó Paula pensando en que quizás vivía cerca de allí.

—Bueno. Solo quería que lo supieras.

—Que haga lo que quiera, mientras no me moleste. Espero no encontrármelo nunca.

De nuevo recordó, aquella mirada de perro hambriento. La observaba con los ojos abiertos, babeando, mientras se movía en la silla con brusquedad para refregar su paquete, antes de sacarlo.

No era muy mayor. Tenía cuatro pelos en la cabeza que llevaba repeinados. Un bigote frondoso y poco cuidado y orejudo. Cojeaba un poco y al caminar, dejaba ir un rastro de colonia barata; por un momento le pareció ver a Gollum.

Cuando iba, se sentaba en la mesa que había al lado izquierdo de la barra, solo, con una copa de vino negro, hasta que podía pasar a alguna habitación para mirar.

Ya en ella se desabrochaba los pantalones, se bajaba los calzoncillos y se sacudía el miembro del derecho y del revés hasta correrse.

Sentía un placer extremo cuando se masturbaba justo al lado de cualquier pareja que se moviera rítmicamente; cerca de los pechos o de cualquier vagina que sin tocarla tenía la certeza que estaba húmeda.

Si se hubiera atrevido, se hubiera plantado entre ellos mostrando su miembro erecto y lo introduciría por el ano. Sabía que ella se mostraría sorprendida, como algunas prostitutas con las que había estado; y sabiendo que no todo el mundo se sentía a gusto cuando le daban por el culo, pero era lo que a él más le excitaba.

Aquella mujer, *lady* Paula, era para él, como una calientabragas compulsiva, cuando estuvo con ella aquella vez, tenía algo que lo hacía enloquecer y había soñado varias veces con ella.

Capítulo 46

Noviembre.
El miedo me puede. La verdad, también.

—Ha llegado este sobre a tu nombre, pero no lleva remitente —le dijo Olga, dándoselo.

—Qué extraño. —Miró el sobre por los dos lados, sorprendida.

—Sí. Estaba junto al resto de cartas en el buzón.

Cuando la secretaria se fue, ella lo abrió. Quedó paralizada al leer lo que contenía. Una nota escrita con letras grandes al ordenador. En ella la amenazaban en publicar su tormentosa doble vida. De pronto, le vino a la mente, aquel hombre. «Está claro que no se creyó que no fuera yo a quien vio la otra noche. Es un ser despreciable y miserable, si va con esas», pensó.

Respiró hondo. No podía permitir ataques de ese tipo. Pero lo que realmente le preocupaba, así de pronto, era que su vida y su carrera irían a pique. ¿Qué pensaría de ella el señor Capdevila? ¿Y su familia? Ninguno la entendería. Y, Marc, tampoco. Ahora que, con él, había iniciado una nueva relación que la satisfacía y que la hacía vibrar, no podía permitir que nadie ni nada se interpusiera.

En ese instante, se asustó. «Piensa, Paula». Por lo pronto, no creía que nadie la hubiese podido fotografiar ni filmar en la habitación, ya que no se permitía entrar móviles, ni otro tipo de aparatos. Casi podría poner la mano en el fuego que era un bulo. Quizás lo hubiera hecho al entrar o salir en el local… y si fuera el caso, era un local de copas. Tampoco había que alarmarse.

A la mayoría de gente de su entorno, les resultaría extraño, que fuera a un sitio como aquel, pero podía dar la excusa de que no lo sabía o había ido para conocerlo y tomar un cóctel.

Después de un buen rato, barajando todas las posibilidades, decidió telefonear a Giorgio.

—Si te parece, mejor quedamos y te lo comento personalmente —sugirió Paula.

Cuando colgó, Giorgio reparó en cómo le había extrañado de su llamada. Hacía casi un mes que no se había pasado por el local, ni tan siquiera se habían hablado, aunque él le había dejado un par de mensajes en el teléfono móvil.

Recordaba que, en su último encuentro, al decirle que se estaba enamorando de ella, tuvo la sensación de que ella se asustó de lo que podía suponer aquel paso y se había distanciado; al menos Giorgio lo creyó así. Había dejado tiempo para la reflexión, pues sabía que no era lo que ellos habían acordado.

Paula, por su parte, después de su estancia en Port de la Selva, sentía la necesidad de poner tierra de por medio con él. Marc estaba siendo alguien importante en su vida, al igual que Giorgio, aunque de distinta forma. Además, consideraba que haber podido explicar toda su historia a sus amigos había sido de gran ayuda y un cierto alivio. Por consejo de ellos, había empezado a visitar a un psicólogo.

Giorgio la esperaba en una cafetería cerca de su trabajo; un lugar donde en principio nadie la conocía. No había querido ir al local, como le había propuesto él, no quería arriesgarse y dar pie a cualquier otro malentendido.

Nada más entrar, lo vio sentado en la mesa del fondo, tomándose un café. El corazón le dio un vuelco y empezó a latirle a mil, entonces, aparecieron de súbito, mariposas en el estómago y

no solo por los nervios. «Qué guapo», se dijo. Giorgio se levantó y se le acercó, vestido, como siempre, de forma informal, pero a la vez elegante, y con un semblante más cansado o triste, quizás fuese la barba de un par de días, pero también sus ojos eran menos brillantes, a los que recordaba.

—Hola, Paula —saludó, mientras le daba dos besos. Se fijó en ella. Continuaba siendo la mujer más guapa que conocía, a pesar de su rostro serio.

—Hola, Giorgio, ¿qué tal?

—*Bene*… Un poco dolido y aturdido por lo que me has contado por teléfono.

—Yo también lo estoy. La verdad que estoy un poco asustada. Quería hablarlo contigo, porque no sé qué hacer ni a quién acudir.

—*Spiegare tutto dall'inizio* —le pidió Giorgio, una vez le habían servido a ella un café con leche.

Paula le explicó al detalle el encuentro que tuvo hacía un par de semanas con aquel cliente mientras iba con su grupo de amigos. Como este la reconoció, a pesar de que tanto ella como ellos, intentaron convencerle de que se había confundido de persona.

—La sensación que tengo y tuve es que no se lo creyó, pero, aun así, nos dejó en paz y se fue. Sabes de quién te hablo, ¿a qué sí?

—Sí. Sé quién es. *Mi sento male per voi*. Nunca nos ha ocurrido algo parecido, ni nunca me hubiera imaginado que pudiese suceder algo así... ¿Dejarás que me ocupe del tema? —pidió él.

—¿Seguro? La verdad es que no sé qué hacer, ni qué medidas tomar sin que se haga público. Tú, ¿crees que puede ser un bulo? Tengo miedo de que mi familia se entere. No sé si podría soportarlo.

Giorgio volvió a insistir que como persona era libre de vivir su sexualidad como le viniese en gana, por muy tradicional que fuese su familia

—Y, ¿qué piensas hacer? —preguntó Paula intrigada.

—Paula, *non preoccuparti*. Ahora es cosa mía. Tendré que tomar algunas medidas. No puedo permitir que esto vuelva a suceder ni que nadie te haga daño.

Su mirada se volvió intensa y desafiante. De pronto, a ella le entró un poco de miedo por lo que Giorgio podría ser capaz de hacer. «¿De qué sería capaz?», se preguntó.

Paula le volvió a agradecer la oferta de que fuera él quien se encargase del tema, a pesar de que estas últimas semanas ella no había querido hablar, ni había respondido a los mensajes, ni tampoco estar con él.

—Lo he notado. Y, la verdad, es que te he echado de menos.

—Yo también. Y, ¿te has visto con Vicky? —le preguntó de sopetón, sin pensárselo dos veces.

—El día que te comenté que fuimos a comer, y otro que fuimos a tomar un café. Y, ¿tú qué tal?

—Me he estado viendo con Marc, ya te hablé de él… Bueno, pues creo que ha llegado el momento, que necesito poner distancia, y de una vez por todas saber lo que quiero hacer con mi vida. No te voy a mentir, nunca lo he hecho, pero creo que me he enamorado. Y, por otro lado, esta adicción que tengo al sexo…

—¿Quién dice que tienes una adicción? Cualquiera diría que follas cada día —comentó antes de que acabase la frase.

—No. No es eso, veo que no me he explicado bien… Ahora soy consciente de que cada vez tenía más ganas de experimentar, y ya no me importaba con quien lo hacía. Bueno, tampoco es del todo cierto. —Sonrió tímidamente—. Cuando lo hacía contigo era muy especial. Para mí,

eres un amigo único y especial. Me abriste a mi sexualidad, a perder mis miedos sobre mi cuerpo y a lo que sentía por los hombres.

—¡Me harás enrojecer! —exclamó, mientras por dentro se le rompía el corazón. Paula hubiera sido su compañera ideal, pero ella estaba enamorada de otro. «No pasa nada», se dijo para sí, procurando ser fuerte, y que no se le humedecieran los ojos. Tampoco le comentó que Vicky formaba parte de su pasado. Que no la quería, que simplemente eran amigos.

—No sé… creo que ha llegado el punto aquel, que quiero una vida normal, como cualquier mujer, disfrutando de una pareja estable que me ame por cómo soy.

—*I spiegare il tuo passato*?

—Aún no. Pero pronto se lo voy a contar todo. Ya sabes que procuro ser transparente y clara. No puedo cargar con un secreto tan grande. Basta ya de secretos. ¿Te imaginas que alguien más me reconociera por la calle? No, no podría. Si no me ama como soy, señal que no me conviene, ¿no crees?

—Si no te quiere, es que es un asno de cabeza a los pies. Y, ya sabes, *sempre hai la mia porta aperta*. Siempre —dijo Giorgio con una tímida sonrisa.

—Lo sé, Giorgio. Gracias, una vez más. Me tengo que ir. Cuídate mucho —se despidió mientras le propinaba un beso en los labios.

—*Ciao*, Paula.

Las pocas esperanzas que tenía él en ese encuentro, se habían esfumado como el humo del cigarro. De pronto, tenía la necesidad de marchar de allí e ir a su casa, con los suyos. Esos días habían sido duros, pues no había dejado de pensar en ella. Por su parte, Vicky, su primer amor, había quedado encerrada en su pasado. Vino a verle porque estaba rodando una película en Barcelona y tenía previsto estar una semana. Se habían visto un par de veces, cuando el rodaje le había permitido un momento de respiro; pero solo para hablar; poner el hacha de la paz entre ellos y enseñarle un poco la ciudad.

Vicky le comentó que había unido cabos, de una conversación entre actores, hablando de un local de citas, con clase y regentado por un italiano, y cuando fue y el camarero, le confirmó que el propietario se llamaba Giorgio Luca, ya no tuvo dudas que era él.

Su carrera de actriz, desde hacía ya diez años, continuaba con éxito y después de varias relaciones, actualmente, estaba viviendo una estable con Mathew Davis, un actor muy conocido con quien lleva más de cinco años.

—Todo un récord en este mundo —le dijo Vicky.

Dos días después, tras reflexionar sobre su futuro, quedó en su despacho con Bernat, quien, en poco tiempo, se había convertido en su mano derecha.

—Quería hablar contigo —le expresó Giorgio, en un tono entre serio y amigable.

—Dime —dijo Bernat con cierta intriga.

—¿Qué piensas de este local?

—¿Por qué me lo dices? Es un negocio que funciona cada vez mejor.

Al poco de conocer a Paula, aquel lugar le venía grande. Lo que fue un juego al principio, ahora lo hacía sentir incómodo. Él no era nada puritano, pero ahora y sin ella, tampoco quería dirigirlo.

—Bueno, ya te comenté por teléfono que deseo irme una temporada.

—Sí, me lo dijiste. Y, ¿quieres hacerlo ya?

—Sí, cuando lo tenga todo arreglado. Por lo pronto, quiero pasar la Navidad con la familia, y había pensado en si querrías encargarte de la dirección del local, no solo durante las fiestas sino por tiempo indefinido.

—Gracias por la confianza, no sé qué decirte… ¿Crees que podré?

—No tengo la menor duda, por eso te lo propongo. Además, estaré localizable y vendré a verte, en función del trabajo en el resto de las tiendas. Sabes que te tengo confianza; conoces bien todo lo que conlleva y no conozco a nadie mejor que tú para sustituirme.

Bernat le agradeció que hubiese pensado en él.

—Procuraré hacerlo bien y no decepcionarte.

—Sé que todo irá bien —contestó Giorgio, aliviado por su respuesta, y abrazándolo por los hombros.

También, habló con Natalia, su secretaria, y le expresó su intención en irse durante un cierto tiempo con los suyos. Creía que podía dirigir sus delegaciones desde allí, y solo puntualmente, se pasaría por Barcelona. Ella continuaría utilizando el despacho de su casa.

En una semana, recogió sus cosas y sus pertenencias, pues tardaría cierto tiempo en volver. Cecilia y Rodrigo seguirían ocupándose del mantenimiento de la casa como siempre habían hecho.

Marchó triste de Barcelona, dejando atrás muchas historias, muchos recuerdos, muchas ilusiones. Y, a ella.

Su verdadera e íntima intención era olvidarla. Sabía que le costaría porque, aunque el tiempo lo cura todo, no sería fácil.

Capítulo 47

Noviembre.
Privado. Amenaza.

El día antes de irse, quiso solucionar otro tema, uno que había pasado a ser personal.

Era viernes por la tarde y a esa hora el local aún estaba tranquilo. Era temprano. Hasta después del atardecer y por la noche no se animaba la gente. La oscuridad acostumbraba a ser una aliada en ese negocio.

Lo esperaba. Le habían avisado que aquel día, como todos los viernes, había ido. Esperó que saliera tomando una cerveza en la barra.

—Señor García.

—Sí…

—Hola, soy Giorgio Luca, el propietario —le dijo acercándose a él—. ¿Ha ido todo bien?

—Fantásticamente bien —le respondió en un tono de voz alegre, mientras que con sus manos torpes y un poco temblorosas se acababa de subir y abrochar bien los pantalones.

—¿Puedo invitarlo a una copa? —preguntó, cogiéndolo por el hombro, como si fuera un colega más.

—Cómo no. Tiene un local, como diría, especial. No sé si lo sabe, pero soy un cliente habitual. Acostumbro a venir una vez a la semana.

—Eso me han dicho —le contestó, mientras le servía un *whisky*—. También me han comentado sus "preferencias". Pero no se preocupe, aquí todo es secreto y confidencial.

—Me gusta oírlo —respondió, relajando la cara, que por un momento se había puesto blanca.

—Es por ello que no nos gusta que las parejas con las que se relaciona, o las personas que vienen a mi local, se les reconozca, ni aquí ni en la calle.

—¿Por qué lo dice? ¡Ah! —respondió acto seguido—. No me lo diga. Es por *lady* Paula. Era ella la que vi aquella noche, ¿verdad? La muy "zorra" dijo que no insistentemente.

Giorgio no se pudo aguantar ante la expresión que utilizó, y lo cogió por la solapa de la chaqueta.

—Creo que no me ha entendido, señor García. Aquí todo es privado. Todo. Y, si usted no puede cerrar la boca ni callarse, es preferible que no vuelva.

—Claro. Entiendo —contestó con voz trémula. No se esperaba esa reacción.

—Además, me han dicho que se dedica a enviar "notitas amenazadoras".

—¿Yo? Yo, no. ¿Por qué piensa que he sido yo? —respondió, a la vez que se descubría.

—Lo sé y punto. Si sé que vuelve a molestar a nadie de aquí o a mi amiga, no seré tan…, digamos, educado, ni respetuoso —dijo, recalcando sus palabras, mientras le apretaba más la solapa a su cuello—. Tengo amigos, como aquel gorila que está en la puerta, que se encargarían de ello. Le ha quedado claro, ¿verdad?

El señor García quedó de nuevo blanco y tembló, a la vez que asentía.

—Ha sido un placer hablar con usted —dijo, mientras lo acompañaba hasta la puerta.

Giorgio vio cómo desaparecía tras ella. «Baboso de mierda», susurró, viendo cómo se alejaba.

Lo que no oyó es que el señor García lo maldijo a él y a *lady* Paula, prometiéndose que eso

no iba a acabar ahí, que nadie lo trataba de aquella manera. Su ego interno había sido humillado y se sentía maltratado.

Con paso ligero llegó a su piso, situado cerca del mercado de Sant Antoni. Era viejo y desde que murió su padre, hacía ya veinte años, nunca se habían realizado ningún tipo de obras, ni tan siquiera reformas para mantenerlo en buen estado.

Era hijo único, soltero y trabajaba de funcionario desde hacía más de treinta años. A sus cincuenta y largos años, nunca había tenido ninguna relación estable, tampoco había tenido el valor para buscarla; al contrario, siempre se había escondido detrás de las faldas de su madre y de relaciones fugaces con prostitutas de la zona del Raval. Por eso, desde que supo del local, no había faltado a la cita de los viernes. Sus actuales preferencias eran las felaciones orales, pero, sobre todo, mirar mientras se masturbaba.

Vestía de forma clásica, por no decir, anticuada. Pantalones y camisa de franela, con americana de paño y, desde hacía un par de años, llevaba gafas de concha con la montura clásica de pasta. A raíz de una intervención de menisco, cojeaba un poco de la pierna izquierda. La nariz afilada, la calvicie más que evidente y los ojos rasgados, hacían de él una persona desconfiada, irascible y amargada.

—¡Hola, mamá! ¡Ya estoy en casa! —gritó cuando entró por la puerta. Su madre era mayor y le fallaba el oído.

—¿Ha ido todo bien? —preguntó ella desde la cocina.

—Sí, mamá. Todo bien.

En su interior sentía cómo su ira y su odio iban a más. ¿Cómo podían tratarlo de aquella forma? ¿Quiénes creían que eran? Él era un buen cliente, que pagaba por los servicios sin rechistar. Ella era solo una fulana y él, su chulo; quizás bien posicionados económicamente, pero solo eran eso. Él, en cambio, era un buen funcionario, buena persona y podía permitirse algunos caprichos…

—¡Ven a cenar, Alfonsito! ¡Ya tienes la sopa a punto!

—¡Mamá! Alfonso, cuántas veces te lo tengo que decir —insistió él de nuevo.

—Eres mi Alfonsito, y siempre lo serás.

En silencio, su cabeza empezó a tramar una venganza. Continuaba repitiéndose, desde que había salido del local, que eso no iba a quedar así, mientras daba el primer sorbo a la sopa.

Por su parte, Giorgio cuando llegó a Milán, hizo que el taxi lo llevase a casa de su madre. Era mediodía y toda su familia se iba a reunir allí para comer.

—¿Estás bien, hijo? —preguntó ella, con preocupación, en un momento que estaban a solas —. Estás muy delgado.

—Sí, *mamma*, ya te lo dije por teléfono. Es cuestión de tiempo que esté mejor. Ahora, un poco flojito, ya sabes. Mal de amor.

—Silvana me contó que habías conocido a una mujer especial…

—Sí. Pero ella quiere a otro. Y ante eso poco puedo hacer.

Su madre le contó cómo su padre amaba a Rosana, una muchacha muy bonita y cariñosa. Él creía que la amaba. Ella solo estaba allí. Cuando Rosana se enamoró de otro, ella continuaba esperándole… No pensó nunca que fuera una sustituta, solo que el tiempo pone a las personas en el lugar justo.

—*Por lo que si questa donna deve essere per voi, sarà*, pero mientras tanto, tú debes *continuare la vostra vita.*

—*Grazie, mamma* —dijo, dándole un beso en la mejilla, aunque en su interior pensaba que no iba a ser tan sencillo.

Durante los días siguientes, sus hermanos intentaron animarlo, ya que constataban que estaba sufriendo. Lo veían triste y deprimido. Le ocupaban las horas con trabajo; iban a menudo a comer juntos y le facilitaban que se encontrase con antiguos amigos y compañeros.

Un día, Silvana le propuso ir hasta Como para empezar a diseñar y organizar los preparativos de la boda. Una vez allí, procuró animarlo, hablaron y tomaron unas cuantas copas, mientras se contaban sus historias y sus secretos. Giorgio se sinceró con ella, no solo sobre Paula, sino también del local y de la visita que le hizo Vicky.

No podía dejar de mostrarse triste imaginando y viendo aquellas espléndidas vistas sobre el lago. Aquel lugar tan especial, aquella belleza en el paisaje, las villas y jardines ribereños, los pueblos y puertos pesqueros y sus iglesias románicas, que le hubiera gustado haber enseñado y compartido con Paula.

—¿Te importa si me quedo unos días más? —preguntó él—. Es tan mágico y relajante este sitio, que me gustaría estar un poco más. Tengo ganas de salir a caminar y respirar este aire tan puro y único.

El lago tenía una áurea especial, una trascendencia cimentada en las profundidades del mismo y retenida entre las abruptas laderas que lo envolvían y lo contenían.

—*Certo.* ¿Pero, crees *che è opportuno per voi di* quedarte aquí solo? —le pidió Silvana intranquila—. S*e si vuole parlare di Dylan e* me quedo contigo.

—*No, non voglio che ti preoccupi, sto bene. Ho solo bisogno di un paio di giorni,* para... pensar.

—Lo entiendo. Yo también me relajaría en un sitio como este, pero no quiero que te tortures ni te machaques, *caro.*

—No lo haré… Vale, solo un poco —le contestó haciéndole un guiño.

—*Ti amo. Vi amiamo tutti.*

—Lo sé. Y, soy fuerte. Saldré de esta. No te preocupes.

Silvana asintió y le comentó que avisaría a la chica del supermercado para que le trajese provisiones para un par de días.

—*Grazie, caro.*

Capítulo 48

Noviembre.
Me gusta cómo ha tratado el tema. Es tan honesto…

Se sentía nervioso. Lo estaba desde que había llegado hacía media hora para la reunión. No dejaba de moverse, de repasar el guion que tenía preparado, había ido al baño un par de veces... Pero, por suerte, cuando llegó Paula, se tranquilizó y, por última vez, fue a refrescarse mientras los miembros de la junta iban llegando y tomaban asiento. Un par de respiraciones y listo. Con paso decidido, entró en la sala y les dio la bienvenida, de pie, presidiendo la mesa alargada.

—Os he hecho llamar de urgencia porque hay un par de asuntos a tratar que requieren vuestra presencia. He pedido a Paula Prat, mi abogada, que esté presente. No sé si la conocéis, pero es una profesional de mi confianza —les comentó tomando asiento.

Ella estaba sentada a su derecha, vestida sobriamente con traje chaqueta de falda añil, y camisa azul cielo. Quería proyectar una imagen seria y profesional en el encuentro entre su cliente y los miembros de la junta de la empresa. Casi no se había maquillado, solo un suave *gloss* en los labios.

La extrañeza en todos era visible. Nunca antes, Marc los había convocado con tanto apremio. Tampoco Josep ni Yolanda, eran conscientes de lo que ese encuentro les deparaba.

—Bien, en primer lugar, quiero informaros que los *mossos* están investigando al tipo que puso la droga en el camión y que atacó a Joan Vergés. Creo que pronto tendremos respuestas.

Todos asintieron.

—Por otro lado, Joan está mucho mejor, dentro de un par de días ya tendrá el alta definitiva y podrá reincorporarse. Aunque, le he pedido que haga unos días más de descanso, él no quiere. La empresa de transportes Gonzalez&Gonzalez se ha hecho cargo de todos los gastos, a la vez, que está ayudando en la investigación para esclarecer lo sucedido.

—Eso son buenas noticias —apuntó animado y con cierta prepotencia Josep Vilanova.

«Ya se te van a bajar los humos», pensó Paula, mirándolo seriamente.

—Sí, lo son. Pero el otro tema por el que os he llamado, es un asunto también preocupante; que, particularmente, me incomoda y me entristece muchísimo. Hace unos meses, por casualidad, comprobé que había unos desequilibrios contables en diversas cuentas de Galeries Blaves. Por ello, pedí consejo al bufete Capdevila-Majó-Prat y, concretamente, a Paula, para que lo comprobara y me asesorara al respecto, pues no soy experto en economía.

A partir de ese momento, las expresiones de incredulidad ante la noticia se hicieron visibles en ellos, y el nerviosismo más palpable y evidente, entre Josep y Yolanda, «cómo es posible que se haya dado cuenta», se preguntaban para sí.

Todos ellos se miraban los unos a los otros, excepto Josep y Yolanda, que evitaban mirarse; pero el rubor le subió a ella y él no paraba de moverse incómodo en la butaca, sin poder articular palabra. Los había cogido bien desprevenidos.

—Pues bien, después de comprobar que así ha sido, os tengo que informar que, en cinco años, hay un desfalco de un millón de euros, y tengo pruebas de quien ha sido —dijo intentando estar calmado.

De pronto, un silencio sepulcral invadió toda la sala. Dejó que pasaran unos segundos.

—Por eso, como director y responsable último, he tomado la siguiente decisión: me gustaría

y agradecería que mañana mismo tuviera la carta de dimisión y el dinero encima de mi mesa. Si es así, no pondré ninguna denuncia. De lo contrario, voy a proceder judicialmente, hasta las últimas consecuencias. —Un nuevo momento de silencio, antes de que Marc finalizase—: Eso es todo. Gracias por venir.

Cuando todos se levantaron y se marcharon sin mediar palabra. Solo un simple adiós de despedida, Marc se dejó caer y se hundió en su sillón. Toda la tensión de la reunión desapareció, mientras, Paula lo contemplaba.

—Lo has hecho muy bien —le animó.

—Estaba de los nervios —confesó Marc, frotándose las manos.

—Pues no se te ha notado. Has estado firme y tajante. Tanto Josep como Yolanda están hechos dos flanes. No me extrañaría que estén en algún bar cercano, medio escondidos, hablando de cómo lo has descubierto y qué pruebas tienes. Pero no te preocupes, algo me dice que pronto tendrás su dimisión y el dinero.

—Eso espero. No me gustaría entablar ningún pleito. Estoy harto de problemas. No me gustan para nada.

—A nadie le gustan, pero te recuerdo que algunos vivimos gracias a ellos —dijo sonriendo, a la vez que se sentaba delante de él, encima de la mesa—. Y, ¿usted cree que yo también soy un problema, señor Comas? —provocó.

—¿Tú? Tú eres el mejor problema que me ha pasado —le contestó, mientras le daba un beso apasionado.

—Me alegra oírlo, señor Comas. Y ¿ahora qué?

—Ahora quiero hacerte el amor encima de esta mesa… Quiero que te derritas conmigo —le respondió anonadado de su propia propuesta. Nunca había sido tan osado.

Marc se cercioró de que la puerta estaba cerrada, que todos habían salido y que no hubiese nadie en la oficina, para dejarse llevar por su deseo. Se abrazaron. Marc hizo que Paula se apoyara en la mesa. Se quitaron las respectivas americanas y se desabrocharon mutuamente sus camisas, sin parar de mirarse y besarse.

Enseguida, Marc le ayudó a desprenderse de la falda, dejándola con la ropa interior. Siempre le había gustado su lencería, elegante, fina y casi siempre de seda o encaje, pero sin muchas florituras. Y, las medias a media pierna, le encantaban. Era tan sexy.

Suavemente, le recorrió con las manos todo su cuerpo, y acto seguido la levantó sentándola, de nuevo, encima de la mesa, y Paula se tumbó.

Marc le pasó los dedos de la mano, desde los labios, pasando por en medio de sus pechos, bajando por su ombligo, hasta su monte de venus, haciendo que ella se estremeciera con su contacto. Mientras a él, le vino la imagen de Richard Gere y Julia Roberts, encima del piano, en Pretty Woman.

Marc la miraba, embobado, allí, hermosa y sensual, tumbada para él.

Se sintió perdidamente atraído, como un imán por ella y pensó en todo lo que podrían construir juntos. Una mujer como ella de compañera. Siempre lo sorprendía, su capacidad de trabajo, sus dotes de gente y como no, en la cama. La notaba segura, decidida y desinhibida. Tampoco sabía mucho de su pasado. No le había contado ni le había pedido con quién había estado y tampoco ella, pero veía que era una mujer liberal sexualmente, a diferencia de él.

Capítulo 49

Noviembre.
La verdad por delante. Sincera, ante todo. Fuerza y valor.

Esos días a Paula solo la perseguía un pensamiento: él, como una incorporación más permanente en su vida e incluso, mentalmente, hacía planes de futuro y se daba permiso para amarlo. Pero también eso le daba miedo.

«Pero, ¿por qué me da tanto pánico contarle mi pasado?», se preguntaba insistentemente. Consideraba que cuando se lo contase, iba a querer cortar con ella; creía que no sería una relación duradera, y sería de nuevo prisionera en un proyecto que no llegaría a término...

Se animó y lo llamó. Le dijo que quería hablar de un tema personal e importante. Él se ofreció en encontrarse en su casa. No sabía que tenía que contarle. Tenía miedo por si ella quería romper su relación. «No. No puede ser eso», pensó Marc.

Eran las tres de la tarde, y ella se estaba armando de valor mientras repasaba todo lo que tenía por decir y cómo, tomándose una tila. Desde la llamada estaba muy nerviosa; no había podido descansar dando vueltas a su mente y se puso más cuando él entró en la cafetería. Su intranquilidad no hizo más que empeorar al ver que él le estudiaba su rostro, intentando adivinar qué le ocurría. Al cogerle de la mano y poner sus labios en los de ella para besarla, Paula estuvo a punto de echarse a llorar.

—¿Qué pasa? —le pidió Marc en un susurro, preocupado.

—Ya te lo contaré luego, en tu casa.

En el ambiente se respiraba tensión y no se dirigieron palabra hasta llegar. Se sentó en el sofá, mientras, Marc preparaba un café con leche para ella y un café para él.

—Pues bien —dijo él—, soy todo oídos.

—Bien… deja que coja aire antes de explicarte algunas cosas sobre mí. Cosas que quizá no te gusten o no te apetezca oír, pero pienso que ha llegado el momento en que debo contártelo —comentó todo seguido y volviendo a tomar aire en un profundo suspiro. Su tensión quedó delatada por la rigidez que sentía en su cuerpo, las manos sudorosas y su voz temblorosa.

Paula se acurrucó aún más en el sofá, buscando cobijo, mientras él le pasaba un brazo por detrás del respaldo, y ponía toda su atención sobre ella.

Respiró profundamente. Se sentía aturdida por el elevado pulso que notaba. No pudo recordar la última vez que había estado tan nerviosa y tan mal. Nunca, así.

—Como ya sabes, mi padre murió cuando yo era muy pequeña. Casi no lo recuerdo. Mi madre, junto a mis abuelos, se ocupó de mí. Ella tuvo diferentes novios antes de conocer a Ignasi, con quien ha encontrado su pareja perfecta. En aquella época, yo era muy tímida, reservada y no salía mucho. Pues bien, cuando estaba a punto de acabar la ESO, en el instituto se organizó una fiesta.

Paula recordó cómo su madre no quería que fuera, pues faltaban dos semanas para los exámenes finales, pero ella tenía muchas ganas porque era la primera vez que la invitaban. Al final, cedió y fue. Se acordaba de la ilusión que le hacía estrenar aquel vestido rosa pálido que compró. Lo bien que le quedaba.

—No sé cómo fue todo, pero, lo único que recuerdo es que yo había estado bailando con un grupo de chicas de mi clase. Había chicos que nos decían cosas y que nos ofrecían bebidas de sus

vasos, pero yo no bebí nada de lo que me dieron. Lo único que tomé fue una *Coca-Cola* que pedí en el bar. Pero al rato, todo me empezó a dar vueltas, me apoyé en alguien, y ya no recuerdo nada más.

Marc se enderezó en el sofá, atónito por lo que le contaba.

—Cuando desperté, estaba en un vestidor, con el vestido arrugado por encima del pecho, sin bragas y echa un trapo. Me habían violado.

—¡Dios mío, Paula! —exclamó Marc, pálido.

—Además, no pude contárselo a nadie —susurró.

—Me dices, que ¿no se lo contaste a tu madre? —le preguntó sorprendido.

Paula le explicó cómo no pudo hacerlo. No lo hizo, en primer lugar, porque no sabía quién había sido, pero también por vergüenza. A la única persona que se lo contó fue a su amiga Olivia, haciéndole prometer que nunca lo explicaría a nadie. Sus manos temblaban y sentía su boca seca.

—¡Dios mío!

—Únicamente, quería cerrar aquel episodio, y es por lo que me vine a Barcelona a cursar el bachillerato, la carrera, y también por lo que apenas voy a Olot. Solo en fechas señaladas, con la familia y nada más. Me cuesta y no me veo capaz de pasear por la calle, mirando a un lado y al otro, preguntándome si me lo hizo el chico que pasa por mi lado o, peor aún, alguien que conozco.

Marc estaba incrédulo y pasmado por lo que le narraba, tanto que se le había enfriado la taza del café entre las manos.

—Estuve durante mucho tiempo, muchos años, sintiendo odio y repugnancia por todos los hombres. No podía mantener una relación con ninguno… Era superior a mí. Me entregué por completo al trabajo. Pero, hace unos meses, empecé a frecuentar un local, como te diría…, diferente.

—¿Un local? Y ¿qué tiene que ver un local? —le preguntó extrañado.

—Espera. Es un local de citas, un espacio donde podía ser yo quien hiciese con ellos todo lo que me viniera en gana, y ellos me diesen el placer que yo quería. Solo sexo y placer.

Marc continuaba sin decir nada. Mirándola. Mientras, ella no sabía qué ver en aquella mirada. El miedo a su pérdida era más que evidente.

—¿Qué me quieres contar, exactamente? ¿Te has prostituido? —cuestionó muy serio y con los ojos abiertos.

—¡No! No es eso. Es un local abierto. La gente va allí y puede tener citas consentidas con otras personas. Durante estos meses he tenido varias relaciones, pero solo por sexo, no por amor, hasta que te conocí.

—¿Con qué frecuencia ibas? —curioseó.

—Depende. Una vez a la semana, o cada quince días. A veces, había estado sin ir hasta un mes.

Marc continuaba boquiabierto. Serio. Confundido. Su mente estaba en blanco, sin saber qué pensar. Puro estado de shock.

—Pues bien, cuando te conocí, enseguida me gustaste, pero tú estabas con Vanessa y solo fui un par de veces más. De pronto, supe que no lo necesitaba y, a medida que lo nuestro pasó de una relación profesional a una relación personal y más seria, dejé de ir. De veras, no me hacía falta. Tú eres la persona a quien amo. Lo que hice allí solo era sexo. —Acabó por comentarle queriendo razonar.

Paula quería que lo supiera antes de que su relación fuera a más. Había intentado contárselo

varias veces, pero le costaba, no encontraba la ocasión. Había llegado el momento, ya no podía cargar con ello y no quería tener secretos con él.

—Ahora ya sabes mi historia. Bien, ya lo sabes todo de mí… —dijo con un hilo de voz temblorosa, el maquillaje y el rímel de los ojos corrido después de derramar un mar de lágrimas.

Por su parte, Marc estaba en estado de shock. No decía nada, además hacía rato que no le podía mantener la mirada, y no sabía cómo reaccionar ante aquella confesión.

—Bueno, ya veo que necesitas asimilar todo lo que acabo de contarte. Me voy —dijo Paula en un susurro.

—No sé qué decirte. De verdad..., no sé, Paula. ¿Tú crees que podemos continuar después de lo que me acabas de contar? —le preguntó él, aún en trance.

—Esperaba que sí, pues forma parte de mi pasado, pero veo que no es así —dijo ella, mirándolo con determinación y, a la vez, una dolorosa pena le abrazaba su vergüenza—. No, mientras me mires con esa cara, como si sintieras repugnancia o pena por mí.

—No soy de piedra, Paula. No sería humano si las cosas no me afectaran, y lo que me has contado es muy fuerte.

Las emociones afloraron en los dos. Un dolor abrasador en el pecho. De golpe, ella se sintió desnuda en todos los sentidos.

—Mírame, Marc. Este cuerpo es el mismo que hace dos días te abrazaba. El que no te cansabas de besar y de poseer. Por el que te morías. Si ya no lo quieres, si ya no te hace estremecer… hemos acabado.

—Paula, yo, yo… —Su voz se apagaba y quedaba en silencio. Su rostro era rígido y distante y sus puños apretados le caían al lado del cuerpo.

Ella recogió su chaqueta y su bolso, y se marchó, sin mirar atrás.

Capítulo 50

Noviembre.
Secretos a la luz. Condenada.

En el coche, Paula se derrumbó. No podía más. El viaje de vuelta a Barcelona se le hizo eterno. Además, empezaba a llover, y debía ir más despacio. Interminable, largo, pesado y doloroso. Vacío, como su estado. La carga que transportaba era tan pesada que le daba la sensación que estaba aún más cansada, como si hubiera hecho el trayecto a pie.

Por suerte, no había nadie en el piso. De pronto, sintió aquel piso vacío como una tumba. Un desierto inmenso se cernía en su interior. Tampoco en ese momento, no podría hablar con nadie, ni tan siquiera con Alex. Se encerró en su habitación, y se escondió acurrucada dentro de la cama, como tantas veces había hecho: tapada con las sábanas hasta la cabeza, soportando el calor que la abrigaba, solo para que nadie la viese en el estado en que estaba.

Lloraba cogida al cojín. «¿Tan difícil es aceptarlo?», se repetía a sí misma. «¿Por qué no puede aceptarme tal como soy y con mi pasado?». No pensaba que sería tan complicado, creía que Marc la entendería, que estaría a su lado, y que juntos empezarían algo nuevo. Pero no había sido así. Le volvieron a aflorar sus miedos, sus recuerdos… Ella que, al final, se había enfrentado al problema. Ella que quería demostrarse que podría iniciar una relación sin la carga de su pasado. Pero, no. Y, el mundo, de nuevo, empezó a romperse bajo sus pies.

Le daba pena pensar que Giorgio fue su tabla de salvación. La tabla de una chica necesitada. Una historia intensa, complicada, y con la amenaza constante de complicarse cada vez que lo veía, y cada vez que estaba con él. La crónica de una muerte anunciada. Mientras, Marc era dulce con ella, la hacía sentir única, especial y despertaba un sentimiento en ella que hasta ese momento no había sentido, ni gozado, ni tenido.

Se hundió. Sintió el peso de haber vivido un mal sueño durante todo ese tiempo, intentando ser alguien que no era; el peso de no haber sido honesta consigo misma, ni con la gente que la quería de verdad. Pero ella, solo lo quería a él. No necesitaba nada más. Sabía que Marc debía perdonarla; sabía que no sería fácil y quizá no lo hiciese nunca.

Cuando Alexandra llegó al piso le pareció oír un ruido extraño, por lo que se acercó a la habitación de Paula. Al oírla llorar, entró sin pensárselo.

—¿Qué pasa, Paula? ¿Qué tienes? —le preguntó preocupada, sentándose en la cama, a su lado.

—Nada. Ahora mismo no quiero hablar.

—¿Te apetece que te prepare un vaso de leche caliente? —le ofreció en un susurro.

—No. Gracias. No quiero nada —respondió entrecortadamente entre sollozos.

—¿Es por Marc, por lo que lloras?

—No me apetece hablar, Alex. Quizás mañana.

—De acuerdo. Ya sabes que estoy aquí para lo que necesites. Sea lo que sea y a la hora que sea, ¿me oyes? —dijo intranquila y confusa.

—Gracias —susurró sin apenas voz.

Alexandra salió de la habitación, dejando la puerta abierta. Paula pasó toda la noche llorando, y ella tampoco pudo dormir, inquieta y pendiente.

A las ocho de la mañana, preparó el desayuno para las dos y entró en la habitación de Paula con la bandeja. El dolor de cabeza era una puta tortura y los ojos le escocían como si hubiera estado pelando cebollas.

—No tengo hambre —le dijo con los ojos rojos y unas ojeras azuladas de tanto llorar.

—Algo tendrás que comer. Como mínimo, hazme el favor de tomarte el zumo de naranja que acabo de exprimir para ti —suplicó.

Paula se incorporó y cogió el zumo que Alexandra le ofrecía mientras se sentaba a su lado.

—He roto con Marc —le dijo a lo pronto.

—Y, ¿cómo ha sido eso? —preguntó sorprendida.

—Ayer le conté mi pasado y mis citas en el local y no me lo perdona.

—¿Te lo dijo así? —cuestionó extrañada.

—La verdad es que no me dijo nada. Se quedó allí, de pie, sin decir nada. En su rostro vi asco, rechazo y pena.

Alexandra la abrazó.

—Pensé que su amor, que nuestro amor sería más grande que todo lo que había pasado. Mi pasado me ha llevado a ser la que soy.

Alex intentaba consolarla, comentándole que no todo el mundo respondía de igual forma y por ello, Marc quizás necesitaba tiempo para digerirlo.

—No sé… Me ha hecho sentir tan sucia, tan mala, tan mezquina.…

—Mi Paula, seguro que no es así porque no eres nada de eso —dijo, intentando consolarla, aún, abrazándola fuerte y besándola en las mejillas—. Yo te quiero un montón, ya lo sabes. Y si al final no te quiere por lo que eres, por quién eres, es que no te merece.

—¿Sabes quién me dijo lo mismo?

—¿Quién? —preguntó.

—Giorgio.

—Pues le doy la razón. —Asintió su amiga.

Marc también pensaba en ella. No podía dejar de hacerlo, pero su orgullo le podía.

Cuando se marchó, no pudo evitar tomar un par de copas de *whisky*. Lo que le había contado era superior a lo que él podía asimilar. Lo de la violación aún podría perdonarle, pero el hecho de que había estado con otros, con más de uno y de una y a la vez… «¿Quién sabe qué más había estado haciendo? Y ¿qué es lo que aún no me ha contado?». Sus creencias y su posición no le permitían pensar tan siquiera en ello. «¿Qué me hubieran dicho mis padres al saber que salía con una chica, que había estado en un local de citas, follándose a todos?».

Con el alcohol, sus pensamientos cada vez iban derivando en actitudes y pensamientos más fuertes, más obscenos y más alejados de la realidad, y de lo que, exactamente, Paula le había explicado.

Habían pasado unos días y Paula seguía mal. Ni tener a Alexandra cerca, ni su consuelo, era suficiente. Sus amigos del Port, al conocer la noticia, la llamaban y le ofrecían que fuese a pasar unos días con ellos. Necesitaba huir, descansar, desconectar de todo. Creía que Marc nunca la perdonaría y le dolía. Tampoco el trabajo le ayudaba a centrarse. Todo estaba perdido.

—Paula, no sé qué te ocurre, pero te veo mal —le dijo, una mañana, el señor Capdevila, en el despacho.

—Lo estoy, pero son problemas personales. Nada que deba preocuparle.

—¿Quieres contármelos? O, ¿crees que soy lo suficiente mayor para no entenderlos? —le preguntó con una tímida sonrisa.

—No. Ya sabe que no es eso.

—¿Es por Marc? —indagó, intentando que ella le contase.

—¿Sabe algo de él que yo no sepa? —le preguntó, con cierta curiosidad, al oír su nombre.

—La verdad es que no sé nada desde hace más de una semana. ¿Va todo bien entre vosotros?

Paula, con el semblante serio, le dijo:

—No. Hemos roto.

—¡Oh! Lo siento. No lo sabía —respondió sorprendido.

Ella levantó los hombros, como diciendo que se le iba a hacer.

—¿Puedo ayudar? —ofreció poniéndole la mano en el hombro, con cercanía.

—No, gracias. Pero… estoy pensando en tomarme unas buenas vacaciones. He trabajado mucho durante estos años, que la verdad, me siento agotada.

—Pues hazlo. Te las mereces. ¿Cuánto hace que no te las tomas? Que yo sepa, no has hecho unas vacaciones como Dios manda, nunca. Aquí, aunque no estés, todo continuará como siempre y cuando regreses, estarás cargada de energía —dijo abrazándola.

—Gracias, es muy probable que lo haga.

—No. Hazlo. Es una orden —mandó él.

Lo cierto era que su recuerdo la ahogaba en cada esquina. A cada paso se le aparecía su imagen y de lo que vivieron.

Se sentía perdida. Si juntaba todo lo que había pasado y sufrido en el pasado, no igualaba el que había sentido aquel día. «¿Cómo ha podido hacerme sentir así?», pensaba, sin poder olvidar su mirada. Todas las explicaciones que se había hecho construyendo infinidad de hipótesis y respuestas, como un juez de instrucción maníaco y enfermo, no le habían valido. Había sido mucho peor.

A medida que pasaban los días y las semanas era consciente que tenía que renunciar a él. Cambiar todos los paisajes de sus planes. Marc ya no estaba. Se hallaba en un duelo profundo y doloroso, sobre todo cuando veía a una pareja besarse o cuando recorría los lugares donde habían estado. De pronto, estaba jodidamente sola.

Capítulo 51

Diciembre.
Salir del pozo.

A pesar de la insistencia de su madre y de sus abuelos, solo fue a Olot, el día de Navidad, sería el primero sin su abuela, y no quería faltar a la cita. Eran días tristes y llenos de recuerdos, aunque todos intentaban estar más o menos contentos y bien.

El abuelo le regaló los pendientes de ella.

—Siempre, me dijo, que te los diese. Recordaba cuando eras pequeña y se los tocabas cuando te dormías a su lado.

Paula se encontraba con el corazón partido y sin ganas de celebraciones ni hacer nada especial en esas fechas. Además, ya de regreso, se quedó sola un par de días, pues Alexandra y Miki iban hasta Figueres, a casa de los padres de ella.

Cuando volvió, Paula le pidió si le apetecía salir y emborracharse con ella.

—Después de tantos días de tensión, quiero salir, relajarme y no pensar en nada. Solo pasármelo bien.

—¿Piensas que, cogiendo una borrachera, podrás olvidar? —preguntó su amiga.

—Supongo que no, pero celebraré que estoy viva, y acabaré el año brindando por uno nuevo mejor —comentó sonriéndole.

—De acuerdo. Saldremos a tomar algunas copas. Te estaré vigilando y cuando vea que estás al límite, regresaremos a casa.

—Mírala. Ahora serás mi guardiana —dijo riéndose, ante la mirada desafiante de su amiga.

—Alguien tiene que vigilarte. Estás de bajón y no sé lo que serías capaz de hacer.

—Nada que te deba preocupar. Te recuerdo que soy mayorcita y sé cuidarme sola —le contestó con cierto retintín.

Se rieron y se abrazaron. Alex sabía que su amiga necesitaba volver a salir y distraerse, ya que la ruptura con Marc había sido un duro golpe.

Se arreglaron. Alexandra se vistió con unos pantalones cortos de piel, encima de unas medias y una cazadora. «Un aire muy rockero. Está muy mona. Ella siempre lo está», pensó Paula.

Ella estaba aún ojerosa de tanto llorar, pero con un montón de maquillaje, lo disimuló. Se puso unos pantalones negros de pitillo y un top de lentejuelas blanco. En el primer pub que fueron, tomaron una cerveza cada una. Hablaron de las fiestas, de la familia y del trabajo y Paula le comentó que había pensado en cogerse unas largas vacaciones.

—Quizá un crucero por el Mediterráneo o irme a tumbar en alguna playa blanca y paradisíaca del Caribe.

—Y, encontrarte con un millonario que te cubra de atenciones y además de un buen amante. —Rio Alex.

—Claro que sí. Y, no me va a importar que sea viejito, mientras haga lo que yo quiera…

No pararon de reír, a cada idea o propuesta que iban inventándose.

—Y, ¿para cuándo sería? —le preguntó con curiosidad su amiga.

—Pronto. Aún no lo tengo decidido. He de cerrar un par de casos que llevo

personalmente…

En otro local al que se acercaron, había una pista de baile, donde aprovecharon para bailar, y beber. Paula ya estaba enturbiada por el alcohol, pero, aun así, continuó bebiendo. Un chico tropezó con ella y se disculpó con una bonita sonrisa. Era un tío atractivo: ojos negros y vivarachos, un buen cuerpo y una boca muy sexy. Le dijo que se llamaba Rafael, y la invitó a una cerveza.

—Mejor a un mojito —contestó ella, a la vez que empezaba a coquetear con él.

Alexandra le hizo señas y le lanzó miradas inquisitivas y reprobatorias desde una esquina. Paula se giró para no verla, y se fijó, con más detenimiento, en su nuevo amigo. Llevaba una camiseta blanca y unos tejanos claros rotos. Rafael le enseñó un tatuaje en el brazo derecho, en su bíceps, que se hizo en Francia, donde había estado trabajando. Él siguió conversando, pero ella ya no lo siguió.

Su amiga, preocupada, se le acercó, pero antes de que llegase hasta donde estaban, Paula le dijo a Rafael al oído:

—¿Te apetece un polvo?

Él rio y le contestó que encantado ante aquella propuesta. Acto seguido, se cogieron de la mano y se escabulleron entre la gente, rápidamente, metiéndose en el aseo de chicos. No había nadie. Se encerraron…, y se besaron. Besos ardientes y rápidos. Sus manos empezaron a tocarla, primero los pechos... Ella se concentró en él, en su boca y en sus ojos…

Pero ni sus manos, ni su boca, ni su piel, ni su jadeo eran los de Marc. Entonces, lo miró. Cerró los ojos, y aún con las ganas de dar aquel paso, de pasar de todo y de todos y de intentar olvidarlo todo, no pudo.

—No puedo, lo siento. No quiero hacerlo —le dijo, cuando él, le estaba desabrochando los pantalones.

—¿Qué coño haces? —preguntó cuándo ella intentaba deshacerse de su abrazo.

—¡Déjame! ¡No quiero y ya está! —exclamó ella, apartándose.

—¿Quién te crees que eres? Una calienta pollas. Eso es lo que eres —le dijo mientras ella abría la puerta y arrancaba a correr, ante la mirada sorprendida de quienes estaban cerca.

A toda prisa, salió fuera del local. Necesitaba tomar el aire. Su cuerpo y su alma le pesaban cuando vio a su amiga esperándola, apoyada en un coche, justo allí delante.

—¿Te lo has hecho con él? —preguntó seria, nada más verla.

—¡No! No he podido, aunque quería hacerlo.

—¡Por Dios, Paula! Esta no es la solución y lo sabes.

—Lo sé. Pero no sé cómo sacarme a Marc de la cabeza. Es tan duro… Ya no sé lo que quiero. Solo que pienso en él a todas horas.

Alexandra la abrazó. No sabía qué decirle. Únicamente, podía consolarla. Era su mejor amiga, y con ella, sobraban las palabras. Cuando se recompuso un poco, llamaron a un taxi y se fueron a casa. Se prepararon un café y se quedaron en el sofá, más de una hora hablando hasta que les entró el sueño. Un nuevo abrazo, pero esa vez, Paula le pidió si podía dormir con ella en su cama.

—Necesito compañía —le suplicó.

—Claro que sí.

Esa noche con ella a su lado no le costó conciliarlo y se durmió al cabo de poco rato.

Capítulo 52

Enero.
Mi madre, por fin, mi aliada.

Hacía frío. En la mañana, aún con resaca de la noche anterior, ante el espejo del baño, reconoció que se encontraba más bien de lo que hubiera imaginado. Además, tenía a su amiga a su lado, que la apoyaba y que se preocupaba por ella. Se dio cuenta de que, si no hubiera sido por ella, durante todo ese tiempo, todo le habría sido mucho más difícil.

Se prepararon un desayuno reparador, a base de café. Y decidieron ir a pasear por la playa de la Barceloneta, justo al mediodía, cuando la temperatura era más cálida. Así, se vistieron con ropa deportiva y el anorak. Un poco de aire fresco les vendría bien.

Decidieron comer algo en la terraza de uno de los chiringuitos de la playa, aunque hacía fresco, iban bien abrigadas.

—Tampoco hace tanto frío. Estamos a doce grados —le dijo Alex, después de consultar el tiempo en su reloj.

—De acuerdo, pero quedémonos en este rincón —comentó Paula, cediendo.

Se sentaron de cara al sol, al amparo del aire y una vez habían pedido a la camarera.

—Estoy bien, no te preocupes —le dijo Paula al sorprender a su amiga, observándola.

—Tranquila. No vamos a hablar de ello. Solo disfrutar de estas tapas que nos han servido.

—Te lo agradezco porque en estos momentos mi cabeza está a punto de estallar por cómo se lo contaré todo a mi madre.

—Seguro que lo entenderá, no lo dudo. Es una mujer liberal, sensata y sé cómo te quiere y se preocupa por ti.

Días atrás, Paula ya le contó a su madre que Marc había cortado con ella y que estaba triste, pero que no era nada por lo que preocuparse; que se le iría pasando, que solo era cuestión de tiempo. Su madre intuyó que lo estaba pasando peor de lo que realmente le contaba. Lo cierto es que había sido un mal año para todos. Además, Alexandra, en privado, le había comentado que le preocupaba su amiga y tenía miedo que cayese en una depresión; apenas comía y nada de lo que ella le proponía, le apetecía hacer.

Cuando su madre llegó se encerraron en su habitación. Alexandra se fue del piso para dejarles espacio. Había llamado a Miki y decidieron ir a tomar un café, en algún lugar cercano, por si la necesitaban.

—¿Por qué no me lo contaste? —le pidió triste—. ¿Cómo puedes pensar que no te hubiera ayudado ni te hubiera apoyado? Por favor, eres mi hija, mi tesoro.

—Lo siento tanto —respondió con los ojos llenos de lágrimas, apoyada en su pecho—. Más que miedo, tenía tanta vergüenza...

—Más lo siento yo, hija mía. Siento que hayas tenido que cargar con este trauma durante tanto tiempo —dijo su madre con la voz, baja y entrecortada, temblando toda ella, y con las lágrimas resbalándole por las mejillas—. Y, siento también haberte fallado.

—No me has fallado —dijo seria Paula.

—Sí que lo he hecho. No pudiste confiar en mí, en tu madre, y yo no adiviné que algo gordo te había pasado.

Elisabeth nunca hubiera imaginado ni pensado en algo tan grave. Por su cabeza pasaban todo tipo de imágenes, escenas y recuerdos de aquel entonces, como una película a cámara lenta, que ahora cobraban sentido: no ver más el vestido rosa; el porqué arrinconó el colgante de su padre; cómo empezó a vestir después, y su huida a Barcelona.

—No, mamá. Eres la mejor madre del mundo, en serio. Soy yo quien te fallé; no tú. No podías saberlo… —le dijo mientras se abrazaban más fuerte.

—Y, ¿qué quieres hacer al respecto? —pidió su madre, al contarle su encuentro con Diego Torres.

—La verdad, no lo sé. Cuando me lo dijo, quedé anonadada, solo pensaba en que no quería remover unas emociones y unos sentimientos negativos que ya tengo superados.

—Esto es muy loable de tu parte —le respondió ella.

—Ya. Pero ahora, que puedo saber quién fue, no sé si hago bien en que no pague por ello, ¿me entiendes?

—Claro que sí, hija —contestó, agarrándole más fuerte de las manos.

—Además, es mi problema y no quiero meter ni a Diego ni a vosotros en este asunto.

—El karma siempre regresa y no dudes que a él tarde o temprano pagará con creces lo que te hizo.

—Yo también pienso lo mismo. Prefiero concentrarme en mí. En estar bien conmigo misma, más que en hacerle pagar, lo que para mí ahora mismo es un mal sueño.

Elisabeth asintió. Se secó las lágrimas.

—Ahora y a partir de este momento, me tienes y me tendrás a tu lado para lo que haga falta. ¿Me oyes? No quiero más secretos, Paula. Confía en mí, por favor. Eres mi hija y quiero lo mejor para ti —determinó.

—Lo sé. Pero me sentía tan mal… y después aprendí a vivir con ello. Al cabo de un tiempo, encontré a Giorgio y a Marc, dos hombres maravillosos y tan diferentes. Ellos han sido importantes en mi vida, aunque ahora no los tenga a mi lado, porque gracias a ellos pude enfrentarme a mis miedos y a mi pasado. Quizá no sea lo más natural y adecuado, pero no me arrepiento de nada.

—No tienes por qué hacerlo.

—Y ¿no te escandalizas? —le preguntó a su madre, sorprendida por su respuesta.

—¿Por quién me has tomado? ¿Tú crees que no estoy al día de la vida de los jóvenes y de los no tan jóvenes? El hecho de ser tu madre no significa que no sepa cómo van las cosas. Tampoco soy tan mayor —dijo con una tímida sonrisa—. Quizá me sorprenda un poco, pero no soy nadie para juzgarte, ni para recriminarte nada…

—Además, también he tenido a mi lado a Jonathan y Sergi, ya te hablé de ellos.

—Sí, los de Port de la Selva. Una pareja guapa y buena gente, me dijiste.

—Sí, y sobre todo a Alex. Los tres han sido unos verdaderos amigos.

—Me alegra oírlo. Alex siempre ha sido tu amiga, ha estado a tu lado, y se ha preocupado y se preocupa por ti. Sé que todos son buenos, aunque, en estos momentos, no tengas a las dos personas que tú más deseas. Siento, de veras, que no seas correspondida por ellos, pero, hija mía, ya sabes que el tiempo pone las cosas en su lugar. Quizá se lo piensen mejor…, o quizás se crucen más adelante… o puede que sea otra persona la que te está esperando ahí fuera —acabó por comentar su madre.

—Quién sabe… —suspiró Paula, que estaba decidida a hacer borrón y cuenta nueva. En ese momento, además, tenía el apoyo incondicional de su madre, de Alexandra y de sus mejores amigos, y se sentía menos sola. Aunque estaba feliz, por dentro aún se encontraba abatida y

frustrada con ella misma por no haber arreglado la situación con su madre tiempo atrás. Quizás si lo hubiera hecho…

Epílogo

Abril.
Una nueva oportunidad para ser feliz

Hacía justo un mes que había puesto una denuncia al encontrar las cuatro ruedas de su coche pinchadas, en el garaje donde normalmente aparcaba para ir al bufete. Eso no había sido una coincidencia, como no lo fue la nota. No sabía si Giorgio no hizo nada al respecto… Se volvió a mostrar nerviosa, aunque menos, pues su familia ya estaba al corriente de todo y se atrevió a cursar una denuncia.

Los mossos d'esquadra no encontraron ni huellas ni pistas. Se tomó un par de días libres. Y desde entonces Alex y Miki, no la dejaban sola y la acompañaban a todos lados. Además, de sentirse prisionera de sus emociones y de lo que sentía; ahora también, físicamente, en relación a su libertad de movimientos.

También su madre, además de llamarla a diario, compartían momentos juntas, ya fuese para ir al teatro o al cine; o simplemente, para pasear. Necesitaba distraerse.

Y, con todo, habían pasado más de tres meses desde que se vio por última vez con Marc y aún no podía olvidarlo. No sabía qué deseaba. No sabía qué quería hacer a partir de entonces, pues ni siquiera pensó en qué haría al día siguiente.

Lo quería, pero no lo tenía. No estaba y no iba a volver. No soportaba ese vacío. Creía que iba a volverse loca de pena y de sufrimiento.

Pero en ese tiempo tampoco pudo dejar de pensar en Giorgio. «¿Qué me ocurre?».

Cuando pensaba en este, le venía a la mente sus besos. Sus besos en su cuello. En cómo la hacía sentir entre sus brazos y entre su cuerpo: libre, fuerte e imperfecta. Tal como era. En la distancia, tenía ganas de volver a sentirse viva y entera, por él. Pero, a la vez, tenía miedo a no ser correspondida; y miedo a que estuviese con Vicky. Giorgio le dijo que ella había sido su primer amor, su gran amor, o quizá porque en ese tiempo ya se habría olvidado de ella. No. Su corazón le decía que no. Que no podía ser. Sabía, aunque ella hizo oídos sordos, que también se había enamorado de ella. ¿Cuántas veces le tuvo que repetir y recordar que lo suyo solo era sexo? Y, le cerró su corazón, pensando que la relación con Marc pesaba más… quizá escogió mal, quién sabe.

No dejaba de soñar con ellos. Eran dos hombres por los que ella había sentido y continuaba sintiendo atracción, y no solo eso, también, amor. Ahora lo podía decir con todas las palabras. AMOR, alto y claro. Por fin, pudo reconocer que estaba enamorada de Marc y de Giorgio, de diferente forma, pero, en definitiva, amor.

Sabía, después de reflexionarlo mucho, que Marc era prisionero de sus convicciones y de su orgullo, por lo que difícilmente se echaría atrás para perdonarla. Giorgio, en ese sentido, era diferente. Estaba acostumbrado a las relaciones abiertas y a ella, siempre le dio la libertad para escoger, probar y decidir.

Quizás ahora le tocaba a ella dar el paso, pues en cierta manera, fue ella quien lo dejó. Paula tenía que saber si había esperanza antes de cerrar la puerta del todo. Y, de pronto, le vino a la memoria cuando le dijo:

—Paula, siempre tendrás mi puerta abierta.

—Hola, Giorgio. Soy Paula —dijo tras el móvil, temblando como una hoja de otoño.

—Hola, *my lady*, ¿*qué cosa succede*? —preguntó sorprendido por la llamada, mientras su corazón se le disparó al oír su voz.

—Te necesito a mi lado. ¿Podemos vernos?

Continuará...

Agradecimientos

A Sandra García Codesal, por la corrección y maquetación. Por todas sus sugerencias y su apoyo hasta que la novela ha salido a la luz.

A Rachel design por su gran trabajo en el diseño de la portada. No hay libro sin una buena portada.

A Valiente Inspo, Silvia Lambda, quien a través de su curso y sus consejos me ayudaron en mejorar y pulirla.

A mis hijas, Nina i Coral·lí, que siempre están ahí, soportando los embates emocionales que su madre sufre durante el proceso. A ellas, les dedico también este libro, pues la confianza es un pilar en nuestra relación.

A mis lectores beta, Loli, Carrie, Magda y Francis, gracias por vuestras aportaciones. Sois también una parte importante en mi proceso literario.

A mi familia, amigos y lectores que sin vosotros no estaría yo aquí. Gracias por ayudarme y apoyarme en esta aventura literaria. De todo corazón.